

La Saga de los Boston Hawks

EL TEMERARIO



gina azzi

EL TEMERARIO

LA SAGA DE LOS BOSTON HAWKS
LIBRO 2

GINA AZZI



El Temerario

Derechos de autor © 2026 por Gina Azzi

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución, comunicación pública o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros procedimientos, sin la autorización previa y por escrito de la editorial, salvo en los casos permitidos por la ley en materia de propiedad intelectual, en particular las citas breves incorporadas en reseñas críticas o determinados usos no comerciales autorizados legalmente.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es mera coincidencia.

EL TEMERARIO

El mejor amigo de mi hermano siempre me ha visto como una cría.

Ahora soy su compañera de piso... y me he cansado de ir sobre seguro.

Easton Scotch es el chico malo favorito de Boston.

Estrella de la NHL. Imprudente. Intocable.

Y recién salido de rehabilitación.

No cree en las relaciones.

No deja que nadie se acerque.

Y desde luego no me mira como yo quiero que me mire.

Pero vivir juntos lo cambia todo.

A medida que las barreras de East empiezan a caer, la tensión entre nosotros se vuelve imposible de ignorar.

Y cuando por fin cruzamos la línea... ya no hay marcha atrás.

Pero enamorarse de Easton Scotch no es solo peligroso...

podría costarle todo aquello por lo que ha luchado para reconstruirse.

¿Y yo?

Yo ya estoy demasiado pillada.

ÍNDICE

1. [Easton](#)
2. [Claire](#)
3. [Easton](#)
4. [Claire](#)
5. [Easton](#)
6. [Claire](#)
7. [Easton](#)
8. [Claire](#)
9. [Easton](#)
10. [Claire](#)
11. [Easton](#)
12. [Claire](#)
13. [Easton](#)
14. [Claire](#)
15. [Easton](#)
16. [Claire](#)
17. [Easton](#)
18. [Claire](#)
19. [Easton](#)
20. [Claire](#)
21. [Easton](#)
22. [Claire](#)
23. [Easton](#)
24. [Claire](#)
25. [Easton](#)
26. [Claire](#)
27. [Easton](#)
28. [Claire](#)

[Epílogo](#)

[El impostor](#)

[¡Hola, lector o lectora!](#)

[Agradecimientos](#)
[También de Gina Azzi](#)
[Sobre la autora](#)

UNO

EASTON

ODIO QUE ESTÉ AQUÍ.

Odio que me mire como si ya no me conociera. Sus ojos, de un azul deslumbrante, parecen enormes en su rostro. Tiene los labios apretados, esos labios carnosos que tantas veces he soñado con saborear.

De todas las personas que no querría que me vieran salir de rehabilitación, Claire Merrick encabeza la lista. Es la hermana pequeña de mi mejor amigo y todos los tíos de mi equipo de hockey la han adoptado con el mismo cariño como si también fuera su hermana.

Conozco a Claire desde que era una mocosa de siete años con coletas y una sonrisa torcida, pero, en algún momento a lo largo de los años, se convirtió en muchísimo más que la hermanita de Austin. No es que vaya a permitir que se entere jamás.

Ni que quiera que nadie lo sepa. Y menos ahora, cuando soy un jugador acabado de la NHL que acaba de completar su segundo ingreso en rehabilitación en dos años.

Hace apenas unos instantes, los padres de Claire, Mary y Joe, me han dado la bienvenida con los brazos abiertos y sonrisas comprensivas. Para mí son más padres que los míos, y

decepcionarlos duele casi tanto como ver el sufrimiento en los ojos de Claire.

Joder. Esto es justo lo que no necesito ahora mismo.

Claire sale un poco más de detrás de Austin y mi mirada desciende hasta las curvas de su cuerpo. Dios, es preciosa. Demasiado inocente y dulce para estar en un centro de rehabilitación. Se echa el pelo por encima del hombro mientras juguetea nerviosa con las puntas.

Entorno los ojos. ¿Qué hace aquí? ¿A cuánta gente tengo que decepcionar hoy por ser el gilipollas que ha acabado internado en rehabilitación por segunda vez y prácticamente ha arruinado su carrera?

Claire baja la mirada al suelo y yo aparto la mía.

—Tienes buen aspecto, East. —Mi hermano me agarra del hombro antes de atraerme hacia él en un abrazo de tíos—. Me alegro de que estés en casa.

—Gracias, Noah. —Le doy una palmada en la espalda antes de volverme hacia su chica, a la que no veo desde hace siglos. Bueno, la vi hace unos meses, pero hace años que no hablamos de verdad—. Hola, Indy.

Ella sonríe con dulzura y me rodea la cintura con los brazos.

—Me alegro de verte, Easton.

Le paso un brazo alrededor del cuerpo y no se me escapa cómo se le iluminan los ojos a mi hermano, feliz al ver que me llevo bien con su chica. Su chica embarazada, con la que quiere casarse. Joder. Ver a Noah expresando sus emociones con tanta libertad me provoca una punzada. Está curándose, avanzando con su vida, dejando atrás toda la mierda de nuestros padres. Yo, en cambio, sigo luchando, apenas consigo mantener la cabeza fuera del agua. En este momento, las diferencias entre los dos resultan abrumadoras.

Indy se aparta y empieza a ponerse el abrigo. Mi hermano se apresura a ayudarla.

Austin me estrecha la mano y me golpea el hombro con el puño, sonriendo.

—El equipo te ha echado de menos.

Asiento y suelto una risa, pero la sensación que tengo en el pecho da paso a una llamada de pánico.

El equipo. ¿De verdad quieren que vuelva después de cómo terminó todo? ¿No van a dejar al nuevo, Sims, jugando en mi posición? Al menos Sims es fiable, responsable; él sí se presenta.

—Sin presiones, pero nos encantaría tenerte de vuelta en los entrenamientos cuando estés preparado.

Asiento y me aclaro la garganta.

—Claro que sí, tío. Estoy deseando volver al hielo.

Es verdad; me muero de ganas de volver al hielo. Pero no es toda la verdad. Porque entonces tendría que admitir que me aterra regresar a la pista delante de miles de personas y escuchar sus abucheos, sus burlas y... Joder, se me revuelve el estómago. No sé si estoy preparado. Desde luego, ahora mismo no me siento preparado para nada, pero todos esperan que ya esté mejor.

Curado. Recuperado. Entero. Así que eso es lo que intentaré ser. Mejor.

Centro la atención en Claire. Me saluda con un gesto pequeño de la mano y una sonrisa insegura. Me cabrea en cuanto la veo, porque Claire no tiene nada de insegura. Esa chica rezuma confianza, no duda en señalar las gilipolleces de los demás y nunca parece vacilar como lo está haciendo ahora.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Se pone rígida por mi tono y oigo cómo inspira de golpe. Entorna los ojos y una descarga de emoción me atraviesa. Ahí está.

—He venido a verte.

—¿Por qué? —Me paso una mano por la frente y los dedos rozan la cicatriz que me atraviesa la ceja como una advertencia. Un recordatorio.

Cruza los brazos y me sostiene la mirada.

—Porque no soy una capulla.

Pasa junto a mí de un empujón y yo resoplo divertido sin volverme hacia ella.

Ojalá Claire supiera hasta qué punto consigue alterarme. Si tuviera la menor idea de todo lo que siento por ella, de cuánto la

deseo, no entendería por qué me he pasado años manteniéndola a distancia.

Pero es lo mejor.

Claire es la hermana pequeña de Austin.

Es arrolladora, extrovertida y auténtica.

Lo último que necesita es un alcoholíco que no deja de recaer.

Al fin y al cabo, solo es cuestión de tiempo que vuelva a terminar aquí. Con tanta gente en mi lista a la que fallar y decepcionar, no puedo permitirme añadir a nadie más.

Veó cómo Indy aprieta los labios y se escabulle de los brazos de Noah para ir detrás de su prima. Mi hermano me dedica una mirada confundida, pero la ignoro. La verdad es que llevo años tocándole las narices a Claire. El único motivo por el que ahora le importa a mi hermano es que parece haber afectado a su chica.

Suspiro e inclino la cabeza hacia el aparcamiento.

—¿Queréis que salgamos de aquí?

—Sí. —Austin me agarra del hombro—. Vamos a comer algo. ¿Qué te apetece?

Se me hace la boca agua solo de pensar en toda la comida increíble que me he perdido.

—Mexicana.

Noah sonríe.

—Conozco el sitio perfecto. Está cerca del apartamento de Indy. Es cocina mexicana de fusión, con un toque especial. Creo que te gustará.

Resoplo y arqueo una ceja al mirar a Noah.

—¿Cocina mexicana de fusión con un toque especial? ¿Qué ha pasado con mi hermano gruñón, el que solo come bocadillos?

Austin se ríe.

—¿Ves lo que te decía? —Señala a Noah—. Ahora es un hombre completamente nuevo. Mi prima le ha refinado el paladar.

Suelto una risita, pero Noah deja que nuestras pullas le resbalen.

—Te juro que está muy bueno. Torsten me enseñó el restaurante —continúa, mencionando a uno de los defensas del equipo, un auténtico fanático de la comida.

—Vale, vamos a probarlo —acepto.

En realidad, me da igual adónde vayamos o qué comamos, siempre que pueda pasar el rato con mi hermano y mi mejor amigo y recuperar un poco de normalidad social.

Cuando salimos al aire frío, cierro los ojos e inspiro. Hoy hace sol, pero el ambiente está fresco y gélido. Esa clase de frío que hace que el aliento se te escape de la boca en pequeñas nubes blancas, pero tiñe el cielo de un azul intenso. Camino junto a Austin mientras Noah nos guía hasta los coches.

Mary y Joe ya están sentados dentro del suyo, con la calefacción a toda potencia. Mary vuelve a saludarme con la mano cuando me ve y no puedo evitar sonreír a la mujer a la que probablemente más quiero en el mundo. Sé que no debería admitirlo porque tengo una madre de verdad, pero Mary Merrick vale por diez Debra Scotch, si entendéis lo que quiero decir.

Mary baja la ventanilla y me ofrece un vaso de Starbucks.

—Toma, Easton.

Cojo el vaso y niego con la cabeza cuando leo la etiqueta blanca.

—¿Me has traído chocolate caliente?

—Es tu favorito. —Se encoge de hombros—. Con nata montada.

—¿Cómo te has acordado?

Mary sonríe e inclina la cabeza hacia Claire, que está junto a la ventanilla del conductor hablando con Indy.

—Se acordó Claire. Pensó que te apetecería tomar algo caliente en un día tan frío. Y algo que te hiciera sonreír.

Lo hago. Sonreír, quiero decir. Levanto el vaso hacia Mary y Joe y digo:

—Gracias.

Aunque tengo los ojos clavados en Claire.

Siento algo extraño en el pecho al asimilar que Claire ha tenido ese detalle conmigo. Joder, incluso se ha presentado hoy, y yo he conseguido cabrearla nada más verla.

Doy un trago al chocolate caliente y cierro los ojos para saborear el gusto.

Claire siempre ha sido así de detallista. Siempre desviviéndose por hacer algo bonito por alguien —uno de los chicos del equipo, su mejor amiga Rielle, su prima Indy— si cree que necesita animarse.

Lo raro es que nunca quiere llevarse el mérito. Es como si ver sonreír a esa persona fuera todo el agradecimiento que necesita.

Me encanta y, al mismo tiempo, detesto que haya hecho algo tan considerado, por pequeño y sencillo que sea, por mí. Porque yo rara vez, por no decir nunca, he sido considerado con ella.

—Vale, salgamos de aquí. Mamá, papá, vamos a comer algo a ese restaurante mexicano que hay cerca de casa de Indy. ¿Queréis venir? —Austin me empuja con el hombro mientras se inclina para hablar con sus padres a través de la ventanilla.

—No hace falta, chicos. Id vosotros y disfrutad —oigo decir a Joe.

—¿Podemos ir preparando las cosas en casa para Easton? —pregunta Mary con voz más suave.

—Nah, creo que Noah ya lo tiene todo listo —responde Austin—. Voy a meter la bolsa de East en el otro coche.

Golpea el techo del vehículo con los nudillos mientras se despide de sus padres.

Trago saliva para combatir la opresión que tengo en la garganta. Odio que tanta gente se haya desvivido para facilitarme la transición. Odio ser, en esencia, un crío enorme que todavía necesita que lo vigilen. Alguien que se asegure de vaciar la casa de alcohol. Alguien que compruebe que mi habitación está limpia y que las sábanas de mi cama están recién lavadas. Dios, ¿cuándo dejaré de ser un puto desastre y empezaré a comportarme como un hombre?

—Gracias otra vez por venir. Significa mucho para mí.

Saludo a Mary y Joe mientras él pone el coche marcha atrás y empieza a salir de la plaza.

Cuando el coche se aleja, Indy sonríe con picardía.

—¿Creéis que cabremos todos en uno?

Austin gime mientras cierra el maletero de un Honda Civic pequeño.

—¿De quién es este coche? —pregunto.

—Mío. —Indy levanta la mano.

—Tú no vas a sentarte atrás. —Noah la señala.

Ella pone los ojos en blanco y murmura hacia Claire:

—Te quedas embarazada y, de repente, eres una inválida. Ya ni siquiera puedes sentarte en el asiento trasero.

Claire sonríe de medio lado.

—No sé de qué te quejas. Ahora puedes ir delante conmigo.

Coge las llaves de la mano de Indy y las hace tintinear.

Austin se las arrebató.

—Ni hablar. Los tres no cabemos ahí atrás.

Le lanza las llaves a Noah.

—East y yo nos sentaremos detrás. Claire es tan pequeña que cabe en cualquier sitio.

Las mejillas de Claire se tiñen de rojo y me lanza una mirada furtiva, aunque aparta los ojos en cuanto se da cuenta de que la estoy observando. Doy otro sorbo al chocolate caliente antes de que Noah me lo quite de la mano y se siente al volante. Deja el vaso en un portavasos y tengo que contener las ganas de reírme. Indy se sienta en el asiento del copiloto y Austin se mete detrás.

Le mantengo la puerta abierta a Claire.

—Después de ti.

Mi voz suena más grave que en el centro de rehabilitación, menos cortante.

Me mira por encima del hombro de una forma que no consigo descifrar. Durante un instante, parece que puede ver a través de mí, hasta alcanzar todos los pensamientos oscuros que mantengo ocultos. Entonces suspira y entra en el coche.

Me siento después de ella y cambio de postura, intentando ponerme cómodo. Claire está completamente aplastada entre su hermano y yo, contorsionando el cuerpo para apoyar el peso sobre una cadera.

Noah arranca el coche y una canción de Meghan Trainor atruena por los altavoces. Se ríe, Indy empieza a cantar y Claire sonríe, sin avergonzarse siquiera cuando su hermano se burla de ella y de Indy por su pésimo gusto musical.

—Sabes que la escuchas a escondidas —le dice a Austin—. ¿Cómo ibas a conseguir alguna cita en el instituto si no fuera por cotillear cada vez que Vanny y yo hablábamos de nuestras cosas?

Indy se ríe y pregunta algo sobre Savannah, la hermana mayor de Claire y Austin. Pero dejo de prestar atención porque Noah frena de golpe ante una señal de stop y el cuerpo de Claire se balancea hacia mí. Su generoso escote acaba prácticamente delante de mi cara.

Se sonroja mientras se agarra al respaldo del asiento del copiloto para recuperar el equilibrio. Su respiración se acelera, su pecho sube y baja, y no puedo apartar los ojos. Mierda. Me obligo a levantar la mirada y sus ojos azules se aferran a los míos, turbulentos y complicados. Durante un instante, la tensión entre nosotros crece como una nube de tormenta y siento un cosquilleo por toda la piel.

Maldiciendo entre dientes, le rodeo la cintura con un brazo y tiro de ella hasta sentarla sobre mi regazo. Le sujeto la rodilla con la otra mano para mantenerla estable mientras Noah gira.

—¿Estás bien? —murmuro.

Mueve el culo sobre mi regazo y tengo que tragarme el taco que amenaza con escapárseme. Porque el simple roce de Claire contra mí hace que mis pensamientos se desboquen y que mi cuerpo reaccione. Aprieto con más fuerza los dedos alrededor de su rodilla y deja de moverse. En lugar de eso, se queda tesa como una tabla y asiente.

—Estoy bien.

DOS
CLAIRE

—NO ME PUEDO CREER que nunca me hayas traído aquí —
regaño a mi prima Indy mientras entramos en el pequeño
restaurante mexicano que suele frecuentar.

Indy se encoge de hombros.

—Normalmente voy a tu casa.

—Eso tiene que cambiar. Mis padres me están volviendo loca. —
Arrugo la nariz.

—¿Sigues sin suerte con la búsqueda de trabajo? —pregunta
Indy, señalando una mesa con la cabeza.

Voy detrás de ella.

—Nada fijo. Sigo haciendo trabajos por mi cuenta. Aunque el
último encargo debería traerme más proyectos.

—Eres una diseñadora gráfica increíble, Claire. Encontrarás algo.

—Nada que me permita largarme de casa de mis padres —
murmuro, y al instante me invade la vergüenza.

No es que no les esté agradecida a mamá y papá, porque sí lo
estoy. El problema es que siguen tratándome como si todavía
estuviera en el instituto y, después de pasar cuatro años fuera en la
universidad, me está costando volver a someterme a sus normas
cuando lo único que quiero es hacer mi vida.

Indy me dirige una mirada comprensiva mientras nos sentamos en una mesa del fondo.

Noah reparte los menús. Durante unos instantes, nadie habla. El silencio es incómodo, asfixiante. Todos estudian la carta, pero hay algo más. Nadie sabe qué decir ni cómo comportarse ahora que Easton está aquí, sentado con nosotros. Han cambiado muchas cosas en los últimos noventa días. Para empezar, Noah se lió con Indy y la dejó embarazada. Eddie Sims ha ocupado el puesto de Easton como extremo izquierdo titular de los Boston Hawks. Y yo sigo viviendo con mis padres. Supongo que en mi vida no ha sucedido nada especialmente importante, pero, por alguna razón, las cosas entre Easton y yo también parecen distintas.

Ha desaparecido aquel pique despreocupado, casi de hermanos, con el que solía provocarme. Ahora me fulmina con la mirada y me llama «niña» con aspereza, en lugar de hacerlo con cariño. Apenas hemos hablado desde que salió de rehabilitación por primera vez, hace ya un año, y, aunque la llama que siento por él sigue ardiendo, me mira con el ceño fruncido como si no entendiera qué hago aquí.

Aprieto el menú entre los dedos y noto cómo se me tensan los hombros al agachar la cabeza. Nunca he sido tímida con los hombres. He crecido rodeada de demasiados por ser la hermana pequeña de Savannah y Austin. Pero Easton Scotch siempre consigue que me quede sin palabras y me entren ganas de soltar risitas tontas. Otra cosa que detesto.

—Hola, chicos. Me llamo Shell y voy a atenderos hoy. —La camarera se detiene en el extremo de la mesa y todas las miradas se vuelven hacia ella—. ¿Qué os pongo de beber?

Austin abre la boca y vuelve a cerrarla. Noah e Indy intercambian una mirada. Easton suelta una maldición.

—Por el amor de Dios, pedid una cerveza, una margarita o lo que os dé la gana. Estoy bien. De verdad.

Suspiro.

—Yo quiero una Coca-Cola Light, por favor. Con hielo y una rodaja de limón.

Shell sonríe, pero noto la mirada asesina con la que Easton me perfora la mejilla. El resto de la mesa pide sus bebidas y Noah añade

un montón de entrantes para compartir. En cuanto Shell desaparece de nuestra vista, Noah suspira y se recuesta en la silla.

Easton mira a su hermano.

—¿Estás bien? Noah, te juro que yo estoy bien.

—Lo sé, East. No es eso. Es solo que... bueno...

Indy se inclina hacia delante y los ojos de Easton saltan de su hermano a ella y de nuevo a Noah.

—Es solo que, ahora que Indy está embarazada, las cosas han cambiado —dice Noah sin decir absolutamente nada.

Austin se muerde el labio para contener la risa.

—No me jodas, tío. Estoy a punto de convertirme en tío. —East se ríe.

Noah traga saliva y mira a Indy en busca de apoyo moral.

—Estoy pensando en mudarme con Indy. Definitivamente. Vamos a tener un bebé y...

Easton frunce el ceño y levanta una mano.

—Por supuesto que vas a mudarte con Indy. No esperaba que no lo hicieras.

El alivio asoma en los ojos de Noah y parte de la tensión abandona sus hombros.

—¿En serio?

—Claro. Sin ánimo de ofender, pero ya he vivido solo antes. Ya sabes, cuando tú y...

—Sí, ya lo sé —lo interrumpe Noah antes de que Easton pueda mencionar a Courtney, la ex prometida de Noah.

El silencio asfixiante vuelve a flotar sobre la mesa. Porque Courtney no es lo único que nadie menciona. Lo que ninguno quiere decir en voz alta es que, cuando East vivió solo, su alcoholismo pasó de ser funcional a destructivo.

Austin se aclara la garganta y East gira la cabeza hacia mi hermano. Algo pasa entre ellos. Easton baja la mirada y resopla por la nariz.

—Claro. Pero cuando Noah vivía con Courtney, yo mandé toda mi vida a la mierda.

—Eso no es lo que quería... —empieza Noah, pero Easton niega con la cabeza.

—No pasa nada, Noah. De verdad, lo entiendo. Estás a punto de ser padre. No espero que te pierdas ni un solo segundo del embarazo de Indy. No quiero que dejes de vivir tu vida para llevarme de la mano. —Le dedica una sonrisa triste a Indy antes de volver a mirar a su hermano—. Te juro que esta vez tengo la cabeza en su sitio. Estoy bien.

—Mamá y papá se han ofrecido a que te mudes con ellos —anuncia Austin justo cuando Shell deja nuestras bebidas sobre la mesa.

¿Cómo?

Vuelvo la atención hacia Austin mientras una oleada de pánico me recorre el cuerpo. Abro los ojos, alarmada. ¿Quiere que Easton viva bajo el techo de mis padres? ¿En nuestra casa familiar? ¿Conmigo a solo dos puertas del dormitorio de invitados? Cojo mi Coca-Cola Light y doy un trago enorme, deseando de repente que fuera tequila puro.

—O... —dice Indy despacio, paseando la mirada alrededor de la mesa— Claire podría mudarse contigo.

Me atraganto con la Coca-Cola. ¿He oído mal? Tengo que haberla oído mal.

Porque ¿qué coño está pasando? ¿En qué está pensando todo el mundo? ¿Y por qué yo no tenía ni idea de nada?

—¿Qué? —Noah se ríe.

—Ni de puta coña —escupe Easton.

—¿Por qué iba Claire a hacer eso? —pregunta Austin.

Una vez más, Shell hace gala de una sincronización impecable y trae varios aperitivos. Me meto en la boca un nacho cargado de sushi, demasiado presa del pánico para apreciar como se merece la fusión de este restaurante, y gano algo de tiempo antes de asesinar a mi prima en un mar de pico de gallo y sriracha.

—No, pensadlo —continúa Indy con calma—. Todo el mundo, quizá incluso tú... —sonríe a Easton— se sentiría mejor si no vivieras solo. Claire está desesperada por largarse de la casa de tía Mary y tío Joe. Tu piso es lo bastante grande. Ni siquiera tendríais que cruzaros si no quisierais. Pero Claire podría ser un apoyo más y, además, vosotros también le haríais un favor enorme.

Indy me dedica una sonrisa burlona y me guiña un ojo.

Me atraganto con el nacho y vuelvo a coger la Coca-Cola. Necesito mantener las manos ocupadas para no lanzarme sobre Indy. Necesito tener algo en la boca para no vomitar una sarta de palabrotas horribles sobre la mesa.

Noah guarda silencio durante un momento antes de mirar a su hermano.

—No es mala idea.

Doy un trago largo.

Austin frunce el ceño.

—¿Tantas ganas tienes de irte de casa de mamá y papá?

Vuelvo a sentir la mirada de Easton, pero no me giro para encontrarme con sus ojos. ¿Siente curiosidad por mi respuesta porque le afecta a él? ¿O le interesa de verdad mi vida?

Me aclaro la garganta y asiento.

—Mira, mamá y papá son los mejores. Pero voy a cumplir veinticinco años, Aus. Todavía intentan imponerme una hora de llegada y me llaman cada vez que cojo un Lyft o un Uber para asegurarse de que he identificado correctamente al conductor. —Le lanzo una mirada rápida a Easton. Tiene los labios reducidos a una fina línea, los ojos entornados y el rostro no revela ninguno de los pensamientos que sé que le dan vueltas en la cabeza—. He intentado ahorrar. Pensaba hablar con Torsten sobre esos pisos de alquiler que tiene en el Waterfront. Quizá...

—No.

La voz de Easton, fría, dura y tajante, me interrumpe.

—¿Qué? —le pregunto.

—No vas a vivir en el puto Southie, Claire. Además Joe no iba a permitírtelo.

—Te recuerdo una vez más que voy a cumplir veinticinco —le digo con tono seco.

Mi padre puede decirme lo que tengo que hacer mientras viva bajo su techo, pero no en el mundo real, donde soy una adulta de verdad.

Austin niega con la cabeza, sin duda contrario a que viva en el Waterfront. Apenas puede considerarse ya el sur de Boston,

teniendo en cuenta cómo han reformado la zona. De hecho, dudo que pudiera permitirme un apartamento en ninguno de los edificios de Torsten. Pero mi mejor amiga Rielle vive a unas pocas calles del Waterfront y ha tenido varios encontronazos “interesantes”.

Austin abre la boca, seguramente para darle la razón a Easton, cuando este se remueve en su silla.

—Múdate conmigo —ordena con brusquedad, sorprendiendo a todos los presentes en la mesa, sobre todo a mí.

Lo miro y reparo en el desafío que prende en sus ojos azules. ¿Habla en serio?

—Matamos dos pájaros de un tiro —añade Indy, como si su plan fuera la idea más brillante de la historia.

—Hablaré con mamá y papá —se ofrece Austin—. Seguro que tendrán algunas reservas, pero, sinceramente, Claire, me quedaría muchísimo más tranquilo sabiendo que estás en Beacon Hill con East que viviendo sola en el Waterfront.

—Rielle vive en Southie y está perfectamente.

La expresión de Austin se endurece.

—Papá no se va a tragar eso.

Suspiro, porque sé que tiene razón, y miro a Noah. Después, a Easton.

—Puedo pagarte un alquiler.

Noah hace un gesto con la mano.

—De eso nada. Puedes vigilar a mi hermano y ahorrar tu dinero.

—¿Estás seguro? —pregunto.

—Lo está —añade Easton.

Su expresión es feroz cuando se encuentra con la mía. La mandíbula tensa, el labio superior ligeramente curvado, pero sus ojos... Dios, me atraviesan el alma. Ardientes y furiosos, intensos y suplicantes.

—Pero que vayamos a compartir piso no significa que necesite que te metas en todos mis asuntos. Ni en mi vida. No necesito una niñera.

Levanto las manos y vuelvo a acomodarme en la silla.

—Entendido. Lo mismo te digo. Yo también tengo mi propia vida.

—Sonríe con dulzura.

Easton entorna aún más los ojos mientras me fulmina con la mirada. No tengo ni idea de qué espera encontrar, pero, insatisfecho, termina apartando la vista.

Le doy una patada a Indy por debajo de la mesa y ella sonríe, convencida de verdad de que acaba de organizar el emparejamiento romántico del siglo. Madre mía, nada podría estar más lejos de la realidad.

Puede que todavía me ponga nerviosa y me quede sin palabras cerca de Easton, de sus ojos azul oscuro, su boca carnosa y su cuerpo de puñetero modelo de ropa interior, pero eso no significa que quiera hacer de niñera.

No quiero ver a las mujeres que traiga a casa a altas horas de la noche. Ni a las que salgan de su dormitorio con sus pechos firmes y el pelo perfecto nada más levantarse. No quiero quedarme hipnotizada por la tinta que trepa por sus costillas o se extiende sobre sus omóplatos. Y, desde luego, no quiero tumbarme por las noches pensando en él, desnudo, a solo unos metros de mi habitación.

Pero a mi cuerpo le dan igual la lógica y el instinto de conservación. Un escalofrío de emoción serpentea por mi columna al imaginar que estaré tan cerca de él. El corazón se me acelera al comprender que solo seremos nosotros dos. Solos.

Puedo fingir todo lo que quiera, pero vivir con Easton Scotch dista mucho de ser una desgracia. ¿Volveremos a ser amigos? ¿Me hablará de cosas importantes como hacía antes?

Oculto la sonrisa mordiendo un nacho. Como mínimo, vivir gratis y lejos de mamá y papá es una victoria absoluta.

TRES EASTON

APARECE ENVUELTA en una explosión de rosa.

Con una bolsa de viaje de lunares colgada del hombro y una maleta con ruedas de color rosa, Claire se planta en el porche de mi casa. Sus rizos rubios rebotan y, cuando sonrío, casi puedo saborear el chicle. Dios, parece Reese Witherspoon en Una rubia muy legal. No se entera de nada, pero tiene un corazón enorme.

Pongo los ojos en blanco y le doy la espalda en cuanto cruza el umbral de mi casa de piedra rojiza en Beacon Hill.

Claire me sigue hasta la cocina, deja caer el equipaje y se sube a uno de los taburetes de la barra.

Suspiro y me vuelvo hacia ella.

—¿Estás segura de esto?

—Haría prácticamente cualquier cosa con tal de no vivir con mis padres —admite.

Arqueo una ceja.

Sus mejillas se tiñen de rosa y acaba pareciéndose a sus maletas.

—Bueno, cualquier cosa tampoco.

Frunzo el ceño, molesto por la insinuación que acaba de soltar con tanta despreocupación.

Claire ladea la cabeza.

—Pero sí viviría contigo —añade con dulzura.

Resoplo y lleno dos vasos de agua. Deslizo uno por la isla hacia ella y Claire lo rodea con las manos. Se queda mirando el contenido antes de levantar los ojos y encontrarse con los míos.

Le sostengo la mirada sin ofrecerle nada mientras la tensión entre nosotros pasa de ser una brisa suave a una fuerte ráfaga de viento. Siempre ha sido así con Claire. Bueno, no siempre, pero sí durante los últimos cinco años. Por eso la mantengo a distancia. Por eso intento limitar los momentos que pasamos a solas.

Y ahora es mi compañera de piso.

Y yo estoy sobrio. Mierda. Me río y niego con la cabeza.

Claire entorna los ojos.

—Mira, entiendo que no me quieras aquí y no pasa nada. Te juro que no estoy intentando pisarte los talones, cortarte el rollo ni hacer lo que sea que creas que estoy haciendo. Solo necesito alejarme un poco de mis padres, tener algo de... espacio para descubrir qué demonios quiero hacer con mi vida. Y, aunque no me creas, odio pensar que vayas a estar solo durante todo esto.

Me señala con un gesto, como si el mero hecho de que esté de pie en mi cocina englobara toda la mierda que supone ser un alcohólico en recuperación.

Aun así, sus palabras me atraviesan el pecho porque, aunque no quiera desearla, una descarga de emoción me recorre al saber que piensa en mí. Que le importo. Joder. Me aprieto el puente de la nariz, pellizcándome las comisuras internas de los ojos. Durante años he hecho esto para intentar despejarme la cabeza.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, la tengo despejada. Cristalina. Y la certeza abrumadora de que Claire Merrick es demasiado buena, demasiado joven y demasiado complicada para mí me golpea de lleno en la cara.

Es la hermana pequeña de mi mejor amigo. Es literalmente la hija de las personas que desearía que fueran mis padres. Tiene veinticuatro años, no cuenta con un trabajo estable y, hasta hace una hora, todavía vivía con su madre y su padre.

La observo. Me fijo en el rubor que cubre la parte alta de sus mejillas, en la preocupación mezclada con fortaleza que hay en sus ojos, en que ni siquiera ha probado el agua. La examino buscando

algún defecto real, algo a lo que pueda aferrarme, pero, en lugar de encontrarlo, me entran ganas de inclinarme sobre la isla, atraerla hacia mí y besarla. Con fuerza.

Suspiro.

—Lo que tú digas, Claire. Me da exactamente igual que estés aquí o no. No tengo intención de salir de fiesta ni de quedarme encerrado bebiendo hasta perder el conocimiento. Noah ya ha registrado hasta el último rincón de la casa y no queda ni una gota de alcohol. No necesito una niñera. Joder, ni siquiera necesito un amigo. Pero, si tú necesitas un sitio donde desahogarte o encontrarte a ti misma, adelante. —Señalo las escaleras con la barbilla—. La habitación de invitados es la primera puerta a la izquierda.

Paso junto al frigorífico y le doy una palmada con la mano.

—Coge lo que quieras.

Estoy a punto de salir de la cocina cuando la voz de Claire me deja clavado en el sitio.

—Eh... Necesito pedirte un favor.

Me detengo, sin volverme hacia ella. Por supuesto que sí. ¿Por qué coño pensó nadie que esto sería una buena idea? Noto su mirada fija en mi espalda y los hombros se me tensan bajo su escrutinio.

—¿Qué quieres? —pregunto con voz cortante.

—Una de las condiciones que han puesto mis padres para aceptar que me mude aquí es que vayamos a cenar a su casa todos los domingos.

Me doy la vuelta de golpe.

—¿Vayamos?

Asiente y me ofrece una sonrisa pequeña.

—Les he dicho que te encantaría.

¿Está de coña? A ver, quiero a Mary y a Joe, pero eso no significa que quiera sentarme todos los domingos alrededor de su mesa de madera con sus hijos perfectos y fingir que no soy el mayor desastre de la habitación.

—¿Sin preguntarme antes?

Pone los ojos en blanco y me muestra esa actitud suya que tanto ansío.

—¿Qué más da, Scotch? No es propio de ti rechazar una comida casera.

Expulso el aire y niego con la cabeza. Odio que tenga razón, pero me encanta cómo cocina Mary.

—Lo que tú digas, Merrick. Procura que esto no se convierta en una costumbre. —Señalo el espacio entre los dos.

—¿Esto? —Ladea la cabeza, con los ojos provocadores y los labios fruncidos.

Dios bendito, ¿por qué me afecta tanto esta chica?

—Sí, tomar decisiones por los dos. Como si fuéramos una especie de pack. Entiendo que ahora, técnicamente, somos compañeros de piso, pero ahí acaba la cosa. Tú haz tu vida y yo haré la mía.

Me mira con intensidad.

—Entendido, jefe.

—Ya nos veremos, Claire.

Salgo de la cocina y recojo su maleta y su bolsa de viaje.

La sangre me corre demasiado deprisa por las venas mientras subo las escaleras de dos en dos.

¿En qué coño estaba pensando mi hermano? Llevo cinco minutos fuera de rehabilitación y ya tengo una compañera de piso nueva, una carrera que pende de un hilo y una cena familiar semanal a la que asistir.

Niego con la cabeza y dejo las pertenencias de Claire en la habitación de invitados. Después entro en mi dormitorio y cierro la puerta de una patada. Aprieto las manos hasta formar dos puños y el deseo de encontrar una botella y bebérmela de un trago me araña la garganta en carne viva.

Hace tres meses, pensé que jamás sobreviviría a rehabilitación.

Ahora me pregunto si sobreviviré a Claire.

Cuando bajo a la sala de juegos en la que Noah y yo siempre pasábamos el rato, tengo que mirar dos veces.

Joder, durante un instante se me había olvidado que Claire estaría aquí. Y no solo aquí, en mi casa, sino aquí, invadiendo todo mi espacio.

Se mueve en el enorme sofá rinconero cuando me ve.

—Hola.

Su voz suena apagada y vuelve a pintarse las uñas de los pies de un tono rosa intenso del que no consigo apartar la mirada.

De fondo, un reality parpadea en la pantalla gigante, lleno de voces estridentes y amenazas vacías.

—¿Ves esta mierda?

—Es entretenida.

Me dejo caer en el sofá a su lado y apoyo los pies en el reposapiés.

—¿Qué tienes pensado hacer esta semana?

Me mira de reojo, con la expresión tensa. Por primera vez, me fijo en lo rígida que parece. Me molesta porque Claire siempre se ha mostrado muy relajada conmigo. Haber crecido a su lado significa que ya la he visto en sus peores momentos miles de veces, así que verla insegura a mi alrededor ahora resulta... inquietante.

—No sé —suspira—. Supongo que enviaré otra tanda de currículums a empresas de las que seguramente nunca volveré a saber nada. Ni siquiera me mandan un mensaje genérico de rechazo.

Cierra el frasco de esmalte y se recuesta contra los cojines, colocando los pies en el otro extremo del reposapiés. Gira la cabeza para mirarme.

—La economía es una mierda, pero, aunque no lo fuera, tampoco estoy realmente cualificada para muchas cosas.

—¿De qué estás hablando? Tienes una carrera.

Resopla.

—En diseño gráfico.

Cierra los ojos y percibo la derrota que no quiere que vea.

—Me gradué en mayo, East. Han pasado más de seis meses y, aparte de unos cuantos trabajos que he encontrado por internet, no

tengo mucho que enseñar. Si no fuera por Derek y su grupo, no habría tenido ningún encargo remunerado en los últimos dos meses.

¿Derek? Al oír el nombre de un tío al que no conozco, me incorporo un poco. ¿Está saliendo con alguien? ¿Tiene novio? ¿Un novio que toca en un puñetero grupo? Me aclaro la garganta.

—¿Derek?

Hace un gesto despreocupado con la mano.

—Solo es un chico al que conozco. Hice algunos trabajos para su grupo durante el verano y me ha puesto en contacto con otros artistas independientes. Menos mal, porque son los únicos clientes que tengo ahora mismo.

—¿Qué clase de trabajos?

Sé que le estoy dando demasiadas vueltas. Tiene que ser eso, porque Claire no ha pronunciado el nombre de Derek como lo haría si existiera algo entre ellos. Pero, aun así... Los músicos arrastran muchos de los mismos tópicos que los deportistas profesionales. Y yo los conozco demasiado bien.

—Diseño de logotipos e identidad de marca. Merchandising. Unas cuantas portadas de discos. Ese tipo de cosas.

La miro durante un largo instante y veo la frustración en sus ojos. Dejo escapar un suspiro.

—Escucha, niña, estás siendo demasiado dura contigo misma. —Niego con la cabeza—. Yo soy un jugador de hockey acabado que alcanzó su mejor momento hace unos tres años.

Arqueo una ceja cuando frunce el ceño.

—Acabo de salir de rehabilitación, Claire. ¿Crees que no sé lo que es sentirse inútil?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

Se incorpora, con los ojos encendidos.

—Tú has triunfado, Easton. Eres un jugador de la NHL que puede permitirse su propia casa.

Abre los brazos para abarcar la increíble sala de juegos que Noah y yo decoramos hace años. Fue el primer espacio de la casa que diseñamos.

—Y sí, fuiste a rehabilitación. Pero la terminaste. Admitiste tus errores, te enfrentaste a tus demonios y saliste por el otro lado. —Su mirada se intensifica, puro fuego azul—. No nos parecemos en nada.

Su tono se vuelve suave al decirlo y sé que no está atacándome a mí, sino a sí misma.

Algo cambia dentro de mi pecho. Oigo lo defensiva que se pone cuando busca excusas para mí. Es una compasión que no se concede a sí misma y me frustra. Claire es quince veces mejor persona de lo que yo llegaré a ser jamás. Y se equivoca: no he admitido una mierda. Mis demonios me atormentan todas las malditas noches y son muchísimo más feos que no encontrar trabajo. Paso la yema del dedo por la cicatriz que me atraviesa la ceja.

Chasqueo la lengua.

—Tienes razón.

Una llamarada de dolor prende en sus ojos. Joder, ha interpretado mal mis palabras. Por supuesto que sí. Nunca hago nada bien cuando se trata de Claire. Entonces, ¿por qué coño sigues intentándolo?

El dolor parece envolverla mientras se encoge sobre sí misma y centra toda su atención en los personajes de la televisión.

—Claire... —suspiro, deseando explicarle que lo que quería decir es que ella es muchísimo mejor, mucho más que yo.

—Déjalo, East.

—Venga ya, niña...

Se levanta del sofá y me lanza el mando a distancia.

—De todas formas, tengo que escribir unas cartas de presentación.

Aprieta con fuerza el esmalte entre los dedos y me deja solo en la sala de juegos.

Escucho sus pasos en las escaleras y me odio por haberla hecho sentir aún más insegura cuando jamás fue esa mi intención. La verdad es que Claire Merrick me tienta

de formas que no debería.

Es un ángel y un demonio a la vez. Dulce e inocente. Joven y prudente. Pero también fuerte y feroz, salvaje y atrevida. Llevo años

queriendo saborear sus labios y hundir los dedos en su pelo. Desde la noche de su vigésimo cumpleaños, cuando la vi bailar con los brazos en alto, con un ceñido vestido dorado que se le subía por los muslos, y comprendí que la chica a la que siempre me había esforzado por proteger se había convertido en una mujer. Una mujer con la que no tengo derecho a fantasear. Una mujer a la que hay que proteger de hombres como yo.

Me froto el centro del pecho con la base de la mano. Odio que haya malinterpretado mis palabras. Odio haber herido sus sentimientos después de pasarme años poniendo en su sitio a los niños inmaduros de su clase cuando se burlaban de ella por cualquier cosa.

Pero ¿no es mejor así?

Claire nunca será mía. No está hecha para un tío como yo y jamás seré lo bastante bueno para ella.

CUATRO

CLAIRE

—¿QUÉ tal es vivir con él? —susurra Indy a gritos mientras Noah trastea en el baño de arriba.

—¿Está buscando alcohol? —Arqueo una ceja hacia mi prima.

Se le encienden las mejillas cuando se deja caer sobre un taburete y señala con la barbilla las magdalenas que he preparado y he dejado sobre la isla de la cocina.

—¿Estás horneando para él? —le brillan los ojos.

—Indiana.

Indy suspira.

—Mira, Austin está preocupado, ¿vale?

—No puede ir fisgoneando entre las cosas de su hermano.

—Como si tú no lo hubieras hecho ya. —Me deja en evidencia y le enseño el dedo corazón. Indy se ríe—. Créeme, lo entiendo. Es solo que todo el mundo está preocupado por él. Nadie piensa que vaya a salir a comprar un paquete de seis cervezas, pero, si por casualidad encuentra algo de alcohol y eso le provoca una recaída y...

—¿No registró ya Noah toda la casa antes de que Easton saliera de rehabilitación? —pregunto mientras coloco una magdalena en un plato y se la deslizo por la isla.

—¡De arándanos! Dios mío, no paro de tener antojos de fruta. —Coge la magdalena y la contempla con admiración. Después, levanta los ojos hacia mí y asiente—. Sí. Pero se olvidó del baño de invitados... de tu baño. Además, también quiere recoger algunas cosas para llevárselas a mi casa.

—No me puedo creer que vayáis a vivir en esa caja de zapatos diminuta. —Me río mientras introduzco una cápsula descafeinada de Nespresso en la máquina para ella.

—Ya. —Sonríe—. Pero, sinceramente, me encanta mi pequeño piso en ese edificio antiguo. No sé si será práctico cuando nazca el bebé, pero, por ahora, mientras Noah y yo todavía estamos conociéndonos y todo es tan... nuevo, mudarnos supondría demasiado estrés.

—Sé a qué te refieres. —Dejo la taza delante de ella y suelta un jadeo.

—¿Magdalena y cafeína? Soy, sin lugar a dudas, tu prima favorita.

—Soy tu única prima —le recuerdo mientras cojo una magdalena para mí y me inclino sobre la isla—. Y no te emociones tanto. Es descafeinado.

Indy arruga la nariz. Da un mordisco enorme a la magdalena y gime de placer.

—Está buena, ¿verdad?

—La mejor, Claire. Como no encuentres trabajo pronto, podrías probar suerte con la repostería.

Pongo los ojos en blanco.

—Limítate a comerte la magdalena.

Indy da otro mordisco.

—Por cierto, ¿dónde está East?

—En una reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Va todos los días?

—A veces va dos veces el mismo día.

—Guau. Estoy muy orgullosa de él —dice Indy con suavidad, pensativa.

—Sí, yo también.

—¿Y vivir con él ha sido... llevadero?

—Ha estado bien.

Indy entorna los ojos.

—¿Solo bien? Claire, llevas suspirando por Easton desde...

—¡Chist!

Las dos dejamos de hablar y escuchamos por si Noah nos ha oído desde arriba. Un instante después, se le cae algo y suelta un gemido sonoro.

—Yo no suspiraba por él —empiezo, pero el resoplido de Indy me interrumpe—. Es solo que ahora todo es distinto. Antes, al menos, éramos amigos. Este Easton me mira como si no pudiera soportarme. No para de llamarme niña. Niña, Indy, como si fuera una preadolescente con un enamoramiento ridículo. Es irritante. Y vergonzoso, porque es verdad.

Me meto un trozo enorme de magdalena en la boca para detener el torrente de palabras que se me escapa.

Odio que Easton me hiciera daño, pero me lo hizo. Durante un segundo, apenas un parpadeo, cuando entró en la sala de juegos, pensé que podríamos pasar el rato juntos. Mantener una conversación, ver la televisión, comportarnos de manera informal. Normal. Pero entonces me recordó lo diferentes que somos. Que yo soy una cría inmadura y malcriada y él es un dios del hockey, y la distancia entre ambos arañó todas mis inseguridades.

Por lo general, las mantengo enterradas tan hondo que la mayoría de la gente ni siquiera cree que las tenga. De cara al mundo proyecto seguridad, pero, a veces, es muy frágil.

Sé que se me da genial coquetear. Soy divertida y extrovertida. No tengo problemas para hablar con nadie.

Pero Easton consigue que pierda el equilibrio y, la otra noche, fue como si me hubiera empujado hasta hacerme caer. Entre la falta de perspectivas laborales y mi inexistente vida amorosa, el subidón en el que vivía desde que me gradué en la universidad se va desinflando poco a poco a medida que la realidad se impone.

Indy me lanza una mirada compasiva.

—Claire, me dijiste que Easton y tú siempre habíais tenido una relación basada en las bromas. Estoy segura de que no lo dice con mala intención.

Niego con la cabeza.

—Ahora es distinto. Es como si algo... no encajara.

—Bueno, los dos tenéis muchas cosas encima.

—Él más que yo. —Desmigajo la magdalena con los dedos.

—No le quites importancia a lo tuyo. Graduarte e intentar encontrar tu sitio después de la universidad es difícil.

—Ojalá tuviera un trabajo de verdad. Con un sueldo —suspiro.

—Lo tendrás. Te lo juro. —Levanta una mano antes de que pueda decir nada—. Y antes de que empieces, ya sé que yo no estuve en tu situación. Sé que tuve muchísima suerte al conseguir mi puesto en la Universidad Brighton. Pero, Claire, cuando encuentres trabajo, vas a pasarte los próximos cuarenta o cincuenta años trabajando. Sé que ahora no te lo parece, pero, si miras el panorama completo, pasar ocho, diez o incluso catorce meses buscando empleo no va a ser el fin del mundo. Mírate: vives en esta casa preciosa con un chico al que adoras. —Me sonrío—. Aprovecha este tiempo para perfeccionar tus habilidades y ampliar todo lo posible la búsqueda de empleo. No seas tan dura contigo misma.

Da un sorbo al café y me mira por encima del borde de la taza.

—He estado diseñando logotipos para grupos y portadas de discos por diversión —suelto de repente.

—¿Portadas de discos? —La sorpresa impregna su tono, pero se inclina hacia mí, interesada—. ¿Por lo de Derek?

Pongo los ojos en blanco. Liarme con Derek durante el verano fue una decisión espantosa. Claro que está buenísimo y es imprudente, salvaje y desinhibido. Cuando canta en el escenario, las mujeres gritan su nombre y me avergüenza admitir que yo era una de ellas. Pero, después de unas semanas vertiginosas llenas de altibajos extremos, acabé un poco magullada emocionalmente y sin un duro.

—Sí. Me presentó a otros grupos independientes, la mayoría locales, que buscaban a alguien para diseñar portadas, logotipos y merchandising.

—No sabía que habíais vuelto a hablar. —La voz de Indy se vuelve rígida y sus ojos escudriñan los míos.

Su desaprobación es evidente, y me entran ganas de abrazarla y darle las gracias por estar siempre de mi lado.

—No hemos vuelto a hablar —le aseguro.

Expulsa un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Lo que hizo al dejarte con aquella cuenta en Carters Steakhouse fue...

—Una mierda.

—Y muy turbio.

La noche en que invitaron a Derek y a su grupo, The Burnt Clovers, a salir de gira como teloneros de The Failed Poets, fuimos todos a Carters, un asador increíblemente elegante del centro en el que cenar cuesta una pequeña fortuna, para celebrarlo. Había estado bebiendo toda la noche, animando a mi chico, y ya iba bastante borracha antes siquiera de abrir la carta. Desde luego, estaba demasiado achispada para preguntarme cómo demonios había conseguido una reserva en el último momento.

Para cuando llegó el postre, la mayoría de los miembros del grupo y sus parejas ya se habían largado. Taylor, el batería, me dirigió una mirada compasiva mientras me besaba la mejilla para despedirse.

—¿Quieres que te acompañe fuera? —se ofreció.

Pero negué con la cabeza, señalando a Derek y a Callie, una chica con la que llevaba años siendo amigo y que seguía sentada a la mesa. Unos minutos después, Callie le susurró algo a Derek y él asintió mientras me dedicaba una mirada prolongada. Me dijo que volverían enseguida y supuse que iban a fumar porros, meterse una raya de coca o hacer alguna otra mierda en la que yo no tenía ningún interés.

Me equivoqué.

Porque acabé pagando una cuenta de tres mil doscientos dólares que vació por completo mis escasos ahorros. Después encontré a Derek follando a Callie en el callejón por el que atajé para reunirme con el conductor de mi Uber. Fue una noche horrible y humillante. Y el golpe de realidad que necesitaba desesperadamente para espabilar de una puta vez y empezar a pensar en serio en las decisiones que estaba tomando.

—¿Cuándo se puso en contacto contigo? —pregunta Indy, devolviéndome a nuestra conversación.

—Antes de Acción de Gracias. Sinceramente, no pensaba responder a su llamada, pero pudo más la curiosidad.

—¿Al menos se disculpó?

Asiento.

—¿Va a devolverte el dinero? —pregunta.

Le lanzo una mirada y ella niega con la cabeza.

—Pero, como ahora a The Burnt Clovers les va genial, me pidió que volviera a trabajar para ellos. Esta vez fui profesional, redacté un contrato y todo.

—Bien por ti. —Indy golpea la encimera con los dedos.

Le sonrío, aliviada de que al menos una persona en el mundo se ponga de mi parte en esto.

—Y me ha puesto en contacto con un montón de grupos a los que les gustó mi trabajo, así que...

—Así que no lo odiamos, pero sigue cayéndonos fatal.

—Exacto. Aunque me encanta el trabajo, Indy. Es creativo y me permite experimentar, probar cosas nuevas.

Indy me sonrío con calidez y estira el brazo sobre la isla para agarrarme de la muñeca.

—Eso es fantástico, Claire. Me alegro mucho por ti.

Me sonrojo y pongo los ojos en blanco.

—Gracias. Pero no estoy segura de que mamá y papá lo vieran de la misma manera.

—¿Por qué no? Estás perfeccionando tus técnicas y ganando algo de dinero.

—Pero no es algo que pueda incluir en una carta de presentación. Además, podría dedicar ese tiempo a hacer prácticas a cambio de una ayuda para la comida. O a establecer contactos.

Recito los argumentos favoritos de mi padre cada vez que hablamos de mi búsqueda de empleo.

Por mucho que disfrute diseñando logotipos y colaborando con grupos, no es una trayectoria profesional que mi familia fuera a aceptar. Me muerdo la comisura del labio mientras me pregunto cuánto debería contarle a Indy. Siempre me ha apoyado, pero

también es una profesora inteligentísima y disciplinada con una agenda organizada por colores y un plan detallado para los próximos cinco años.

Indy frunce el ceño.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma, Claire. Diseñar logotipos y colaborar en proyectos te permite reforzar tus habilidades de diseño y mejorar tu capacidad para relacionarte con los demás. Todo lo que estás haciendo ahora mismo sigue siendo un paso en la dirección correcta.

Le saco la lengua.

—Te está saliendo tu lado idealista de profesora. Aunque resulta muy alentador. Tus alumnos tienen que adorarte.

Indy echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—El otro día uno de mis alumnos me llamó doctora Merrick y ni siquiera respondí. Les digo a todos que me llamen Indy.

—Tienes el trabajo perfecto para ti.

—Tú también lo tendrás. No renuncies a ti misma, Claire. Eres inteligente y cautivadora. Sabes hablar con todo el mundo y conectar con la gente sin esfuerzo. Lo tienes todo.

Le sonrío con gratitud.

—Gracias por la charla motivadora.

—Gracias por la magdalena. —Baja del taburete—. Tengo que meterle prisa a Noah. Tenemos una ecografía dentro de una hora.

—¡Dios mío! ¿Vais a saber el sexo? —pregunto, dando pequeños saltos sobre las puntas de los pies.

Los ojos de Indy brillan.

—Me muero de ganas de saberlo.

—Tienes que llamarme justo después.

Niega con la cabeza.

—Noah quiere que sea una sorpresa.

—Puj —digo, sabiendo cuánto le gusta a mi prima planificarlo todo y sentirse preparada para cualquier cosa.

—Ya lo sé —se lamenta Indy—. No tengo ni idea de qué comprar.

—Colores neutros.

—Qué aburrimiento —se queja.

Pongo los ojos en blanco y le beso la mejilla.

—Cuéntame qué tal os va en el médico.

—Cuéntame qué acaba pasando entre tú y Gruñón.

Resoplo.

—¿Ahora llamamos así a East?

—Necesitamos un nombre secreto para él. Todo el mundo sabe quién es.

—Y Gruñón es tan confidencial que nadie sería capaz de adivinarlo.

Indy intenta darme un manotazo.

—Tú avísame cuando sus comentarios de «niña» empiecen a formar parte de los preliminares.

—Lárgate de aquí. —Me río mientras la acompaño hasta las escaleras, donde empieza a gritar el nombre de Noah.

Él aparece un instante después con la correa de una bolsa de viaje cruzándole el pecho.

—¿Lista, cariño?

—Todo listo —responde Indy.

—Genial. Nos vemos luego, Claire. Le he dicho a East que venga a cenar el viernes. Vente tú también.

—¿El viernes por la noche?

Noah asiente.

—Sí. Mañana es el primer día de East de vuelta en los entrenamientos, así que pensé que el viernes lo mantendría entretenido, porque está acostumbrado a salir de bares y discotecas con los chicos.

—Es una buena idea. —Cambio el peso de un pie al otro—. ¿Crees que querrá que vaya yo también?

—Claro. Servirás de distracción.

—Mientras sea útil... —replico con sequedad.

Noah se ríe por lo bajo.

—A estas alturas haré lo que sea para mantener ocupado a Easton. Cualquier cosa con tal de que esté demasiado entretenido para quedarse por ahí enfurruñado.

—Tu hermano es la persona menos alegre que conozco —coincido mientras les abro la puerta principal.

—Está mejor cuando tú estás cerca —dice Noah, y sé que habla en serio.

Madre mía, para ser dos hermanos tan unidos como Noah y East, no puedo creer que Noah esté tan equivocado respecto a eso.

—Nos vemos el viernes.

—Nos vemos el viernes. —Los despido con la mano.

Cuando se marchan, regreso a la cocina. Mañana es el primer día de Easton de vuelta sobre el hielo. ¿Estará nervioso? ¿Emocionado? ¿Las dos cosas?

¿Qué se siente al pasar de ser el alma de todas las fiestas a evitarlas a cualquier precio? ¿Cómo piensa mantenerlo distraído Noah? ¿Va a invitarlo a cenar todos los fines de semana?

Frunzo el ceño. Aunque Easton y yo empezamos nuestra convivencia con mal pie, eso no significa que no me preocupe por él. De hecho, sigo pensando en él mucho más de lo que debería. Todo el tiempo, para ser exactos. Y sí quiero ayudarlo durante esta transición.

Me remango y llamo a mamá.

—¡Claire! —responde—. Me alegro mucho de que llames. Tú y East venís a cenar el domingo, ¿verdad?

Me río.

—Sí, mamá. Iremos.

—Bien. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. Solo quería preguntarte cómo haces esa receta de pollo piccata.

—¿La que le gusta a Easton?

Si mamá se sorprende, no lo demuestra, y mi gratitud hacia ella se multiplica.

—Esa misma.

—¿Vas a preparar la cena? —Esta vez sí parece sorprendida y yo resoplo.

—Lo estoy intentando, mamá. Solo eso. Mañana es su primer día de vuelta en el hielo.

—Ay, Claire... —La voz de mamá se suaviza—. Es un detalle muy bonito por tu parte. Mira, tienes que hacer lo siguiente...

Estoy nerviosa. No con esos nervios habituales llenos de mariposas, inquietud y emoción, sino con los que te revuelven el estómago y hacen que quieras vomitar un poco y esconderte. Cuando Easton se ha marchado a entrenar esta tarde, se ha limitado a saludarme y despedirse con una inclinación de barbilla.

Y mi cuerpo traicionero ha reaccionado de la peor manera.

Se me ha hecho la boca agua al verlo con un pantalón de chándal desgastado y una sudadera. Llevaba una bolsa de deporte colgada del hombro y una gorra de béisbol puesta hacia atrás. Una barba de dos días le cubría las mejillas y la barbilla, y en sus ojos se aferraba un agotamiento demacrado.

Según los estándares normales, no estaba atractivo. Pero, según los míos, estaba condenadamente sexy. He cerrado las manos en puños y contenido la respiración esperando una palabra, cualquiera, que quisiera dirigirme.

No he recibido nada.

La puerta se ha cerrado detrás de él y he pasado treinta minutos enteros cuestionándome si debería prepararle la cena. La bandeja de magdalenas ya está vacía, así que sé que no detesta cómo cocino, lo cual es positivo. Pero tampoco quiero parecer una de esas mujeres que se quedan rondando por casa y pasan los días haciendo tareas domésticas para un hombre. Mi yo habitual secuestraría a mi yo actual para organizarle una intervención si eso ocurriera.

Aunque esta mañana sí parecía nervioso. También sé que anoche no durmió bien porque oí correr el agua de la ducha alrededor de las tres de la madrugada.

¿Estaba luchando contra sus demonios? ¿Confiará algún día en mí lo suficiente como para hablarme de ellos? ¿O de verdad odia que haya invadido su espacio?

Dejo escapar un suspiro enorme y tamborileo con los dedos sobre la encimera.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

Vale, ya está. Voy a intentar tenderle la mano una última vez. Voy a prepararle la cena a Easton, uno de sus platos favoritos, y a preguntarle qué tal ha ido el entrenamiento. Voy a ser atenta, considerada y amable.

Y, si vuelve a cerrarse en banda, saldré corriendo de su vida para no tener que soportar cada día esta presión en el pecho por no saber qué lugar ocupo para él.

Esta noche será la última vez que me arriesgue por Easton Scotch. Así que más le vale aceptarme ahora o despedirse para siempre.

Me remango y me pongo manos a la obra para preparar el mejor puto pollo piccata con verduras asadas y puré de patatas que el número veintisiete haya probado en toda su vida.

Por algún motivo en el que preferiría no pensar demasiado, parece que mi futuro entero dependa de ello.

CINCO EASTON

—HAS ESTADO BIEN HOY. —Austin me da un manotazo en el hombro al sentarse a mi lado en el banco del vestuario.

Levanto la cabeza con esfuerzo y lo miro.

Hace una mueca, con expresión comprensiva.

—Era el día de tu vuelta, tío. Sabes que esto va a ser un camino largo. Volverás a estar como antes. Pero hoy lo has hecho bien.

Me golpea un lado del cuello antes de levantarse del banco para ir a ver por qué está gritando Torsten.

Agacho la cabeza y cierro los ojos. Mierda. Estoy dolorido. Me duele todo el cuerpo. Tengo la cabeza hecha un desastre. El rostro de mi padre cobra vida en mi mente: furioso y decepcionado, los ojos reducidos a dos rendijas y una boca que escupe veneno.

—Se te veía bien ahí fuera —dice Noah mientras se sienta en el sitio que ha dejado libre Austin.

—Déjate de gilipollecies —gruño, intentando borrar a mi padre de la cabeza a base de parpadear.

—No te estoy diciendo ninguna gilipollez. Para ser alguien que no ha hecho una mierda sobre el hielo en tres meses, se te veía bien.

Levanto la cabeza a la fuerza al oír la seriedad en el tono de mi hermano. Noah me mira a los ojos, dispuesto a que vea la verdad reflejada en los suyos.

Niego con la cabeza.

—Sentía que me arrastraba.

—Te arrastrabas.

—Me notaba lento, pesado.

Noah asiente.

—Ya me duele todo.

—Baño de hielo. —Le tiembla el labio, pero no sonrío.

—Suéltalo ya, tío. Sea lo que sea que has venido a decirme. —Me froto la nuca, intentando aflojar los músculos mientras espero a que Noah me eche la bronca.

—He venido a decirte que se te veía bien ahí fuera. —Noah baja la voz—. Te conozco, East. Te estás machacando porque no eres el mismo jugador que eras hace seis meses. Pero, tío, ya no eres el mismo hombre. Has pasado los últimos noventa días ejercitándote de otras maneras. Afrontando mierdas, luchando contra nuestra infancia, trabajando tus problemas. No puedes esperar presentarte y adueñarte de la pista. Tienes que volver a ganártelo.

—Ya —murmuro.

Sé que Noah tiene razón. Durante los últimos tres meses me he exigido mental y emocionalmente, pero los entrenamientos físicos a los que estoy acostumbrado han quedado relegados. Igual que mi vida social. Por supuesto que los chicos del equipo se alegran de que esté bien, pero eso no significa necesariamente que se alegren de que haya vuelto.

En el pasado he sido demasiado poco fiable como para que confíen en mí ahora. Y el tío que ocupó mi puesto, Sims, está haciendo un trabajo de puta madre.

—Tú, Austin y yo llevamos mucho tiempo jugando juntos. —Me aclaro la garganta.

Noah asiente. Los tres hemos formado la línea de ataque durante varias temporadas.

—Pero Sims es un buen jugador.

—Lo es —coincide Noah—. Pero esto no va de Sims, Easton. Va de ti. Si quieres recuperar tu puesto de titular, si quieres liderar el equipo, si quieres volver a tener lo que tenías, tendrás que aparecer y demostrarlo. ¿Me oyes?

Expulso una profunda bocanada de aire y asiento.

—Sí, Noah. Te oigo.

—Vale. —Noah me da una palmada en el hombro mientras se pone de pie—. Tengo que irme. Pero seguimos con lo de cenar mañana por la noche, ¿verdad?

—Sí, allí estaré.

—Bien.

Noah se da la vuelta, pero se detiene y chasquea los dedos hacia mí como si acabara de recordar algo.

—Trae a Claire. Ya la he invitado.

—Vale —digo despacio, sin entender por qué, además de compartir piso, ahora también tengo que ser su puto chófer.

—No tiene coche —explica Noah, leyéndome el pensamiento.

Echo la cabeza hacia atrás y me río.

Por supuesto que no. Claire Merrick aparece allá donde mire. Está en mis pensamientos. Está en mi casa. Y anoche soñé que estaba en mi cama.

¿Por qué no iba a venir también a cenar a casa de Indy y Noah?

—Tío, lo está intentando —dice Noah con suavidad.

Cuando lo miro, no entiendo la expresión que tiene en la cara.

—Lo que tú digas. La llevaré.

Justo después de volver a casa y soportar otra noche incómoda tratando de mantener las distancias entre nosotros.

La noto en cuanto entro en casa. No es solo porque mis botas de invierno estén perfectamente alineadas junto a la puerta. Ni porque la lámpara del salón esté encendida. No es ninguna de esas pequeñas cosas que Noah y yo nunca nos molestábamos en hacer.

Es una sensación. Claire está aquí y la casa parece más cálida, más segura.

Inspiro y casi gimo al percibir los deliciosos aromas que llegan desde la cocina.

Parte de la frustración del entrenamiento se desvanece ahora que estoy en casa, a punto de comer algo bueno y sin tener que pasar la noche solo.

—Claire —la llamo mientras dejo caer la bolsa de deporte al suelo.

Me quito el abrigo y el gorro de invierno y empleo unos segundos de más en colgarlos donde corresponde. De hecho, incluso guardo el equipo de entrenamiento.

—Estoy aquí —responde—. He preparado la cena.

—Ya me he dado cuenta.

Entro en la cocina y se me encoge el pecho al verla, toda pelo rubio y ojos azules, descalza, en mi cocina.

—Huele increíble.

La tensión que rodeaba sus ojos se relaja y odio haber conseguido que sienta que tiene que andar con pies de plomo a mi alrededor. Pero, Dios, mantenerla a distancia resulta muy difícil.

Quizá no debería esforzarme tanto.

Trago saliva y me aclaro la garganta.

No. Eso es una locura. No puedo dejar entrar a Claire. Si lo hago, nunca seré capaz de sacarla de mi vida.

—¿East? —pregunta, y niego con la cabeza.

—¿Perdona?

—Solo te estaba preguntando qué tal ha ido el entrenamiento.

Suelto una maldición y ella me ofrece una sonrisa suave.

—Siempre has sido demasiado duro contigo mismo.

Se vuelve hacia los platos para servirnos la comida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, intrigado.

Es algo que he oído miles de veces, pero nunca de su boca. ¿Se fija tanto en mí? ¿En mi vida? Apenas hemos hablado en un año.

Levanta dos platos y señala la mesa del comedor con la cabeza.

Me vuelvo y se me atasca el aliento en la garganta al ver que lo ha preparado todo, con una vela encendida en el centro. Saber que ha dedicado tiempo a hacer algo bonito por mí hace que se rompa la poca determinación que me quedaba. Sé que no puedo tener a Claire Merrick, pero eso no significa que no pueda conocerla.

¿Verdad? Quiero decir, podríamos ser amigos. Tener una relación amistosa.

—No tenías que hacer todo esto. —Me siento donde me indica.

Claire se encoge de hombros mientras deja los platos sobre la mesa.

—Quería hacerlo. Hoy no habrá sido fácil para ti.

—Ha sido una mierda —coincido, levantando la mirada hacia ella

—. El pollo piccata es mi plato favorito.

Se sonroja.

—Me acordaba.

Me muerdo el labio inferior. Ya van dos veces. Primero Claire recordó lo del chocolate caliente y ahora me ha preparado mi comida favorita. ¿Siempre ha estado más pendiente de mí de lo que pensaba? ¿Siempre se ha fijado en mí tanto como yo en ella?

Se sienta en la silla frente a la mía.

—Gracias, Claire. De verdad. —Inclino la barbilla para asegurarme de que vea la sinceridad en mis ojos.

Sonríe.

—Ha sido un placer, East.

Tengo que reprimir un gemido solo con oír la palabra placer salir de su boca. Dios, ¿qué coño me pasa? Es la hermana pequeña de Austin. La hija de Joe.

Claire corta un trozo de pollo y se lo lleva a la boca. Mastica pensativa, con expresión cautelosa.

—No está exactamente igual que el de mamá.

—No. —Niego con la cabeza mientras doy un segundo bocado—. Está mejor.

Claire se ilumina y le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué querías decir antes? Eso de que soy demasiado duro conmigo mismo.

—Ah. —Hace un gesto despreocupado con la muñeca—. Siempre has sido así. ¿No recuerdas la competición de habilidades del campamento de hockey? La de Muskoka.

Me río al recuperar un recuerdo que había olvidado hasta que Claire me lo ha traído de vuelta.

—La competición entre las cabañas —digo, recordando aquel verano en Muskoka, Ontario.

Fue el verano en que conocí a Austin y al resto de los Merrick.

—Claire, tendrías unos siete años.

—Ocho —me corrige—. Pero recuerdo haber oído a Noah, a mi hermano y a ti discutir durante meses por el resultado de aquella competición. Estabas furioso contigo mismo por haber fallado ese tiro.

—¡Nos costó la competición!

Se ríe de mi intensidad y le brillan los ojos.

—Excepto que Austin y Noah fallaron antes.

—Sí, pero todo dependía de mí. Tenía que marcar.

Claire niega con la cabeza.

—No dependía solo de ti. También dependía de ellos. Siempre cargas con los problemas de todo el mundo. ¿Qué me dices de la vez que mamá se quedó sin gasolina durante aquella tormenta de nieve?

Gimo al recordar aquella noche con absoluta claridad. El peso de la culpa sigue instalado en la boca de mi estómago cuando pienso en ello.

—Debería haberle llenado el depósito. Había usado su coche.

Claire niega con la cabeza.

—East, utilizaste su coche tres días antes de que llegara la tormenta. No fue culpa tuya.

—Estaba lleno cuando me lo prestó y a tres cuartos cuando se lo devolví —digo.

Claire sonríe de lado.

—¿Ves a qué me refiero? Encuentras formas de cargar con responsabilidades que no te corresponden y después te machacas por ellas. ¿Qué ha pasado hoy? ¿En el hielo?

Niego con la cabeza, dejo el tenedor sobre la mesa y me recuesto en la silla.

—Estaba lento de cojones. He fallado dos goles y me han estampado contra la valla tantas veces que he perdido la cuenta. Parecía que Austin y Noah tenían que cubrirme.

—Ah, o sea que has jugado como alguien que lleva tres meses sin hacerlo.

Sonríó ante el sarcasmo de su voz.

—Escucha, listilla, todo mi futuro depende de este momento. De esta temporada. Si no rindo, puede que los Hawks no me renueven el año que viene.

—¿Se te acaba el contrato? —pregunta, abriendo la boca al comprenderlo.

—Dentro de diez meses.

—Entonces tienes diez meses para poner en orden tu mierda, Scotch. Pero ni de puta coña vas a jugar en un sitio que no sea Boston.

Me río ante la determinación de su tono.

—¿Así de fácil, Claire?

—Así de fácil. Puedes celebrar tu pequeña fiesta de autocompasión durante lo que queda de noche, pero mañana volverás al hielo y empezarás a trabajar para conseguir lo que quieres.

Me paso una mano por la mandíbula mientras le sonrío. Está preciosa a la luz de la vela. Le brillan los ojos y frunce los labios pensativa, pero es su presencia lo que cambia por completo la energía de la casa. El simple hecho de tenerla aquí inyecta un poco de optimismo en unas venas que llevo demasiado tiempo llenando de veneno.

Me descubre mirándola y sonrío con suavidad, casi tímida. Es tan condenadamente dulce que quiero recordarla así para siempre. Claire siempre ha tenido una personalidad arrolladora. Es una fuerza de la naturaleza en cualquier situación social. Pero, a veces, cuando solo estamos nosotros dos, se relaja un poco, libera parte de toda esa energía y se vuelve demasiado tierna para su propio bien.

—Me alegro de que estés aquí, Claire.

Y lo digo en serio.

Una comisura de sus labios se eleva.

—Yo también. Vivir con mamá y papá Merrick es más estricto que estar en rehabilitación.

Resoplo y niego con la cabeza. Todo el mundo que conozco evita hablar de rehabilitación como si la palabra pudiera provocarme una recaída. Todo el mundo menos Claire, que hace una broma al respecto.

—¿Eso crees?

—¿Cómo fue de verdad?

—Eres la primera persona que me lo pregunta.

—Entonces cuéntamelo.

Me muerdo la comisura del labio, pensando bien las palabras. Si me lo preguntara cualquier otra persona, le soltaría alguna respuesta genérica sobre lo duro pero necesario que fue, sobre la importante experiencia de aprendizaje que supuso en mi camino hacia la recuperación. Pero, ante la compasión y no la lástima de los ojos de Claire, admito la verdad.

—Fue una puta mierda. Fue duro. Cada maldito día parecía una batalla que seguramente iba a perder. Todavía lo siento así. Como si luchara constantemente por empujar el agua cuesta arriba. Por no volver a joderlo todo.

Claire se inclina hacia delante, seria.

—Estoy orgullosa de ti, Easton.

Suelto una risa irónica para ocultar el tajo que sus palabras me abren en el pecho.

—¿Por qué? No he hecho nada de lo que merezca la pena estar orgullosa, Claire.

—Eso no es verdad. —Niega con la cabeza y se muerde el labio inferior—. Si lo fuera, entonces yo tampoco habría hecho nada.

—¿Qué? —Me incorporo—. ¿Otra vez con esto? ¿De qué estás hablando?

—Mírame, East.

—Lo estoy haciendo. —Dejo que mi mirada recorra su rostro.

—No me refería a eso. —Sonríe antes de volver a ponerse seria—. Soy un desastre de veinticuatro años y estoy en paro. Hasta la semana pasada, y gracias a la generosidad de Noah y tuya, seguía viviendo con mis padres. Ellos me pagan la factura del móvil. Estoy dolorosamente soltera. Cada vez que salgo y conozco a un chico, conectamos sin problemas. Tenemos unas cuantas citas, pero nunca

surge nada. Mi mejor amiga, Rielle, es adicta al trabajo, mi hermana se ha mudado a Nueva York e Indy está embarazada.

Se encoge de hombros y sus ojos se encienden con una emoción que no sé identificar.

Contengo la respiración mientras se me forma un nudo en la garganta.

—Siento que todos los que forman parte de mi vida me llevan cinco pasos de ventaja y que, por mucho que lo intente, no consigo alcanzarlos. Así que, si tú crees que no debería estar orgullosa de ti, de alguien que ha triunfado en la profesión que eligió, que tiene estabilidad económica sin depender de nadie, que ha admitido sus errores y ha tomado medidas concretas para corregirlos, que intenta hacer lo correcto cada uno de los días... entonces ¿dónde me deja eso a mí?

SEIS CLAIRE

LA BOCA de Easton se retuerce al escuchar mis palabras y la ira se extiende por su expresión.

—No intentes hacerme sentir mejor, Claire.

—No lo hago.

Vale, puede que sí... pero solo un poco.

Easton niega con la cabeza.

—Tú eres mucho más de lo que yo llegaré a ser jamás. Sé que ahora estás desanimada porque no tienes el trabajo perfecto. Y sí, entiendo lo mucho que jode ver que todos los que te rodean parecen avanzar mientras tú sientes que sigues estancada. Pero, Claire, créeme... —Me mira directamente a los ojos con una gravedad que nunca le había visto—. Eso solo significa que te espera algo más grande y mejor.

Resoplo y arqueo una ceja.

—¿Y ahora quién intenta animar a quién?

Los ojos de Easton brillan mientras se recuesta en la silla. Se pasa una mano por la frente y el dedo se le engancha en la cicatriz que le parte la ceja. Siempre se la frota cuando está nervioso, inseguro o directamente cabreado. ¿Cómo se siente ahora?

—Te lo prometo, Claire, no nos parecemos en nada.

Sus palabras son sinceras, pero aun así me arañan el alma. Ya sé que no nos parecemos en nada. Easton es un hombre que podría tener el mundo entero a sus pies si se lo propusiera. Y yo soy yo, la niña por la que todo el mundo se preocupa y a la que todos consienten.

—Sí, ya lo sé.

Al oír mi tono, sus ojos se oscurecen hasta adquirir un azul mediterráneo.

—No quería decir... —Niega con la cabeza—. Ya es la segunda vez que malinterpretas mis palabras. No sé explicarme bien. —Suspira—. Eres mucho mejor persona de lo que yo seré jamás, Claire. A eso me refiero cuando digo que no nos parecemos. Y me alegro de que estés aquí. De verdad. Siento no haberte hecho sentir bienvenida de la manera correcta.

Ante su confesión, abro los ojos de par en par y se me desencaja la mandíbula. Parte del dolor en el que me estaba preparando para regodearme se desvanece.

—¿En serio?

Me frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? Claro que hablo en serio.

—Pues hiciste un trabajo de primera desplegando el comité de bienvenida.

Easton se ríe.

—Siento haber sido un gilipollas contigo.

—Guau, ¿qué está pasando? ¿Una disculpa? ¿De Easton Scotch?

La vergüenza le cubre la cara y me río mientras lo señalo.

—Ahora te estás sonrojando.

—Había olvidado lo tocapelotas que eres.

Sonrío de medio lado, con el corazón golpeándome el pecho ante su reacción.

—¿De verdad no odias tenerme cerca?

Se pasa una mano por la mandíbula.

—No tanto como debería.

Eh... ¿qué?

Entorno los ojos para preguntarle qué coño significa eso, pero Easton ensarta otro trozo de pollo y lo deja en su plato.

—Háblame de todos esos trabajos a los que estás enviando solicitudes.

—Espera, ¿qué?

Intento ponerme al día con lo que acaba de ocurrir y con cómo ha podido creer que ese cambio de tema resultaría sutil. Ha sido brusquísimo.

Easton mastica un pedazo de pollo.

—Esos trabajos. ¿Por qué solicitas tantos? Me cuesta creer que no estés cualificada para ninguno.

Le enseño el dedo corazón y él se ríe por lo bajo.

—Diría que el mercado laboral está complicado, pero siento que esa es la excusa de todo el mundo —murmuro.

Levanta la vista y su mirada se vuelve más intensa.

—El mercado laboral está complicado.

—Lo que tú digas. —Suspiro mientras cojo otro trozo de pollo.

Easton me observa pensativo.

—Si pudieras dedicarte a lo que quisieras, tener cualquier puesto, ¿qué elegirías?

—¿Por qué? —pregunto despacio.

—Joder, eres muy desconfiada. No recordaba que fueras tan escéptica, Claire.

—Yo tampoco recordaba que fueras tan desdeñoso y distante —replico.

Suspira. Mantiene la mirada fija en la mía mientras se muerde la comisura del labio.

—Tienes razón. He sido un gilipollas contigo, y con casi todo el mundo, desde la primera vez que entré en rehabilitación. Supongo que han cambiado muchas cosas durante el último año.

—¿Por qué? —pregunto, sinceramente intrigada.

—Porque lo mandé todo a la mierda, Claire. —Su voz suena áspera. Aprieta el tenedor hasta que este cae con estrépito sobre el plato—. Soy un puto desastre. Y tú... tú siempre me mirabas como si fuera un tío increíble...

—Eres un tío increíble.

—Como si no hubiera decepcionado a todos y cada uno de los miembros de tu familia.

—A mí no me decepcionaste.

Cierra la boca de golpe y arquea las cejas.

Hago una mueca ante el desafío que veo en sus ojos.

—Vale, sí me decepcionaste cuando dejaste de hablarme. Antes éramos amigos, East. Te preocupabas por mí.

—Me estoy preocupando por ti ahora mismo —responde con brusquedad.

Sé que he tocado un nervio porque tensa la boca y sus ojos arden.

—Te estoy protegiendo de mí.

¿De él? ¿Se ha vuelto loco? Aparte de hacerme daño en los sentimientos, sé que Easton jamás me haría daño a propósito.

—¿Y si no quiero que lo hagas? —susurro con la voz más ronca de lo que pretendía.

Aprieto los muslos mientras miro a Easton. La intensidad emana de él en oleadas y siento el deseo, y no es la primera vez, de poder ahogarme en ella. En él.

Suelta una maldición y niega con la cabeza, rompiendo el hechizo momentáneo.

—Siento haberme portado como un capullo.

Me encojo de hombros.

—Lo digo en serio. No tenías que hacer todo esto. —Señala la cena que he preparado.

—Quería hacer algo bonito por ti —admito.

—Lo sé, Claire. —Su expresión se suaviza—. Siempre te portas bien conmigo, niña. Odio de verdad haber herido tus sentimientos. Nunca fue mi intención.

Lo de «niña» escuece, pero el resto, la sinceridad de su tono y la verdad que reflejan sus ojos, actúa como un bálsamo.

—Disculpas aceptadas —murmuro.

Easton atrapa mi mirada.

—Háblame de tu trabajo soñado.

—Vale —acepto—. Tendría mi propio negocio.

Se echa hacia atrás, sorprendido de forma evidente.

Resoplo.

—No te esperabas eso, ¿verdad?

Niega con la cabeza y, al menos, es sincero.

Arrugo la nariz.

—Todo el mundo me subestima.

Easton se queda inmóvil y las aletas de la nariz se le ensanchan como si acabara de cabrearlo.

—No quería decirlo así, Claire.

Levanto una mano para detenerlo, pero él niega con la cabeza.

—No, en serio —insiste—. Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Absolutamente cualquier cosa. Es solo que nunca te había oído hablar de montar tu propio negocio. Siempre hablabas de diseño. Después pasaste por aquella obsesión con la animación, ¿te acuerdas? —Se ríe—. Solo querías trabajar para Disney. Tanto que ibas a solicitar un puesto como personaje en Magic Kingdom y «ascender desde allí».

Me río al recordar todo aquel verano en el que practiqué para ser Aurora y Cenicienta, todas las princesas rubias de Disney.

—No me puedo creer que te acuerdes.

Asiente, con los ojos brillantes.

—Me acuerdo, Claire. Después de eso ibas a diseñar papel pintado.

—¡Dios mío! —Me tapo la cara con una mano—. Eso fue por aquella asignatura que cursé.

Easton asiente como si lo supiera perfectamente.

—Introducción al Diseño Moderno.

—¡Sí! —Lo señalo, incrédula—. Había olvidado por completo a aquel profesor chiflado.

—El doctor P. —decimos al mismo tiempo.

Easton sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. El pecho se me calienta por los recuerdos y también porque él los conserve, como si le hubiera importado todo este tiempo.

—Nunca dijiste nada de tener tu propio negocio —me recuerda.

Suspiro.

—Supongo que no. Es una idea bastante reciente, desde que empecé a diseñar logotipos para grupos. Al principio era más bien un pasatiempo. Sobre todo por mi obsesión como fan, pero...

—Espera. —East levanta una mano—. ¿Con quién estabas obsesionada?

El rubor de mis mejillas se intensifica.

—Salí con un músico durante el verano.

Frunce las cejas durante un momento, pero después la comprensión se extiende por su expresión y sus ojos se endurecen.

—Derek.

—Derek —confirmo.

Easton me observa durante unos segundos con intensidad. Me remuevo bajo su escrutinio, desesperada por que diga algo.

—¿Sigues siendo fan?

Suelto una carcajada que rompe parte de la tensión entre nosotros.

—En absoluto. Pero Derek me presentó a otros grupos y varios se han puesto en contacto conmigo durante los últimos dos meses.

Mastica el pollo con aire pensativo.

—¿Conocería alguno?

Gano tiempo dando un trago enorme de agua. Es imposible que Easton no haya oído hablar de Derek Reiner, porque The Burnt Clovers es el grupo independiente más importante que ha salido de Boston en los últimos cinco años. Hablar de citas o de hombres es terreno desconocido entre Easton y yo, y de repente me pongo nerviosa.

Al otro lado de la mesa, arquea las cejas y espera.

—Bueno, Derek es el cantante de The Burnt Clovers.

El reconocimiento prende en sus ojos.

—¿Saliste con Derek Reiner?

Vuelvo a agitar una mano, intentando restarle importancia.

—Fue algo informal.

—¿Cuánto de informal? —pregunta demasiado deprisa.

Pongo los ojos en blanco.

—Sigo haciendo algunos trabajos para ellos. Pero también estoy diseñando un logotipo nuevo para Sanders Street...

—¿El grupo de rock?

Asiento.

—Y para Kellman's Kiss.

Easton silba, impresionado.

—Conocí a otros cuantos músicos en una de esas noches de micrófono abierto —suelto—. Cuando llegue la primavera, tendré que empezar a moverme por los festivales de música.

—Entonces ¿esto es algo a lo que quieres dedicarte de verdad?

—Las cejas de Easton se juntan de golpe.

Me muerdo el labio inferior. ¿Qué estoy diciendo siquiera? Para primavera, con un poco de suerte, tendré un empleo estable. ¿Verdad? ¿No es ese el objetivo?

Me encojo de hombros.

—Supongo que, si pudiera, convertiría esto en mi trabajo a tiempo completo y montaría mi propio negocio.

—Claire, esos grupos son pesos pesados. Sobre todo The Burnt Clovers. Si has conseguido todo esto en solo unos meses, ¿por qué no lo intentas? A ver hasta dónde llega.

Doy un sorbo de agua y me aclaro la garganta.

—Eh... ¿Tú conoces a mi padre?

—¿Joe te está frenando?

—Acaba de pagarme la universidad.

—¿Y qué? Estás utilizando tu carrera. La estás aplicando a algo que te encanta hacer.

—No sé... Papá insiste bastante en que encuentre un trabajo de verdad, con un plan de jubilación y prestaciones.

Easton ladea la cabeza.

—En la vida hay más cosas que un plan de jubilación y prestaciones.

—Lo dice el que tiene una cuenta de ahorros rebosante y el mejor seguro médico.

Se ríe.

—Tienes razón. ¿Qué te parece esto? Tú sigues haciendo tus diseños mientras buscas trabajo. Y yo seguiré partiéndome el culo en el hielo aunque parezca una batalla perdida. Cuando uno de los dos esté demasiado hundido, el otro lo ayudará a levantarse.

Arquea la ceja de la cicatriz y yo me aferro al destello de vulnerabilidad que asoma en sus ojos azules.

—Trato hecho —digo con suavidad.

—Trato hecho —repite.

Lo señalo con las púas del tenedor.

—Entonces, para que quede claro, ¿quieres que volvamos a ser amigos de verdad?

Se ríe y niega con la cabeza.

—De verdad eres un dolor de culo, Claire.

—Sí, pero tengo un culo estupendo, así que... —bromeo.

Easton vuelve a reírse, pero esta vez suena tenso. Sus ojos reflejan diversión y seriedad cuando se encuentran con los míos.

—Levántate y date la vuelta —me desafía—. Yo te diré si es verdad.

Vuelvo a enseñarle el dedo corazón y esta vez los dos nos reímos. El espacio entre nosotros vibra con esa familiaridad que tanto ansiaba. La nostalgia me invade y le sonrío de oreja a oreja, aliviada porque hemos vuelto a conectar. Los intercambios tensos e incómodos alrededor de los que he andado de puntillas durante el último año dan paso a una complicidad natural que echaba de menos.

Doy otro bocado al pollo piccata, agradecida de haber decidido arriesgarme una última vez. Porque, por primera vez en más de un año, parece que he vuelto a encontrar mi sitio con Easton. Esta noche es como en los viejos tiempos. Es el hombre que recuerdo, divertido y atento.

Su sonrisa es relajada y sus ojos cálidos me observan desde el otro lado de la mesa. El corazón me late más deprisa y me remuevo cuando una oleada de calor me atraviesa. No voy a mentir: podría acostumbrarme a esto.

Siempre he sabido que Easton Scotch era el hombre de mi vida.

Aunque él no tenga ni idea.

SIETE EASTON

NUNCA PENSÉ que me pondría nervioso por ir a cenar a casa de mi hermano. Pero lo estoy. Se parece menos a aquellas cenas informales en las que Noah y yo charlábamos de cualquier cosa con una cerveza en la mano y más a una especie de examen.

Lo de Noah e Indy va en serio. Tienen algo que mi hermano nunca tuvo con su ex prometida, Courtney, y fue evidente desde el primer segundo en que los vi juntos. Mira a Indy como si fuera la mujer de su vida y ella se aferra a cada palabra que dice como si fuera a resolver el cambio climático.

Conozco a Indy desde hace años, pero, aparte de unas cuantas conversaciones, nunca he pasado demasiado tiempo con ella. Ahora quiero caerle bien. Quiero que desee que forme parte de la familia que está creando con mi hermano.

—Te arreglas bastante bien. —Claire baja las escaleras dando saltitos y se reúne conmigo en el recibidor.

Se me seca la boca cuando consigo verla bien. Joder, está preciosa. Parece que se esté preparando para desfilas por una pasarela en lugar de ir a cenar a casa de su prima. Lleva unos leggings negros de cuero tan ajustados que no dejan nada a la imaginación y un jersey con los hombros al descubierto. Tiene el culo redondo y firme, y el cuero se estira cuando se inclina para

recoger las botas. Me trago el gemido, con las manos desesperadas por abarcar esas dulces curvas. El jersey se desliza por uno de sus hombros cuando se gira y deja al descubierto su piel suave, como un regalo que jamás podré tener. Se ha alisado el pelo, mechones dorados que le caen hasta la mitad de la espalda, y el maquillaje hace que sus ojos destaquen todavía más.

Mierda. Cambio el peso de un pie al otro, intentando recolocarme mientras se me pone dura solo de mirarla. ¿Qué coño me pasa? Es Claire Merrick, la hermana pequeña de Austin. Mi nueva amiga.

No puedo pensar en ella de esta manera. Sin embargo, cuando se pone de pie con las botas de tacón abrochadas, ganando casi ocho centímetros de altura, lo único que quiero es atraerla contra mi pecho y arrastrar la boca sobre la suya.

Ajena a mis pensamientos, se pone el abrigo de invierno y se ata el cinturón alrededor de la cintura. Después recoge una caja de pasteles.

—¿Estás listo?

Me aclaro la garganta, acalorado e incómodo.

—Sí. Vámonos.

No pierdo de vista a Claire mientras avanzamos por el camino helado hasta mi coche. No me extrañaría que acabara de espaldas en el suelo por culpa de sus botas.

—Ten cuidado con esos zapatos.

Me mira por encima del hombro con una sonrisa burlona y pone los ojos en blanco.

—Se te nota la edad, Scotch.

—¿Qué? Solo tengo veintinueve.

—Casi llegas a los temidos treinta —me recuerda justo cuando pierde el equilibrio y lanza un brazo para intentar estabilizarse.

La agarro antes de que caiga y atraigo su cuerpo contra el mío. Le rodeo la cintura con un brazo y la mano se me acomoda en la cadera. Levanta la cabeza hacia mí con los ojos muy abiertos y un destello de nervios por el susto.

—Casi te das una buena hostia, Clairebear.

Sus labios se curvan al oír el antiguo apodo que no utilizaba desde hacía años. Quizá incluso una década.

—«Casi» es la palabra importante de esa frase.

—Te habrías pegado un buen trompazo si yo no estuviera aquí. Habrías arruinado este look tan sexy que llevas.

Frunce los labios y pequeñas nubes de vapor aparecen ante su boca por el frío.

—¿Crees que estoy sexy, Easton?

Mierda. Estoy jugando con fuego y lo sé. Pero, en lugar de dejar que las llamas se conviertan en brasas, las estoy avivando hasta formar un incendio.

—No necesitas que yo te eche flores, Claire. Sabes que eres preciosa.

Baja la mirada y clava los ojos en el hueco de mi garganta. ¿Se da cuenta de que tenerla así de cerca hace que el corazón me lata más deprisa? Debería soltarla. No lo hago.

Claire se aparta de mis brazos y me ofrece una sonrisa pequeña.

—Aun así, está bien oírlo de vez en cuando.

Le devuelvo la sonrisa.

—Estás preciosa esta noche, Claire.

—Gracias.

Abre la puerta del coche y se desliza en el asiento del copiloto.

Dios, Scotch, contrólate de una puta vez. Apenas llevas dos semanas fuera de rehabilitación y ya estás desdibujando los límites.

Subo al coche, arranco y salgo en dirección a casa de mi hermano e Indy.

—¿Echabas de menos conducir cuando estabas en rehabilitación?

—me pregunta Claire.

Sujeto el volante con una mano y la miro.

—Sí. Sinceramente, me alegro de que no me quitaran el carnet. De todas las cagadas que cometí, conducir borracho nunca fue una de ellas.

—Bueno, qué alivio —replica con sarcasmo.

—¿Por qué no tienes coche?

Arquea una ceja.

—¿En serio? Mis padres todavía me pagan la factura del móvil.

Niego con la cabeza.

—¿Qué pasa con el dinero que habías ahorrado? El que ofreciste para pagar el alquiler.

Guarda silencio durante un buen rato.

—Contaba un poco con que Noah y tú no me pidierais dinero por el alquiler.

Me río y la miro de reojo.

—Sabes que jamás lo haríamos.

Hago una pausa cuando se me ocurre algo.

—¿Tienes siquiera una cuenta de ahorros?

—Sí, pero soy bastante nueva en esto de ahorrar —admite en voz baja.

Contengo las ganas de reírme.

—¿Qué significa eso?

—Yo también soy un desastre, East. Me lo gasté todo en alcohol y salidas nocturnas.

Giro la cabeza hacia ella de golpe.

—¿En serio?

Mueve las cejas con picardía, pero sus ojos tienen una expresión atormentada que me cabrea.

—Sí. Fue una estupidez.

Se vuelve para mirar por la ventanilla.

—El verano fue... el verano. En septiembre, la realidad me golpeó de lleno.

Por la forma en que le resta importancia, tengo la sensación de que hay mucho más detrás. Durante una manzana entera, permanecemos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos. Pero, cuantos más segundos pasan, más me devora la curiosidad como un bulldog hasta que termino soltándolo.

—¿Quién era el tío?

Por favor, que no diga Reiner.

—¿Mmm?

—¿Quién era el tío al que intentabas impresionar? —pregunto entre dientes, cabreado porque vaciara sus ahorros para llamar la atención de algún gilipollas.

Y estoy todavía más cabreado porque ya sé quién es. Un músico con encanto de estrella del rock.

Pone los ojos en blanco.

—¿Y si simplemente salía para divertirme y pasar noches de chicas?

—No me lo creo. Esa no es toda la historia.

Resopla.

—Vale. Fue Derek y fue una estupidez.

Se encoge de hombros, pero veo cómo los acerca ligeramente hacia delante, como si estuviera protegiéndose. ¿Es por algo que él le hizo? ¿O por la vergüenza que siente ante la situación?

—¿Qué pasó, Claire? —pregunto con brusquedad mientras aprieto más el volante.

Expulsa una profunda bocanada de aire.

—Hubo unas cuantas cosas, pero la que más recuerdo fue cuando me dejó con la cuenta de una cena para unas nueve personas.

Trago saliva con esfuerzo y me giro para fulminarla con la mirada.

—En Carters —susurra.

—Joder.

Niego con la cabeza. Derek no me gustó desde el segundo en que mencionó su nombre. Ahora no lo soporto. La rabia me recorre al imaginar que un puñetero cantante se aprovechó de ella. Y vuelve a encenderse al recordar que siguen hablando, que Claire trabaja para él.

—Parece todo un partidazo, Claire.

Mi tono es duro. Aprieto con tanta fuerza el volante que me crujen los nudillos.

—Ya he dicho que fue una estupidez —susurra.

—¿Austin lo sabe? —pregunto, conteniendo la furia a duras penas.

Gira la cabeza de golpe hacia mí.

—No. Y no se lo cuentes. Se pondría furioso conmigo. Mis padres también. Tuve que decirles que me había gastado el dinero en un curso adicional.

Me pellizco el puente de la nariz mientras asimilo todos esos detalles. Por un lado, me alegra que confíe en mí. Me está contando

la verdad cuando, evidentemente, le ocultó los detalles a su familia. Se permite ser sincera conmigo, aunque le dé vergüenza, y me gusta que confíe en mí. Por otro lado, quiero estrangular a Derek por aprovecharse de su bondad y echarle la bronca a ella por haber caído en su juego.

Expulso el aire.

—Si Derek vuelve a ponerse en contacto contigo por algo que no sea estrictamente profesional, me lo dices.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque sí.

Por el rabillo del ojo veo que los abre de par en par, pero no me giro para encontrarme con su mirada.

—En fin —suspira—, por eso no tengo coche. Créeme, después de graduarme y de un verano de locura, la realidad me ha dado una buena bofetada.

Suspiro y dejo que mi mal humor se enfríe. Oigo la corriente de desánimo bajo el tono de Claire y me identifico con ella. Con lo que siente.

—Te entiendo, niña. Para mí ha sido igual desde que salí de rehabilitación por primera vez. Este último año ha sido duro.

Claire permanece callada durante un momento y casi puedo saborear la intensidad de su curiosidad.

—¿Cómo es, East?

—¿Cómo es qué?

—Tener una adicción. ¿La sientes todo el tiempo?

Sus palabras me queman la garganta y asiento una vez.

—Es como ahogarse con arena. Al principio te llena la garganta tan deprisa que entras en pánico, casi fuera de ti por la necesidad de oxígeno, de alcohol. Cada día que pasa se vuelve un poco más fácil, un poco menos intenso. Aprendes a respirar a su alrededor, a sobrellevarlo, a distraerte.

Me encojo de hombros y la miro de reojo.

—Pero siempre hay detonantes.

Me contempla con solemnidad.

—¿Cuáles son los tuyos?

Suelto una carcajada y niego con la cabeza mientras aparco delante del nuevo hogar de mi hermano, el edificio antiguo donde se encuentra el piso de Indy. La voz de mi padre retumba en mi cabeza y la aparto.

—Esa es una historia para otro día, Clairebear. Ya hemos llegado. Aparco y apago el motor.

Durante varios instantes, permanecemos en silencio, mirándonos. En los últimos dos días, Claire y yo hemos compartido muchas cosas. Verdades, vergüenzas, negaciones. Las hemos pronunciado en voz alta, sabiendo que el otro las atraparía al vuelo y las guardaría en un lugar seguro.

Es extraño porque, durante todo un año, apenas vi a Claire. Ahora, en cuestión de dos semanas, no puedo imaginar este periodo de mi vida sin ella. Es ligereza, una bocanada de aire fresco, un destello de esperanza en medio de un vacío oscuro. Una mirada de comprensión pasa entre nosotros y Claire me sonríe, dulce y sincera.

Señalo el edificio con la cabeza.

—¿Preparada?

Asiente y recoge la caja de pasteles que ha comprado para el postre. Es un detalle bonito, teniendo en cuenta que tiene la cuenta bancaria llena de telarañas. Pero así es Claire. Aunque finja lo contrario, siempre antepone a todo el mundo a sí misma.

—Vamos, Scotch.

Sale del coche.

Yo espero un minuto para poder disfrutar de las vistas de su culo durante todo el trayecto hasta la puerta del piso de Indy y Noah.

OCHO
CLAIRE

—TÚ Y GRUÑÓN parecéis llevaros de maravilla. —Indy mueve las cejas de forma exagerada—. Incluso parece menos gruñón.

—Siento decírtelo, pero no creo que Gruñón vaya a funcionar como apodo.

Indy resopla.

—Cuéntamelo todo.

Mi prima me pellizca el costado mientras paso junto a ella y me agacho detrás de la puerta del frigorífico en busca del agua con gas que ha comprado.

—Todo va bien —susurro.

—¿Cómo de bien? —Le brillan los ojos.

—Bien, bien.

—¿Qué tal fue la cena que le preparaste?

Entorno los ojos y me incorporo con el agua con gas en la mano.

—¿Cómo sabes lo de la cena?

—Me llamó tu madre.

—Por supuesto.

—Y Noah me lo contó.

—¿Noah? —pregunto, sorprendida.

¿Eso significa que Easton le contó a su hermano que yo...?

—Easton lo llamó anoche y estuvieron hablando. Fue un detalle muy bonito por tu parte, Claire. Noah dijo que significó mucho para East.

Al oír sus palabras, una calidez muy agradable me recorre el pecho. Claro que Easton y yo estamos bien ahora, somos amigos, pero sigue siendo agradable saber que tenderle la mano significó algo para él.

—Bien. Eso está bien.

—Yo diría que está genial. Además, no ha dejado de mirar hacia aquí desde que entraste en la cocina. No mires. —Indy extiende una mano para impedir que me vuelva.

—Seguramente piensa que estamos hablando de él.

Se encoge de hombros.

—Estamos hablando de él.

Las dos nos echamos a reír.

—¿Lo ves? De verdad soy una genio. —Me da un golpecito y yo pongo los ojos en blanco.

—Vale, te concedo esta. Fue una buena idea, Indiana.

—Por favor, fue mucho más que buena. —Mi prima me quita el agua con gas de la mano—. Ahora ve a sentarte. La cena está servida.

Me acomodo en una silla de la mesa de la cocina justo cuando Easton se sienta a mi lado. Noah ayuda a Indy a llevar la cena y observo cómo Easton sigue cada uno de sus movimientos con expresión pensativa.

Cuando ya estamos todos sentados, Indy entra en acción y nos sirve los platos, llenándolos de pavo, puré de patatas, coliflor y zanahorias. Algo que no comprendo atraviesa la expresión de Easton, parecido a la forma en que me miró ayer durante la cena. Es una mezcla de gratitud y anhelo.

¿Tan pocas veces come comida casera?

Debe de notar que lo observo porque vuelve la mirada hacia mí y su expresión se relaja en cuanto nuestros ojos se encuentran.

—Entonces, Easton —empieza Indy, y East se pone rígido a mi lado—, ¿te ha contado Noah cómo estuvo a punto de cargarse nuestra relación antes siquiera de que empezara?

Arquea una ceja y noto cómo la tensión abandona el cuerpo de Easton mientras se ríe.

—Indy, querida, supe que mi hermano estaba coladísimo por ti desde la primera noche que te vio en Firefly. Lo llamé a la mañana siguiente y no podía creerse que tuviera la cabeza tan metida en el culo que se hubiera perdido la parte en la que te habías mudado a Boston.

Indy se ríe y mira a Noah.

Noah alza la barbilla hacia su hermano.

—Bonita forma de venderme.

East se encoge de hombros y una sonrisa juguetea en su boca.

—Tengo que ganarme a Indy. Es la que va a controlar la agenda social del pequeño Scotch.

Noah se ríe e Indy se ilumina.

—Por cierto, ¿cómo te encuentras? —pregunta East.

Mientras Indy se embarca en una explicación extremadamente detallada de los innumerables síntomas del embarazo que está sufriendo —de verdad, su relato podría servir como método anticonceptivo para la próxima generación—, parte de la dureza de Easton desaparece. Cuanto más habla con Noah, más relajado parece. Cada vez que la risa de Indy resuena en la habitación, él sonríe. Poco a poco, vuelve a convertirse en el chico que recuerdo de mi adolescencia, aquel del que anoche pude ver un atisbo. Una oleada de nostalgia agridulce me llena las venas.

Ese chico sigue ahí.

—¿Qué tal va la búsqueda de empleo, Claire? —me pregunta Noah, cambiando de tema.

Hago una mueca y levanto el pulgar.

—¿Así de bien? —bromea.

Me encojo de hombros y doy un sorbo al agua con gas.

—Las cartas de rechazo se están acumulando. Puede que empiece a hacer un álbum con ellas.

Noah me lanza una mirada comprensiva mientras Indy arruga la nariz.

Easton se mueve a mi lado y coloca un brazo sobre el respaldo de mi silla, dejando la mano colgando por encima. Me quedo

inmóvil. Sus dedos están a solo unos centímetros de mi cuello y la proximidad de su contacto hace que mi cuerpo se revolucione por completo. Sus uñas rozan mi pelo, tan suaves y fugaces que no sé si ha ocurrido de verdad o si lo he imaginado.

Dios, ¿qué me pasa?

Easton y yo estamos bien. Volvemos a ser amigos. ¿Por qué no puede ser suficiente?

—De todas formas, Claire tiene demasiadas buenas ideas como para quedarse encadenada a un trabajo de nueve a cinco —declara Easton, y el estómago se me cae hasta los pies.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Indy con curiosidad.

—Está diseñando unos logotipos y un merchandising increíbles para varios grupos. No sé por qué no monta algo por su cuenta en lugar de buscar un puesto que termine aplastando su creatividad.

—¿Está aumentando la demanda? —La emoción llena la expresión de Indy.

Noto la mirada de Easton en un lado de mi cara mientras intento calmar los nervios que me recorren el cuerpo. Sé que no pretendía dejarme en evidencia delante de mi prima y de Noah. Tampoco es que Indy no supiera nada de mi nuevo proyecto.

El problema es que nunca le había dado a entender que considerara convertir esos encargos remunerados en una profesión. Mis padres jamás apoyarían que intentara trabajar por mi cuenta. Mi prima, a la que quiero como a una hermana, tampoco lo entendería cuando su vida entera ha estado dictada por unidades de medida como las notas y las clasificaciones. Ella prospera cuando conoce el papel que ocupa dentro de un sistema mayor.

Además, ¿quién soy yo para crearme el puesto que deseo? Tengo veinticuatro años, mis padres me pagan la factura del móvil y Noah y Easton me permiten vivir sin pagar alquiler.

El brazo de Easton se tensa detrás de mi cabeza. La mirada que mantiene fija en mi rostro se convierte en un ceño fruncido mientras espera a que diga algo. Noto el cambio en su energía y odio ser yo quien le está provocando estrés.

Me obligo a sonreír, me aclaro la garganta y asiento.

—Sí. Se han puesto en contacto conmigo tres grupos nuevos durante los últimos dos días. Como tengo tantas horas libres, me mantiene ocupada. Estoy mejorando mis habilidades con Photoshop y aprendiendo técnicas de iluminación nuevas.

Indy asiente y frunce los labios, como si estuviera dándole vueltas. Noah se recuesta en la silla y pregunta:

—¿Por qué no sigues por ahí, Claire? Quiero decir, si te gusta, ¿por qué no lo conviertes en tu objetivo principal?

Easton se relaja ligeramente.

Indy frunce el ceño y niega con la cabeza.

—El tío Joe perdería los papeles.

El corazón se me hunde un poco ante la verdad de sus palabras, un recordatorio más de hasta qué punto mi familia rechazaría cualquier intento por abrirme mi propio camino. No es que no apoyaran mi deseo de crear, experimentar e intentarlo. Es que no querían que eso ocupara el lugar de mi «trabajo de verdad». Porque se supone que un trabajo de verdad proporciona seguridad, prestaciones y un plan de jubilación.

—¿Por qué? —pregunta Noah, negando con la cabeza—. Tu tío es un hombre racional. Si a Claire le encanta trabajar con grupos y estar dentro de la industria musical, ¿por qué no debería intentarlo?

Easton se inclina hacia la mesa, como si la respuesta lo atrajera.

Contengo la respiración y odio más esta conversación con cada segundo que pasa. Normalmente se me dan genial las situaciones sociales. Sé atraer hacia mí la atención divertida y coqueta y desviar cualquier pregunta que profundice demasiado en mis objetivos, mis planes o mis sueños. Odio exponerme y que la gente sepa cosas sobre mí que me hacen sentir vulnerable. Por eso solo le hablé a Indy de diseñar logotipos. Y después a Easton, porque intentaba animarlo tras su entrenamiento de hockey.

Indy niega con la cabeza y arruga la nariz hacia mí antes de volverse hacia Noah.

—Apoyaré cualquier cosa que Claire quiera hacer, pero convencer al tío Joe y a la tía Mary será complicado. Tener un pequeño negocio supone muchísimo trabajo. Hay demasiadas variables, demasiada inestabilidad. No digo que el tío Joe no apoyara a Claire si hiciera

algo que le encanta. Solo que querría verla más asentada, con un trabajo que le ofreciera más garantías.

Indy vuelve a mirarme.

—¿No crees?

Está diciendo la verdad. Odio que conozca la reacción de mis padres tan bien como yo. Me pego una sonrisa en la cara.

—Sí, está obsesionado con el plan de jubilación.

Noah se ríe e Indy me dedica una mirada comprensiva. La conversación pasa al puesto de profesora de mi hermana Savannah en Nueva York. Bajo los ojos hacia el plato. El apetito me ha desaparecido por completo durante los últimos diez minutos. De repente, tengo el estómago hecho un nudo y una sensación de temor me recorre las extremidades.

Llevo tantos meses concentrada en conseguir un trabajo que nunca me había detenido a pensar si me importaba que fuera el trabajo adecuado. ¿Y si me paso la vida entera haciendo algo que no me gusta solo porque marca todas las casillas?

Pero ¿las casillas de quién?

El contacto de Easton me sobresalta. Sus dedos se deslizan por mi pelo de una forma tan inesperada que mi cuerpo sufre un cortocircuito. Me vuelvo hacia él, pero mantiene los ojos clavados en Indy mientras ella sigue hablando sobre Savannah, su marido Mike y sus vidas en Nueva York.

Miro a Noah, pero está observando a mi prima, tan completamente fascinado por ella que dudo que se diera cuenta aunque un asteroide se estrellara en el centro de la mesa.

Las yemas de los dedos de Easton rozan despacio mi nuca. Primero una vez. Después otra. Luego me rodean la parte posterior del cuello y aprietan con suavidad.

Noah se ríe de algo que dice Indy. Ella le sonríe con dulzura. Easton se inclina hacia mí y baja la voz para que solo pueda oírlo yo.

—No renuncies a tus sueños, Clairebear.

Me estremezco cuando su aliento me acaricia un lado de la cara. Por supuesto que se ha dado cuenta de que las palabras de Indy me han afectado. Pero ¿cómo? Mi familia, a veces incluso mi mejor

amiga Rielle, parece no percatarse de lo poco que me importa la búsqueda de empleo tradicional.

¿Cómo puede entenderlo Easton en apenas unas semanas?

Su mano se aparta e inmediatamente el frío sustituye la calidez de su contacto.

Me obligo a dar un bocado al pavo y mastico despacio mientras medito sus palabras. ¿Cree que solicitar otros trabajos significa renunciar a mí misma? Todo el mundo parece tener más claro que yo cómo debería ser mi futuro. La seguridad con la que conocen el camino correcto hace que pierda el equilibrio, como si no supiera hacia dónde avanzar.

La cena continúa sin contratiempos. Noah y East consiguen que nos desternillemos con historias de temporadas anteriores de hockey y bromas absurdas que salieron mal. Indy cuenta que todos los jugadores de los Hawks están prendados de mí. Noah lo confirma y agacho la cabeza, poniéndome roja como un tomate, mientras East me mira con expresión divertida y ojos pensativos.

Antes de lo que me gustaría, nos estamos despidiendo. Mientras East y yo caminamos hacia su coche, me rodea el brazo de forma protectora y una llamarada de esperanza prende entre mis costillas y asciende hasta el pecho. Su contacto me marea. Estoy embriagada por lo sincronizados que estamos Easton y yo. Me ve, comprende la fragilidad de mis sentimientos cuando se trata de mi futuro y me apoya.

Durante años tuve la sensación de que todo el mundo me pasaba por alto. Que miraban más allá de mí. Savannah era la belleza sociable. Austin, el dios del hockey. Indy, la cerebrita superdotada.

Yo siempre era solo la niña tonta.

Pero esta noche Easton ha visto algo más. Y lo ha defendido.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta mientras se aparta del bordillo.

—Sí. Esta noche ha sido divertida. ¿Y tú?

East asiente y da unos golpecitos con la palma sobre el volante.

—Han sido un par de días buenos.

—Para mí también —coincido, feliz de que estemos en un buen momento.

Cuando llegamos a casa, East cierra la puerta con llave detrás de nosotros. Me observa durante un largo instante mientras cuelgo el abrigo y guardo las botas en el armario de la entrada. Arqueo las cejas hacia él, esperando que diga lo que sea que esté pensando.

Pero niega con la cabeza y una expresión enigmática atraviesa sus facciones.

—Buenas noches, Clairebear.

—Buenas noches, East.

Después de aquella noche, la relación entre Easton y yo se vuelve más fácil. Pasamos de ser dos desconocidos con una conexión compartida a dos amigos que viven juntos. Durante el día, East sigue una rutina rigurosa de entrenamientos, prácticas, reuniones de Alcohólicos Anónimos y terapia de grupo. Yo solicito empleos cada mañana, ampliando la búsqueda a puestos por todo el país. Pero, por las tardes, después de comer, alimento mi lado creativo diseñando conceptos de portadas de discos y plantillas de logotipos que publico en un grupo en línea que he creado. Algunas noches cocino. La mayoría improvisamos algo o pedimos comida. Por la noche, jugamos a las cartas o vemos Netflix y nos relajamos. Relajarnos de verdad, no como eufemismo.

Durante dos semanas, nuestra rutina resulta natural y divertida. Hablamos, nos reímos y pasamos el rato juntos. Pero no cruzamos ningún límite. Aunque mentiría si dijera que no empezamos a desdibujarlos y emborronarlos. ¿Cómo no iba a ocurrir con Easton viviendo al final del pasillo?

Cada mañana, verlo con el pecho desnudo y el pelo revuelto hace que se me haga la boca agua. La tinta de colores que serpentea por el lado izquierdo de su cuerpo provoca que los dedos me hormiguen por la necesidad de tocarlo. Una vez salió de su dormitorio solo con una toalla anudada alrededor de la cintura y literalmente babeé.

—Los ojos aquí arriba, Clairebear —se burló.

Así que no, no estoy diciendo que vivir con Easton y mantenerlo todo estrictamente platónico sea fácil.

Pero lo estamos consiguiendo.

Hasta que dejamos de hacerlo.

NUEVE EASTON

ABRO la puerta de mi taquilla. El nudo corredizo que lleva toda la semana cerrándose alrededor de mi cuello se afloja un poco. Hoy ha ido bien. Por primera vez desde que salí de rehabilitación, he estado en el hielo sin sentirme lento, desequilibrado ni aterrorizado.

—Buen trabajo hoy, East. —Torsten me da una palmada en la espalda.

—Gracias, tío.

—Se te veía bien —añade.

Y sé que lo dice en serio. Torsten es el jugador de más edad del equipo y, durante los últimos años, su actitud ha cambiado. Ha pasado de proteger sus minutos de juego con la ferocidad de un vikingo a ejercer de mentor para los más jóvenes mientras vamos ascendiendo.

—Tú también.

Resopla.

—¿Qué? —pregunto mientras me seco el pelo mojado con una toalla.

—Es un alivio escucharlo, East. Porque todavía noto los golpes del último partido. Mi cuerpo ya no se recupera como antes.

Frunzo el ceño al recordar los dos golpes brutales que Torsten recibió en el partido del martes. Salió de titular, pero no pudo

terminar el tercer periodo.

—¿Estás bien? —pregunto, bajando la voz.

Una lesión puede ser el beso de la muerte.

Torsten asiente y se ríe.

—Más que bien, East. Has vuelto, el equipo está compenetrado y esta semana he jugado a tope.

Parte de mi preocupación se alivia ante sus palabras y sonrío.

—Bien. ¿Qué vas a hacer ahora?

Torsten se encoge de hombros, abre una taquilla unas cuantas posiciones más allá de la mía y empieza a vestirse.

—Voy a comer algo. ¿Tienes hambre?

Me pongo un jersey.

—Siempre puedo comer, Big Daddy.

Resopla.

—¿Quieres que vayamos a picar algo?

—Claro —respondo de forma automática.

Antes solía ir a comer o a tomar algo con los chicos todo el tiempo. Pero esta es la primera vez que uno de los jugadores del equipo, sin contar a mi hermano o a Austin, me invita a pasar el rato desde que salí de rehabilitación.

Reconozco la mano tendida y me aferro a ella. No quiero perder ninguna oportunidad de recordarles que estoy comprometido con el equipo, con esta temporada, con ellos.

—Genial. Panda también se apunta —dice Torsten, refiriéndose a nuestro portero.

—¿Y Ryan? —pregunto por el otro defensa titular.

Torsten niega con la cabeza y me dedica una sonrisa triste. No es ningún secreto que James Ryan lleva un año pasándolo mal. La muerte de su mujer lo destrozó y criar solo a sus gemelos le está pasando factura. Aparte de su compromiso con el equipo, apenas socializa. Aparece, trabaja y sale corriendo a casa con sus hijos.

—¿Cómo está? —pregunto.

Torsten suspira, sombrío.

—Tiene días buenos y días malos. No ha sido un año fácil.

No. Desde luego que no.

Cuando terminamos de vestirnos, salimos del estadio y nos dirigimos al aparcamiento.

—Sígueme. —Torsten señala calle abajo—. Hay un sitio pequeño que me gusta en el West End.

Me mira por encima del hombro.

—No está muy lejos de casa de tu hermano e Indy. Pregúntale a Noah si quiere venir.

Niego con la cabeza.

—Hoy está ocupado.

Como no quiero compartir detalles de la vida privada de mi hermano, no añado que va a acompañar a Indy al médico para una ecografía.

Torsten se encoge de hombros.

—Vale.

Me pongo al volante y sigo a Torsten y Panda por las concurridas calles de la ciudad hasta que aparcamos delante del luminoso y ecléctico restaurante mexicano de fusión. Aunque solo he venido una vez, se me hace la boca agua en cuanto lo reconozco. La comida está increíble.

Entramos en el restaurante y Torsten nos guía hasta una mesa del fondo. Varios clientes nos miran mientras avanzamos entre las mesas. Se levantan algunos murmullos y noto cómo se me eriza el vello de la nuca. ¿Susurran porque hay jugadores de los Hawks aquí? ¿O están analizando todas mis cagadas y preguntándose en voz alta cuántos meses faltan para que vuelva a rehabilitación?

El pensamiento me altera, aunque aparece en mi mente varias veces al día. Algunas jornadas, varias veces por hora. Me arde la garganta y siento el corazón martilleándome en las sienes mientras las miradas de los desconocidos siguen todos mis movimientos.

Me siento aliviado cuando me acomodo en la mesa, de espaldas al restaurante y a toda esa atención que no deseo.

Panda suspira mientras pliega su enorme cuerpo para sentarse.

—Tío, esta semana ha sido brutal.

Torsten se ríe por lo bajo.

—Le estaba diciendo a East en el vestuario que mi cuerpo ya no se recupera como antes.

Panda me dedica una sonrisa divertida.

—East todavía es demasiado joven para saber lo que se siente.

Le enseño el dedo corazón y se ríe. El alivio me recorre las venas con sus pullas. Durante años, Torsten y Panda se metieron conmigo por ser el novato, verde y sin experiencia. Que vuelvan a hacerlo ahora, después de todo el estrés y la mierda que provoqué al equipo, sienta bien. Resulta normal.

Aparece la misma camarera de la última vez.

—¡Hola, chicos! Soy Shell y me ocuparé de atenderos hoy.

—Hola, Shell. —Torsten le sonríe como si llevaran años siendo amigos y Panda pone los ojos en blanco.

—Hola, Torsten. Buen partido el martes. —Shell le devuelve la sonrisa y Panda y yo ocultamos la risa.

Torsten niega con la cabeza hacia nosotros.

—Podríais ser un poco más simpáticos —nos reprende delante de Shell.

Ella se ríe.

—¿Qué os pongo de beber?

De inmediato, la tensión aparece y flota sobre la mesa como una nube de tormenta. Torsten y Panda me miran. En sus ojos titila una incertidumbre que multiplica por diez el ardor de mi garganta. Se me tensan los hombros.

Mierda.

—Pedid lo que os apetezca —digo, agitando una mano.

Mantengo el tono ligero y los gestos despreocupados. Pero, dentro de mí, el monstruo despierta rugiendo. La mirada se me escapa hacia la barra, hacia los grifos de cerveza, hacia las hileras y más hileras de botellas de alcohol. Se me oprime el pecho y ahora la garganta me arde en llamas. Llevo las manos a las rodillas y aprieto la tela de los vaqueros.

—Yo tomaré un té helado.

Panda entorna los ojos.

—¿Seguro, East?

Asiento y le sonrío. O, al menos, lo intento.

—Claro, tío.

Sea lo que sea que ve en mi expresión, parece tranquilizarlo. Es tanto una prueba de lo bien que sé fingir como de lo poco que nadie comprende de verdad a los demonios contra los que lucho constantemente.

Hoy es distinto al almuerzo después de salir de rehabilitación. Ahora no estoy con mi familia, sino con mis compañeros. Claro que son como una familia, pero la dinámica cambia. Estos son los tíos con los que antes me emborrachaba hasta perder el conocimiento. Los que cargaban conmigo cuando estaba tan borracho que no podía mantenerme en pie. La ansiedad me araña la garganta y el corazón me martillea el pecho.

—Genial. —Panda vuelve la mirada hacia Shell—. Yo quiero una Corona.

—Dos. —Torsten levanta dos dedos.

Shell empieza a enumerar varios platos especiales que no llego a escuchar porque un rugido, como una ola del océano, me llena los oídos. Las miradas clavadas en mi espalda se intensifican hasta que siento que todo un estadio observa cada uno de mis movimientos, esperando que tropiece, que vuelva a cagarla.

Otra vez.

La voz de mi padre y sus fríos ojos azules, tan parecidos a los míos, aparecen y desaparecen en mi cabeza.

Panda y Torsten estudian la carta. Yo tengo la mirada clavada en Shell, en la bandeja sobre la que descansan las dos cervezas frías y ácidas. Las rodajas de lima sobresalen del cuello de las botellas y se me hace la boca agua al imaginar el sabor de la cerveza helada con ese toque cítrico.

Aprieto los dientes hasta que las muelas rechinan. Me obligo a bajar los ojos hacia el menú, buscando algo que me distraiga, pero nada consigue aislarme del tintineo del hielo en un vaso vacío, de las botellas de colores alineadas en las estanterías de la barra, de las carcajadas que acompañan a un brindis unas mesas más allá.

—Aquí tenéis. —Shell regresa y el sonido vuelve de golpe.

En mi mente, casi estoy jadeando. El pánico empieza a llenar mis venas, acumulándose poco a poco como hollín en una chimenea. La ansiedad me sacude el pecho con una fuerza brutal. Agarro el té

helado que Shell deja delante de mí y doy un trago largo, concentrándome en su sabor y dejando que invada todos mis sentidos.

¿Qué me dijo que hiciera Rick, mi padrino?

Concéntrate en el momento. En esta única cosa. Bloquea todo lo demás. Respira.

Inspiro. Torsten pide nachos con guacamole. Exhalo. Panda hace su pedido.

Los nervios empiezan a calmarse. El corazón reduce el ritmo. La vista se me aclara.

—¿Y tú? —pregunta Shell.

Panda y Torsten se vuelven hacia mí, expectantes.

Me aclaro la garganta y le entrego la carta.

—Tomaré las fajitas de verduras, por favor.

Los hombros de Torsten se relajan y Panda me dedica una sonrisa. Creen que estoy bien. No lo saben.

Nadie lo sabe.

Inspiro. Exhalo. Me recuesto en la silla, fingiendo una tranquilidad muchísimo mayor de la que siento. Shell desaparece. Levanto el té helado hacia mis compañeros.

—Por vosotros y por la temporada.

Sonrío de medio lado.

Panda y Torsten se ríen. Observo cómo la cerveza fría les toca los labios y cómo la tragan.

Un incendio se desata por mi torrente sanguíneo, intenso y furioso, mientras doy otro trago al té helado. Cierro los ojos y obligo a mi mente a pensar en otra cosa.

Claire aparece en mis pensamientos. Su pelo dorado, sus ojos deslumbrantes, su guiño coqueto.

Clairebear.

Me calma, alivia parte de la ansiedad. Es extraño, pero, en el fondo, sé que me cubre las espaldas. Incluso cuando no está aquí.

Dejo el té sobre la mesa. El alivio me inunda cuando Shell trae unas cestas con nachos, guacamole y salsa.

Cojo uno y me lo meto en la boca.

Panda empieza a hablar de nuestro próximo partido en San Luis.

Poco a poco, consigo concentrarme en la conversación, en su análisis del rival, en la opinión de Torsten sobre esta temporada. Consigo estar presente en el momento, con las botellas de cerveza y la barra como una distracción constante, pero no como un pensamiento abrumador que bloquee todos los demás.

No. En lugar de eso, mantengo a Claire en primer plano y ella me ayuda a superar este momento. A atravesar el miedo y la incertidumbre. La ansiedad y la angustia.

Hoy, Claire Merrick me salva.

Cuando cruzo la puerta principal de mi casa de piedra rojiza, estoy casi desesperado por verla. Sé que, en cuanto lo haga, una sensación de calma me inundará el cuerpo. Estoy demasiado tenso, casi temblando por los nervios, el estrés y esta puta sensación de no tener los pies en el suelo.

Cierro la puerta de un golpe.

—¿East? ¿Eres tú? —llama desde la cocina.

Me alivia tanto que esté aquí, justo ahora que la necesito más que nunca, que casi tropiezo.

Dejo la bolsa de entrenamiento en el armario del recibidor, me quito las botas de una patada y cuelgo el abrigo. Me sujeto ambos lados de la cabeza y respiro hondo para purificarme. Intento controlar un poco los pensamientos desbocados y las emociones frenéticas.

Avanzo hacia la cocina.

Claire levanta la mirada. Está sentada en la isla, con el portátil delante y una taza de café junto al codo. Lleva el pelo recogido en una coleta y un jersey viejo le cae por uno de los hombros.

—Hola —dice, frunciendo el ceño al contemplar mi expresión—. ¿Estás bien?

La preocupación de su voz casi consigue que me desmorone. ¿Cómo puede ver todo lo que intento ocultar como si estuviera escrito a plena luz del día? ¿Cómo percibe el caos que me sacude

por dentro cuando el resto del mundo me sonríe como si lo estuviera llevando de maravilla?

—¿Easton? —pregunta con cautela mientras me acerco—. ¿Qué tal el entrenamiento?

Me detengo al borde de la isla, cruzo los brazos y me inclino hacia delante hasta apoyar los codos sobre la encimera.

—Hoy ha sido jodidamente duro, Claire —suelto de golpe—. Me ha destrozado. Pero lo he conseguido. Y estoy jodidamente feliz de verte...

Sonrío.

Esta vez, lo digo en serio.

DIEZ CLAIRE

EN CUANTO LE veo la cara, sé que algo no va bien. Dos líneas profundas enmarcan su boca y tiene los ojos agotados. Desde que tengo uso de razón, Easton Scotch siempre ha sido pura arrogancia y seguridad.

Pero ahora se tambalea y yo me bajo del taburete.

Frunzo el ceño mientras busco una explicación en sus ojos. No comprendo del todo qué significan sus palabras, pero entonces me dedica la sonrisa más brillante y deslumbrante del mundo, y me flaquean las rodillas.

Está recurriendo a mí. Ahora mismo necesita consuelo, apoyo y comprensión, y confía en mí.

Esa certeza actúa como un bálsamo sobre todo un año de comentarios despectivos y rechazos por parte de Easton. Abro los brazos sin dudarlo y él se deja caer contra mí. Me acuna la nuca con una mano y me aprieta contra su pecho en un abrazo sorprendentemente íntimo. Sus dedos se entrelazan con mi pelo. Su cuerpo envuelve el mío de forma protectora, aunque el temblor de su respiración deja claro que soy yo quien lo mantiene entero.

La habitación da vueltas mientras vierto toda mi fortaleza y mi compasión en Easton. Se aferra a mí con una vulnerabilidad que me rompe el corazón. No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados,

pero podría quedarme así toda la eternidad. El latido del corazón de East resuena bajo mi oído y su olor, a cedro, sudor y necesidad, me atrae todavía más hacia él.

Se aparta ligeramente y baja la mirada hacia mí. Una comisura de su boca se eleva en una sonrisa ladeada.

—¿Estás bien?

Asiente una vez, con los ojos azules ardiendo.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

Ladea la cabeza mientras se lo piensa.

—No demasiado.

—Pero, si cambias de opinión...

Expulsa el aire y asiente. Rodea el extremo de mi coleta con una mano y tira de ella.

—Gracias por estar aquí, Clairebear.

—East... —Retrocedo medio paso.

No quiero presionarlo, sobre todo porque acaba de insinuar que no desea hablar. Pero...

—He ido a comer con Torsten y Panda. —Frunce el ceño y se frota la cara con una mano—. Han pedido cervezas...

Inspiro de golpe.

El brazo de Easton se tensa alrededor de mi cintura.

—No, deben hacerlo. Quiero decir que quiero que las pidan. Quiero poder salir con los chicos del equipo, con mis amigos, con mi hermano, sin que se sientan incómodos por tomarse una Corona. Pero, joder... —Niega con la cabeza, con los ojos atormentados—. Odio no poder controlarlo. De repente no podía respirar ni pensar.

—¿Qué han dicho los chicos? —Me muerdo la comisura del labio, esperando que las cosas no hayan quedado tensas entre él y sus compañeros.

—Nada. —Suelta una risa a medias—. Supongo que lo he disimulado bastante bien. He puesto en práctica un montón de mecanismos para sobrellevarlo, toda esa mierda que aprendí en terapia de grupo.

—Bien. Eso está bien, East. —Rodeo sus bíceps con las manos—. Sé que no es fácil, pero lo estás consiguiendo. Estás haciendo las

cosas bien porque te enfrentas a todo día a día. Situación a situación.

Se pasa los dientes por el labio inferior. Le brillan los ojos y juraría que el color de sus mejillas se intensifica.

—¿Sabes en qué pensé para superar la peor parte?

Niego con la cabeza.

—En ti —susurra.

Sus ojos arden al clavarse en los míos y ensancha las aletas de la nariz, como si no pudiera creer que acaba de admitirlo en voz alta.

¿Y yo? Yo prácticamente me derrito sobre el suelo porque ¿está de puta coña?

—¿De verdad? —pregunto con un tono demasiado esperanzado como para sonar despreocupada.

East me rodea la cintura con el otro brazo y me acuna contra su cuerpo.

—De verdad, Claire.

Cambia el peso de postura hasta apoyar la espalda contra la isla. Sus ojos recorren mi cara. Se oscurecen, azul marino y cargados de necesidad.

—Mierda.

—¿Qué? —Me río nerviosa.

Aprieto los muslos ante la intensidad de su expresión, pero él no aparta la mirada.

En lugar de hacerlo, levanta una mano y la apoya en mi mejilla. La yema de su pulgar traza una línea por el centro de mi barbilla. Saca la lengua y se humedece el labio inferior.

Contengo la respiración. La mantengo atrapada en los pulmones, como si mi cuerpo supiera que este momento está a punto de cambiarlo todo.

Una sombra de preocupación prende en sus ojos y la inquietud se extiende por mi estómago. Aprieto la mejilla con más fuerza contra su mano.

—Sabía que no podría hacer esto contigo, Claire. Por eso no quería que te mudaras aquí.

—¿De qué estás hablando? —Observo su rostro, nerviosa de repente.

—De esto. —Su pulgar me acaricia el pómulos—. De tenerte aquí, con toda tu puta energía, tu luz y tu felicidad.

—¿Preferirías que fuera malhumorada e insoportable?

Resopla y niega con la cabeza.

—No. Preferiría no tener ganas de levantarte sobre las puntas de los pies y besarte.

Jadeo.

—¿Lo ves? —Me sonrío, pero hay algo oscuro en el gesto—. Sabía que esto pasaría. Estoy jodido, Claire. Estoy jodido y tú eres dulce. Te trato como una mierda durante una semana y tú me preparas mi comida favorita en uno de mis peores días. Yo te aparto y tú vuelves a atraerme.

Me sujeta la barbilla con firmeza y me inclina la cabeza para obligarme a encontrarme con su mirada furiosa.

—¿Por qué coño haces eso?

Mientras Easton continúa haciendo preguntas, es decir, confesando los mejores secretos que mi corazón ha oído jamás, acorto la distancia entre los dos. Me necesita. Me desea. Solo está demasiado asustado para hacer algo al respecto.

Pero que hoy me haya dejado entrar, que me haya contado que lo ayudé a atravesar la niebla que le nublaba la mente durante el almuerzo, significa algo. Me acerco más hasta dejar apenas un susurro de espacio entre nosotros. El pecho se me agita y cada inspiración hace que mis pechos rocen la parte delantera de su camiseta. Levanto los brazos, pero él me atrapa una muñeca con su enorme mano. La tensión prende entre los dos y la electricidad crepita. La yema de su pulgar presiona mi pulso. Toda la seguridad que mostraba hace un segundo ha desaparecido y ahora me mira con los ojos atormentados y hambrientos.

—¿Qué me estás haciendo, niña?

Me muerdo el labio sin apartar la mirada.

Niña.

—¿Por qué me llamas niña? No soy tan inmadura.

Una comisura de su boca se eleva en una sonrisa apenas insinuada.

—Para recordarme que eres demasiado pura para mi puto mundo.

—¿Eso es lo que piensas?

La frustración y una descarga de emoción me recorren la columna. Niña. No es tanto un insulto como su última línea de defensa contra... mí.

—Easton, yo... Llevo mucho tiempo pensando en ti...

Frunce el ceño.

—Pensando en esto... —Intento que me salgan las palabras.

—Claire. —Su tono contiene una advertencia.

Pero he terminado de jugar. Easton tenía razón. Él me aparta y yo vuelvo a atraerlo. Hoy ha dicho todo lo que llevo años esperando oír. No pienso permitir que lo eche todo a perder apartándome de nuevo ahora. Los nervios recorren mi cuerpo como un cable pelado. Años preguntándome, esperando y soñando, y ahora estamos aquí. El contacto de Easton en mi muñeca y sus ojos clavados en los míos me dan el valor necesario para deslizar la otra mano por su brazo y rodearle el hombro. Me pongo de puntillas y lo miro de frente, permitiéndole ver todo lo que deseo de él.

—Joder —murmura mientras cierra los ojos y baja la cabeza—. Claire.

Sus manos encuentran mis caderas y los dedos se hunden en mi carne.

—Eres la hermana de Austin.

—Tú eres el hermano de Noah.

Resopla.

—No es lo mismo, cariño.

Me encojo de hombros mientras las yemas de mis dedos rozan la parte superior de los suyos. Hasta sus hombros son sexis.

—No tengo nada que ofrecerte, Claire.

—No te estoy pidiendo nada, East.

—Pero te mereces el mundo —discute.

Me aparto ligeramente. ¿Quién coño es este hombre que, de repente, está siendo tan sincero respecto a sus sentimientos? Rectifico: respecto a lo que siente por mí.

—Yo decidiré lo que me merezco —susurro antes de tirar de sus hombros.

Muy despacio, baja la cara hacia la mía y nuestros labios por fin —¡por fin!— se encuentran.

Los labios de Easton Scotch saben todavía mejor de lo que llevo imaginado durante una eternidad. Suaves y carnosos, se amoldan a los míos entre besos breves y pequeños mordiscos. Sus manos me agarran de las caderas mientras me atrae más cerca y yo voy encantada. Se sienta en un taburete y tira de mí con él hasta que termino a horcajadas sobre su regazo, con las rodillas apoyadas contra la parte exterior de sus muslos. Cuando bajo sobre él y me mezo hacia delante, gime y su boca se vuelve más exigente, más hambrienta. Le rodeo el cuello con los brazos y separo los labios justo a tiempo para que su lengua se introduzca en mi boca y me saboree.

Los ojos se me cierran mientras desconecto la cabeza y me limito a sentir. Este es el momento con el que llevo años soñando. Easton Scotch es el hombre con el que he comparado a todos los demás y ahora, justo ahora, me besa con dulzura y ferocidad a la vez, como si yo fuera su salvación y su condena.

Sabe a menta y a hombre. Huele de maravilla, a sudor dulce y esfuerzo, y bajo mis manos parece perfecto. Le muerdo el labio inferior y Easton gime antes de besarme con fiereza. Gimoteo contra su boca mientras mis manos recorren sus hombros y bajan por su espalda. Agarro el borde de su camiseta y empiezo a subírsela por el cuerpo. Los músculos que rodean sus costillas se ondulan. Easton se endurece bajo mí y casi veo las estrellas cuando cambio de postura y me froto contra él, deseando que me desnude y me tumbe aquí mismo, sobre la isla de la cocina.

—¡Joder!

Arranca su boca de la mía y me sujeta las caderas con fuerza, manteniéndome inmóvil.

Abro los ojos y me encuentro con la locura salvaje que arde en los suyos. Una leve sombra de barba cubre su mandíbula y me muerdo el labio inferior. Easton se fija de inmediato en el movimiento y cierra los ojos con un estremecimiento. Una expresión

demasiado parecida a la vergüenza se extiende por sus facciones, y no me gusta nada.

—Claire. —Se aclara la garganta.

Mierda. No pretendía devolverme el beso. Quiere besarme, pero no quiere desear hacerlo, y acabo de complicar muchísimo las cosas entre nosotros. Me echo hacia atrás para bajarme de su regazo, pero sus manos me rodean la parte posterior de los muslos y me mantienen en el sitio.

—Mírame.

Su voz es áspera.

Muy despacio, arrastro los ojos hasta los suyos. El corazón me va a toda velocidad y tengo el estómago hecho un nudo. ¿Acabo de arruinarlo todo entre nosotros? ¿Volverá Easton a ignorarme y mostrarse distante?

—Claire —murmura mientras levanta una mano para acunarme la mejilla—. ¿No has escuchado nada de lo que he dicho?

¿Eh?

—¿Lo de la luz y la energía?

Sonríe, con un rostro tan hermoso que quiero fundirme con él.

—Estás fuera de mi alcance, cariño.

Niego con la cabeza mientras juego con el cuello de su camiseta.

—Me gustas desde hace mucho tiempo, Easton.

Traga saliva con esfuerzo. La mano que aún descansa en la parte posterior de mi muslo se desliza arriba y abajo, rozando apenas la curva de mi culo.

—No soy bueno para ti, Claire.

—Eso no lo sabes —respondo a la defensiva—. Toda mi vida, todo el mundo intenta decirme qué hacer. Mis padres, Vanny, Austin, incluso Indy. Sé lo que siento por ti. Lo sé desde hace mucho tiempo y que fueras a rehabilitación no cambió nada. Aunque durante el último año hayas sido un capullo monumental conmigo.

Hace una mueca, aparta la mano de mi mejilla y me pasa el pulgar por el labio. Le doy un pequeño mordisco y retira la mano.

—Ya no eres una niña, Claire.

—Hace mucho tiempo que no lo soy.

—Para mí era más fácil fingir que sí.

—Para mí no ha sido fácil —le confieso, odiando lo mucho que me dolió su rechazo.

—Nunca quise herir tus sentimientos, Clairebear. —Atrapa las puntas de mi pelo con la mano y tira hasta que me obliga a mirarlo.

Sonríó de medio lado y me muevo hacia delante hasta que nuestras bocas vuelven a quedar alineadas.

—Sé cómo puedes compensármelo.

Easton echa la cabeza hacia atrás y se ríe. El sonido es fuerte y desinhibido. Es música, la mejor puta melodía que he escuchado en mi vida.

Niega con la cabeza y me da un beso breve y contundente. Después me palmea el culo y yo me deslizo fuera de su regazo.

—Esta noche hemos cruzado un límite, Claire. Y, ahora mismo, es el único que puedo manejar.

Levanto la mirada hacia él y observo las emociones enfrentadas que luchan en su expresión.

—Vale —acepto, un poquito decepcionada.

Está claro que preferiría besar a Easton durante el resto de mis días y confiar en que esos besos conduzcan a... algo más que besos.

—Vamos. —Me rodea los hombros con un brazo y me guía hacia la sala de juegos—. Incluso veré uno de tus realities.

Resoplo y me acurruco contra su costado. Ver la televisión no sería mi primera opción, pero estar envuelta en los brazos de Easton tampoco puede considerarse precisamente un premio de consolación.

ONCE

EASTON

EL RESTO de la semana se hace largo. Duro. Y tentador de cojones.

Sabía que, en cuanto probara a Claire por primera vez, nunca tendría suficiente.

En parte, por eso me resistí a ella durante tanto puto tiempo.

Pero ahora que he besado su dulce boca, ahora que mis palmas han rozado las curvas y los recovecos de su cuerpo, no puedo volver a fingir.

La cena de esta noche es una tortura deliciosa, como unos preliminares. Cada bocado que Claire le da al pan de focaccia hace que entorne los ojos. Cada hebra de espagueti que sorbe entre esos labios carnosos me deja la garganta seca. Y no quiero ni empezar con los sonidos.

La chica come con auténtico entusiasmo, dejando escapar gemidos y suspiros mientras disfruta de todos los sabores de la comida italiana que hemos pedido.

Lo único que agradezco es que no haya vino, porque ya estoy al borde de perder la cabeza.

—Yo recojo —le digo en cuanto termina.

—No pasa nada. Ya lo hago yo.

Se levanta de la mesa y apila nuestros platos y cubiertos.

Cuando Claire se vuelve hacia el fregadero, mi mirada desciende hasta su culo. Redondo, firme y jodidamente perfecto. Quiero recorrerlo con las palmas, agarrarla de las caderas y hundirme en...

—¿Postre? —Me mira por encima del hombro.

Levanto los ojos de golpe hasta los suyos.

Contrólate de una puta vez, Scotch. ¿Qué coño te pasa? Es Claire, no una groupie cualquiera del hockey.

—He preparado brownies esta tarde —añade.

Cierro los ojos. Por supuesto que sí. Además de ser perfecta, también sabe hornear. Si hace tres años hubiera sabido lo que sé ahora, jamás habría vivido con mi hermano. Él nunca preparaba la cena ni brownies, ni parecía un rayo de sol cuando yo cruzaba la puerta.

—¿East?

Me aclaro la garganta.

—Me encantaría uno. Ya sabes que no tienes que hacer todo esto. —Señalo la mesa con un gesto—. Sé que estás aquí básicamente para vigilarme, pero no tienes que cocinar para mí ni recoger todo lo que dejo por medio.

Pone los ojos en blanco.

—He preparado los brownies para mí. Solo me ofrezco a compartílos porque he oído que hoy has fallado tres tiros a puerta.

Regresa hacia el fregadero con ese seductor balanceo de caderas que me llama, incluso mientras una carcajada se me escapa de los labios.

—¡Te han informado mal! —le grito, aliviado porque siempre consigue romper toda la tensión con su boca coqueta y su sentido del humor.

—Eso no es lo que dice mi hermano. Ni Big Daddy.

—¿Torsten? —Frunzo el ceño—. ¿Cuándo has hablado con él?

Claire vuelve a aparecer con un plato en el que hay cuatro brownies. Se sienta en la silla frente a mí.

—Esta tarde.

Cojo uno del plato y me quedo mirándola. ¿Por qué coño mi buen humor acaba de transformarse de golpe en cabreo? Torsten se

lleva bien con todo el mundo. Es el tío más coqueto del planeta, pero nunca tiene novia. Todo el mundo lo sabe y, aun así...

—¿Hablas con él a menudo?

Doy un mordisco enorme al brownie.

Claire se queda quieta y me observa mientras mastico esa delicia de chocolate densa, jugosa y perfecta.

—¿Están buenos?

—¿Estás de coña? —gruño prácticamente mientras me meto la otra mitad en la boca—. Son los mejores brownies que he probado en mi vida.

Me caen migas de la boca y ni siquiera me importa.

Claire sabe cocinar y hornear.

Se relaja de forma visible y da un mordisco a un brownie mientras yo cojo el segundo.

—No has respondido a mi pregunta.

Se encoge de hombros.

—Hablo con él de vez en cuando. Necesitaba ayuda con una cosa, así que se puso en contacto conmigo y estuvimos charlando un rato.

¿Eh? Me recuesto en la silla y sopeso la información. ¿Para qué necesita ayuda Torsten? ¿Por qué recurriría a Claire?

—¿Todos los chicos te escriben para pedirte consejo o algo así?

Claire se pasa la lengua por el labio inferior para recoger una miga de brownie.

—A veces. Me llevo bien con todos. Para el equipo soy algo así como su...

—Hermanita —termino por ella, haciendo una mueca.

Si me lío con Claire, las cosas no solo se irán a la mierda con Austin, sino con todo el equipo. Suspiro.

—Claire...

—No. —Levanta una mano.

—¿No qué?

—No pienso hacer esto contigo. Soy adulta, Easton. He dejado perfectamente claro lo que siento por ti. Y tú también has sido sincero conmigo. ¿Verdad?

Asiento y me aclaro la garganta. Por alguna razón, tengo la sensación de que Clairebear, la chica de la que me he burlado por ser una niña durante demasiados años, está a punto de darme una lección. Resulta inquietante y me remuevo en la silla.

—Compartimos un beso. Un solo beso. —Su voz es firme y me avergüenza que pueda hablar de esto con muchísima más facilidad que yo.

—Lo sé. Es solo que no quiero estropear las cosas entre nosotros, Claire. Y no somos solo nosotros. Tu hermano es mi mejor amigo. El equipo es lo único que tengo aparte de Noah. No puedo...

—Arriesgarlo todo por mí —termina mi frase en voz baja.

Al instante me siento como un gilipollas monumental. Sobre todo por la expresión de abatimiento que le cubre el rostro.

—Tampoco es eso, cariño.

Levanta la mirada, cautelosa.

—¿No?

Dejo el brownie y me inclino hacia delante, acercándome a ella.

—No eres tú, Osita Claire. Soy yo. Y no te estoy soltando una frase hecha de mierda —añado al interpretar su expresión—. Salí de rehabilitación hace poco más de un mes. Estoy intentando cumplir con mi rutina, mis horarios y mis reuniones. El apoyo del equipo, de tu familia, el tuyo... —Hago una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Lo necesito todo. Te necesito a ti mucho más de lo que pensaba.

Frente a mí, Claire se suaviza. Estira el brazo sobre la mesa y entrelaza sus dedos con los míos. El gesto es muy sencillo y, sin embargo, cuando su pulgar presiona mi palma, me llena de una fuerza silenciosa que llevo demasiado tiempo ansiando.

—Te deseo, Claire. Te deseo de todas las maneras imaginables. Pero no puedo perderlo todo, incluida tú, cuando lo nuestro se vaya a la mierda.

—¿Por qué iba a irse a la mierda? —Se le quiebra la voz y odio la inseguridad que siempre consigo provocar en ella.

—Porque soy un puto desastre, cariño. Y voy a estropearlo. Solo es cuestión de tiempo.

Niega con la cabeza, con los ojos tan claros como un cielo de verano.

—No me lo creo.

Suelto una risa áspera e intento recostarme de nuevo en la silla.

Claire atrapa mis dedos antes de que se escapen de los suyos. Tira de mí hacia delante y niega con la cabeza.

—Tu problema es que siempre te has salido con la tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie te ha dado nunca algo en lo que creer de verdad. Si metías la pata, las únicas consecuencias tenías que soportarlas tú. No digo que no afectara a Noah o que no hiciera daño a los miembros del equipo, pero esto es diferente.

Se pasa los dientes por el labio inferior y, de repente, quiero arrastrarme sobre la mesa solo para estar más cerca de ella.

¿Qué coño me pasa? ¿En qué estoy pensando?

—Si me llevas a tu cama, Easton, después no puedes simplemente alejarte de mí.

—Ya lo sé —respondo, con una extraña mezcla de rabia y alivio obstruyéndome la garganta.

Al menos, por fin está entendiendo mi postura.

—Pues no lo hagas —me desafía, con los ojos encendidos.

—¿Que no haga qué?

—No lo estropees. Te reto.

¿Está de coña? Abro la boca, pero no consigo emitir ningún sonido. La determinación de Claire resulta evidente y sus dedos se cierran con más fuerza alrededor de los míos.

—Claire, no puedo limitarme a...

—Siempre te ha gustado correr riesgos, Easton. Apostarlo todo.

Expulso el aire sin rebatirla. Porque es verdad. Asumo riesgos enormes, dispuesto a perderlo todo por disfrutar durante un instante de la sensación de tenerlo todo.

—No voy a arriesgarte a ti, Claire.

Sonríe de medio lado.

—Entonces no pierdas.

Después de pronunciar esas palabras, Claire suelta mi mano y se levanta.

La observo hipnotizado mientras rodea la mesa y se acerca a mí.
—Claire —la advierto.

Mi capacidad para mantener las manos quietas es inexistente después de pasarme el último mes tratando de controlar mis pensamientos desesperados.

Claire sonrío y en sus ojos titila el destello más pequeño de vulnerabilidad.

Joder, no puedo hacerle daño a esta chica. No puedo.

No deja de avanzar hasta que acaba sentada sobre mi puto regazo. El peso de su cuerpo sobre mis muslos resulta mejor de lo que debería. Por puro instinto, mis dedos se cierran alrededor de su cintura y la atraen más cerca cuando debería estar apartándola. Me rodea el cuello con los brazos y apoya los codos sobre mis hombros. Nuestros ojos quedan a la misma altura cuando se humedece el labio inferior y mi mirada cae hacia su boca.

Huele a verano y a flores, tentadora y dulce. Su presencia me envuelve y me mantiene cautivo. No tengo la más mínima posibilidad.

No existe ninguna manera de que pueda rechazar lo que Claire me ofrece.

Porque se está ofreciendo a sí misma. No solo su cuerpo, sino sus cuidados, su preocupación, su puta luz. Solo un necio la rechazaría y yo ya he sido un necio demasiadas veces. No volveré a apartarla. No permitiré que me mire con dolor cuando podría mirarme con orgullo.

Ella cree que puedo hacerlo. Cree que puedo ser lo bastante fuerte como para merecerla.

¿Cómo voy a decepcionarla? ¿Cómo no voy a intentarlo siquiera? Por ella.

Me inclino hacia delante despacio, acortando la distancia entre nuestras bocas. Claire inspira con brusquedad y sus ojos saltan hacia los míos antes de descender a mis labios. Apoyo una palma en el centro de su espalda; el meñique y el pulgar casi le rozan las costillas.

Aspiro su aroma, saboreo el momento y me permito caer en su dulce promesa. Mis labios tocan los suyos con suavidad, casi con

reverencia, aunque estén teñidos de hambre. La beso una vez, dos, y después la aprieto contra mí hasta que sus pechos se presionan contra mi torso y nuestros cuerpos quedan pegados. En el tercer beso, Claire separa los labios y mi lengua se introduce despacio, rozando la punta de la suya.

Suspira y baja todavía más sobre mi regazo. La polla se me endurece cuando el deseo se precipita por mis venas. Beso a Claire a conciencia, mientras nuestra necesidad aumenta con cada encuentro de nuestras lenguas. Me pongo completamente duro bajo la costura de sus vaqueros. Sus dedos se aferran a mis omóplatos. Cuando los dos respiramos con dificultad, se frota contra mí y veo las estrellas. Me siento más como un niño de diecisiete años que como un hombre a punto de cumplir treinta que ya ha estado con unas cuantas mujeres.

Pero ninguna me ha hecho sentir jamás tan torpe y desesperado como Claire.

Me levanto de la silla con ella en brazos y avanzo hacia las escaleras.

—¿Qué te pasa a ti con las sillas? —susurro contra su mejilla mientras dejo un reguero de besos por la columna de su cuello.

Se ríe sin aliento.

—Contigo tengo que aprovechar lo que pueda conseguir.

Resoplo mientras subo los escalones de dos en dos. Entro en mi dormitorio y la lanzo en el centro de la cama. Parece relajada y cómoda cuando retrocede hacia el cabecero y apoya la espalda contra las almohadas.

Me quito la camiseta y la dejo caer al suelo. Sonríe de medio lado al ver cómo los ojos de Claire descienden hacia mis abdominales y se quedan allí.

—¿Y si te dijera que voy a dártelo todo, Claire? —la provoco mientras me acerco a la cama.

Jadea y levanta los ojos de golpe hacia los míos.

—Te diría que más vale que te pongas manos a la obra, East.

DOCE

CLAIRE

SE LE ENSANCHAN las aletas de la nariz y los abdominales se le ondulan al escuchar mis palabras. El tatuaje de Easton, un diseño tribal, colorido y elaborado que asciende por el lado izquierdo de sus costillas, me hipnotiza. Se aclara la garganta y arrastro los ojos hasta los suyos. Los tiene oscuros e intensos, como un huracán a punto de desatar un torrente de viento y lluvia, y yo estoy más que dispuesta a dejarme arrastrar. Los nervios se arremolinan en mis extremidades, se enredan y se desenredan como un carrete de hilo. Me siento descentrada, emocionada y sin aliento.

La expectación me sacude y agudiza mis sentidos, haciendo que absorba cada detalle a medida que sucede.

El aroma de la colonia de Easton mezclado con jabón recién usado que desprende la funda de su almohada. Los últimos rayos de sol proyectados sobre la pared de su dormitorio como un espectáculo de luces. La potencia del cuerpo de Easton mientras avanza hacia mí. Su expresión posesiva y vulnerable al mismo tiempo. Hay tanta emoción en sus ojos que podría ahogarme en ella, y quiero hacerlo. De buen grado.

Llevo años esperando este momento, soñando con este encuentro exacto, y ahora, por fin, está sucediendo.

Mi cuerpo vibra de aprobación cuando Easton avanza a gatas sobre mí. Su piel está ardiendo allí donde se presiona contra la mía. Sus manos son ásperas, con dedos encallecidos y uñas cortas, mientras recorren mi cuerpo. Explorando, tocando, sintiendo.

Me recuesto contra sus almohadas y disfruto del peso de su cuerpo al caer sobre mí. Sus manos me apartan el pelo de la cara. Durante un largo instante, nos miramos a los ojos como lo harían dos amantes, aunque todavía no podemos llamarnos así. Su mirada me examina mientras se hunde en la mía, decidida a sacar secretos a la luz y resolver enigmas.

—Claire —susurra con voz ronca.

—Te deseo, East —lo tranquilizo.

Suspira y cierra los ojos durante un largo segundo. Se le tensan los hombros y todo su cuerpo se pone rígido. Es un hombre en guerra consigo mismo y, durante un momento, lo dejo luchar. Porque con cada una de mis exhalaciones, su cuerpo desciende más sobre el mío y su determinación de seguir resistiéndose se debilita.

—No quiero hacerte daño —admite en voz baja.

—Entonces no lo hagas —murmuro.

Sus ojos vuelan hacia los míos y la sonrisa arrogante que adoro le curva la boca.

—¿Así de fácil?

—Lo es si tú quieres que lo sea.

—Esto parece un riesgo de cojones —masculla mientras su boca se aproxima a la mía.

—La recompensa es mayor —consigo decir antes de que me bese.

El beso de Easton es como una droga y yo ya soy adicta. Besa con habilidad, como un hombre con mucha experiencia, pero en su beso hay hambre. Una presión desesperada en su boca, una súplica en sus labios mientras convencen a los míos para que se rindan. Me besa como si fuera su futuro y, al mismo tiempo, esto fuera una despedida.

Gimo cuando se acomoda con más firmeza entre mis muslos. Me rodea las muñecas con las manos, las lleva por encima de mi cabeza y las inmoviliza contra las almohadas. En esta postura, cada vez que

inspiro, mis pechos rozan su torso. Los siento pesados, con los pezones hormigueando, y lo único que quiero es que me desnude.

No me decepciona. Cuando sus labios vuelven a encontrarse con los míos, pierde el control. Me besa con ferocidad, con un hambre desesperada. Le devuelvo cada beso; nuestros dientes chocan, nuestras lenguas se baten y nuestros labios luchan por dominar. Easton me quita la camiseta por la cabeza y me abre el sujetador en cuestión de segundos. Los dos nos quitamos los pantalones a trompicones y la ropa descartada cae al suelo.

Sus ojos se hunden en los míos, nublados por el deseo.

—Voy a conseguir que ningún otro hombre vuelva a satisfacerte, Claire. No habrá otro puto Derek.

Escupe su nombre y sus hombros tiemblan con una posesividad que me pone a cien.

—¿Es una promesa? —lo provoco.

Easton gruñe y se abalanza sobre mí. Me río cuando su cuerpo vuelve a cubrir el mío y sus manos recorren hasta el último centímetro de mi piel.

—Una advertencia, nena —murmura junto a mi oído justo antes de que sus dedos rocen el pedazo de encaje que llevo entre los muslos.

Me acaricia el coño y gimo. Vuelve a hacerlo.

—¡Easton! —grito, arqueando la espalda sobre el colchón.

Dios, ha pasado demasiado tiempo. Con toda mi verborrea descarada y mis bromas coquetas, no he estado con muchos hombres. La mayoría de las veces, me contengo. Siempre hay algo que no parece encajar, pero esto, ahora mismo, parece demasiado correcto para ser otra cosa.

—Estás empapada, Claire —gime Easton.

Se gira sobre un costado para poder observar mi expresión mientras me da placer como si fuera algo que hiciera cada día.

—No te avergüences —murmura al advertir el calor de mis mejillas—. Verte deshacerte entre mis manos es pura magia.

Cierro los ojos mientras la presión aumenta en la parte baja del vientre. Los labios de Easton recorren mi pecho y atrapa mi pezón

izquierdo con la boca justo antes de introducir dos dedos dentro de mí y curvarlos.

Casi salto del colchón.

—Eso es, nena. Dámelo todo —exige.

La barba incipiente de su barbilla me raspa la garganta hasta que su boca reclama la mía.

Entre el asalto de los labios de Easton y la sensación de sus dedos dentro de mí, alcanzo el límite más rápido que nunca.

—East —digo, con asombro y una pizca de preocupación en la voz.

—Chist. Te tengo, Claire. Déjame ver como te corres para mí.

El orgasmo me atraviesa con la fuerza de un maremoto y me deshago en brazos de Easton. Sus dedos son implacables y sus labios, hambrientos. Una oleada de placer tras otra estalla por todo mi cuerpo, colorida y fragmentada como un caleidoscopio de posibilidades.

Apenas estoy recuperando el aliento cuando abro los ojos de golpe.

Un millón de pensamientos —¿Easton acaba de hacer que me corra? Dios mío, ¿qué digo ahora?— se atropellan en mi cabeza. Antes de que pueda pronunciar una sola palabra, Easton se mete los dedos en la boca, los succiona y los saca con un chasquido sonoro.

—Sabes mejor que cualquier dulce, Claire —dice mientras desciende por mi cuerpo como una maldita pantera.

Sigiloso y deliberado. Frunzo el ceño mientras lo observo. Cuando se acomoda en el vértice de mis muslos, comprendo lo que pretende y me incorporo.

—No, espera. Easton, no puedo. Tú no puedes...

Niega con la cabeza y me coloca el muslo derecho sobre el hombro.

—Sí puedo, Claire.

Sopla sobre mi carne sensible y me tiemblan los muslos. East sonríe con descaro y mantiene los ojos clavados en los míos mientras saca la lengua y lame un camino recto por el centro de mi coño.

Grito y vuelvo a caer sobre las almohadas, retorciendo los dedos en la funda del edredón.

Gimo cuando Easton repite el movimiento. Sus manos me mantienen los muslos abiertos mientras hace círculos con la lengua sobre ese pequeño punto que me vuelve loca. Gimoteo y noto cómo su risa vibra contra mí. Vuelve a trabajarme con la boca hasta que empiezo a ver estrellas.

Otro orgasmo me sacude, más poderoso e intenso que el primero.

—Tenías razón —jadeo.

—¿En qué, nena?

—Has conseguido que ningún otro hombre vuelva a satisfacerme.

Easton se ríe por lo bajo, me da la vuelta y se coloca detrás de mí. Se detiene un instante para ponerse un preservativo. Su mano recorre la curva de mi culo.

—Esto solo acaba de empezar, Claire.

Entonces se hunde dentro de mí y la Tierra se inclina sobre su eje.

TRECE

EASTON

EL CIELO. Estar dentro de Claire es como poseer un pedazo de cielo.

Estoy desesperado por ella. Jodidamente ido.

Darle placer ha sido puro éxtasis. Me ha encantado ver cómo el rubor ascendía desde su pecho hasta sus mejillas. He saboreado cada gemido que escapaba de su boca, sabiendo que yo era el responsable. Y he disfrutado como un puto loco de cada orgasmo que la he ayudado a alcanzar.

Pero ahora mismo tengo la polla hundida hasta el fondo de su cuerpo prieto y ni siquiera consigo ver con claridad. Lo único en lo que puedo concentrarme es en conseguir que esto dure todo lo posible. Salgo de ella despacio antes de volver a hundirme, soltando una maldición.

Se ríe y cambia de postura para levantar todavía más el culo. Dios, la imagen de Claire así quedará grabada en mis párpados durante toda la eternidad. Encuentro un ritmo entre los dos, deleitándome con cada jadeo y cada gemido que cae de sus labios. Mis manos le agarran las caderas con brutalidad mientras embisto dentro de ella una y otra vez. Sus pechos se balancean por el movimiento y me inclino hacia delante, apartando una mano de su cadera para acariciarle uno. Dios, nunca tengo suficiente.

¿Llegaré a saciarme algún día?

Le pellizco el pezón y acelero el ritmo, ahogándome en el sonido frenético de su respiración entrecortada. Hago un esfuerzo heroico, pero demasiado pronto mi cuerpo se tensa y se rompe, y me corro dentro de Claire. La abrazo contra mi pecho y hago que los dos rodemos sobre el colchón.

La sostengo durante un largo momento, mientras nuestra respiración agitada llena el silencio de la habitación. Me ablando dentro de ella, salgo y me obligo a ir al baño para limpiarme. Joder, ¿qué coño acaba de pasar? Aparte de haber sido el encuentro sexual más intenso de toda mi vida, lo cual ya es decir mucho, ha sido con Claire.

Soy el último hombre del planeta que quiere hablar después de follar, pero ahora mismo creo que eso es exactamente lo que Claire y yo necesitamos hacer. Sin embargo, cuando vuelvo a entrar en el dormitorio, sus suaves ronquidos atraviesan el aire.

Me río por lo bajo mientras la observo acurrucada de lado, con las manos dobladas bajo la mejilla. Parece un ángel. Extiendo el edredón sobre su cuerpo dormido y me meto en la cama junto a ella. Unos instantes después, caigo rendido. Por primera vez en meses, no sueño con nada.

Cuando me despierto por la mañana, tengo el cuerpo pegado al de Claire y ya estoy duro, preparado para un segundo asalto. Mierda.

Miro a Claire, que sigue durmiendo a mi lado. La luz de la mañana se filtra por las ventanas y proyecta sombras temblorosas sobre las paredes. Desde un punto de vista lógico, sé que debería estar paralizado de miedo. Anoche Claire y yo cruzamos todos los límites, rompimos todas las normas y destruimos cualquier posibilidad de seguir siendo solo amigos. Pero no me arrepiento de nada. De hecho, cada segundo con ella ha merecido la pena.

Le paso los dedos por el pelo.

Sé que no soy lo bastante bueno para ella. Se merece un millón de veces más de lo que yo puedo ofrecerle. Se merece a un hombre completo. No a uno atormentado por un monstruo. No a uno al que

apenas le basta ver una cerveza para que se le cierre la garganta. No a un mentiroso experto, a un hábil estafador, a una puta sombra.

Pero ahora que la he tenido, no puedo alejarme. En el fondo lo sé y me odio por ello.

La única solución es ser suficiente para ella. No lo que se merece, pero sí una parte suficiente de lo que desea.

Hace un mes estaba a salvo y tenía la conciencia tranquila. Era más fácil mantener a Claire apartada con insultos y tratándola con frialdad. Pero ahora no puedo volver atrás, y la incertidumbre que me obstruye la garganta no se parece en nada a la necesidad habitual de desaparecer a la mañana siguiente. Es un tipo de preocupación completamente distinto.

Claire Merrick podría adueñarse de mi alma. Y la parte más oscura de mí desea desesperadamente que lo haga.

Expulso un aliento tembloroso y observo cómo Claire se mueve a mi lado. Abre los párpados despacio, todavía pesados por el sueño. En cuanto me ve, una sonrisa se extiende por su rostro y contemplarla sonriendo para mí me llena el pecho de satisfacción.

—Buenos días, Clairebear.

Se estira hacia mí y me rodea el cuello con los brazos.

—Buenos días.

—¿Qué tal has dormido? —pregunto mientras juego con la sábana que le cubre los pechos desnudos.

Se desliza un poco y alcanzo a ver uno de sus pezones, de un rosa apagado.

—Profundamente —murmura.

Levanto la cabeza de golpe al oír la elección de palabra.

—He tenido el sueño más extraño...

Sonrío, encantado con este lado descarado suyo. Claro que siempre supe que Claire era una pequeña diablilla, pero que me desafiara anoche fue mucho más de lo que esperaba.

—Cuéntamelo —la provocho mientras deslizo la nariz por su mandíbula.

Frunce los labios, meditando la pregunta. Después se mueve y el calor de su piel gravita hacia el mío. Presiona los dedos contra mis hombros hasta que me tumbo sobre las almohadas. Se incorpora por

completo y la sábana cae hasta su cintura. Sus pechos son perfectos. Del tamaño perfecto para mis palmas, con el peso perfecto contra mis dedos. Sencillamente perfectos. Pasa una pierna sobre mi cuerpo y se sienta a horcajadas sobre mi cintura.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —susurro mientras noto cómo la polla despierta al descender ella sobre mí.

—Prefiero enseñártelo —susurra.

Después baja la boca hasta mi cuello y deja un rastro de besos húmedos por mi pecho y mi abdomen. Sus manos exploran cada plano de mi cuerpo mientras su boca saborea mi piel con avidez.

Intento permanecer inmóvil mientras me explora, pero la necesidad se enrosca en mis venas. Entre lo de anoche y esto, estoy desesperado por reclamar a Claire como mía y de nadie más.

Desciende cada vez más mientras se me tensan las extremidades. Pasa varios segundos largos estudiando, tocando y besando mi tatuaje. Estiro una mano hacia ella y enredo los dedos en su pelo.

—Claire —la advierto.

Entonces noto cómo saca la lengua y lame el glande de mi polla. Inspiro de golpe, soltando una maldición mientras me incorporo.

Niega con la cabeza y mantiene los ojos clavados en los míos mientras arrastra despacio la lengua por mi longitud.

—Ahora me toca jugar a mí, Easton —dice, empujándose de nuevo contra las almohadas.

Me río, fascinado y un poco enamorado de esta nueva faceta de Claire. Me siento borracho por ella, embriagado por su contacto, loco por sus palabras. Me tumbo y observo cómo se mete mi polla en la boca. Me lleva hasta el fondo de su boca y suelto una maldición al rozar su garganta.

Me la chupa como una experta y, durante un segundo, me pregunto cómo coño ha aprendido a hacerlo tan bien. Una rabia silenciosa me invade al imaginarla haciendo esto con otros hombres, al comprender que otros hombres la han visto como la estoy viendo yo ahora. Con los labios carnosos, los ojos salvajes y ese cuerpo sexy que suplica que lo recorran.

—Joder —gruño mientras me aparto de su boca.

Me muevo con rapidez, le doy la vuelta y me coloco encima de ella.

—Te quiero, Claire. Ahora.

Como respuesta, vuelve a sorprenderme separando los muslos.

—Entonces tómame, Easton.

—Dios —gimo, temblando por la necesidad de tenerla.

Estoy tan cerca de correrme que intento contenerme y pensar en cosas horribles solo para conseguir que este momento dure un poco más.

—Estoy limpio, Claire.

—Yo también. Y tomo la píldora —añade con una mirada cargada de intención.

Me aparto, sorprendido. La sorpresa se transforma enseguida en la grave comprensión de cuánta confianza está depositando en mí. La fe de Claire Merrick en mí es una droga en sí misma, más potente que el alcohol.

Le aparto el pelo y contemplo sus insondables ojos azul claro.

—¿Estás segura, Claire? Porque esto lo cambia todo.

Me observa durante un largo momento antes de asentir levemente.

—Anoche ya lo cambió todo, East. Sé lo que quiero.

Mantengo la mirada clavada en la suya mientras me introduzco en ella centímetro a centímetro, observando cómo innumerables emociones atraviesan su expresión. Deseo, vulnerabilidad, emoción, un destello de sorpresa, una pizca de necesidad y después algo que no consigo identificar, pero que resplandece en sus ojos como rayos de luna.

Cuando estoy dentro del todo, me quedo inmóvil. Ella se aferra a mis hombros y yo le doy un beso desesperado. Después empiezo a moverme y encuentro un ritmo que hace gemir a Claire mientras yo cierro los ojos con fuerza para lograr que dure todo lo posible.

Gritamos al mismo tiempo y nos aferramos el uno al otro con una temeridad que desafía toda lógica, con una química que reduce cualquier razonamiento a cenizas.

—Compórtate con normalidad —me recuerda Claire mientras subimos los escalones que llevan a la puerta de casa de sus padres.

—Siempre me comporto con normalidad. La impredecible eres tú —le recuerdo.

Sonríe y me golpea con la cadera.

Yo le devuelvo la sonrisa.

La puerta se abre antes de que lleguemos y los dos controlamos nuestras expresiones.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Austin mientras nos observa.

Claire pone los ojos en blanco y entra, alzándose sobre las puntas de los pies para besar a su hermano en la mejilla.

—Easton, que cree que sabe hacer bromas —responde con despreocupación.

Su capacidad para fingir me impresiona y una extraña sacudida de posesividad y placer se apodera de mí.

Observo cómo desaparece en la cocina de sus padres antes de avanzar. Cuando levanto la mirada, Austin me contempla con curiosidad.

—¿Qué? —pregunto mientras le tiendo la mano para saludarlo.

—¿Qué pasa entre vosotros dos? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Nada, tío. Claire sigue siendo como un grano en el culo.

Austin mira hacia el lugar por el que ha desaparecido su hermana y sonríe con cariño.

—Eso sí. Entra, tío. ¿Cómo estás?

Entro y Austin cierra la puerta detrás de mí. Mientras me quito el abrigo de invierno y lo cuelgo en el armario del recibidor, respondo:

—Bien, gracias. Tomándome las cosas día a día.

—Se te ve bien en el hielo, East. Creo que todos estamos empezando a compenetrarnos otra vez.

—Sí. Yo también me encuentro bien. Mejor, quiero decir. Pero Sims está haciendo un trabajo de puta madre.

Austin me observa de una forma extraña durante un segundo antes de asentir.

—Sí, así es.

—¿Eres tú, Easton? —llama Mary desde la cocina—. Espero que tengas apetito.

—Sabes que sí, Mary.

Entro en la cocina e inspiro profundamente.

—Algo huele de maravilla.

—¡Oh! —Mary se ríe mientras se acerca para besarme la mejilla a modo de saludo—. He preparado tu plato favorito. Sé que hace poco comiste pollo piccata, pero no estaba segura de que Claire hubiera conseguido hacerlo bien. Como nunca me llamó para contarme qué tal...

Mary deja flotando en el aire la pregunta que no ha formulado.

—¡Fue el mejor que ha probado en su vida! —grita Claire.

Hago una mueca por su elección de palabras, pero Mary estalla en carcajadas. Joe se ríe mientras sirve varios vasos de Coca-Cola.

—No hace falta que hagas eso. Podéis disfrutar de vuestro vino y vuestra cerveza. —Levanto una mano para detener a Joe, sabiendo que la familia siempre toma vino durante las cenas de los domingos.

Joe se queda quieto y me lanza una mirada seria.

—¿Estás seguro, hijo?

—Completamente —respondo mientras la mirada se me escapa hacia Claire, que me devuelve una expresión de comprensión—. El otro día también salí a comer con Torsten y Panda. Necesito regresar poco a poco a la vida real y este es el mejor lugar para hacerlo.

Señalo la cocina.

La expresión de Mary se suaviza y asiente despacio.

—Nos avisarás si es demasiado pronto, ¿verdad? ¿Si resulta demasiado?

—Prefiero practicar aquí —admito.

Me vuelvo y reparo de nuevo en la extraña expresión de Austin.

—¿Qué?

—Espera, sigo intentando asimilar la parte en la que Claire te preparó pollo piccata.

Me río por lo bajo.

—Estaba bueno.

Austin frunce tanto el ceño que las cejas casi se le juntan sobre la nariz.

—¿Seguro que no te envenenó?

Joe echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Vamos, hombre —dice Mary con indulgencia mientras saca una botella de vino—. Claire cocina de maravilla.

—Ah, ¿ahora sales en mi defensa? —Claire se coloca junto a Mary y le rodea la cintura con un brazo—. ¿Qué ha pasado con eso de «no estaba segura de que Claire hubiera conseguido hacerlo bien»?

Mary se sonroja y las carcajadas de Joe aumentan.

Austin se ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Te ha envenenado fijo. —Me señala—. Estás siendo demasiado amable con ella.

Llaman a la puerta y Mary da una palmada.

—Deben de ser Jemmy y Leanne.

—O Noah e Indy —añade Austin mientras se dirige hacia la puerta—. Ya abro yo.

Claire le saca la lengua a su espalda y Joe se ríe mientras le tira de la coleta.

Me siento en un taburete de la barra y sujeto mi vaso de refresco, relajándome mientras observo desarrollarse las bromas de la familia Merrick.

Parece mi hogar.

CATORCE

CLAIRE

—TE ESTÁS SONROJANDO. —Rielle sonríe con picardía antes de llevarse el macchiato de caramelo a los labios y dar un sorbo largo.

—¿No es maravilloso? —suspira Indy, juntando las manos contra el pecho.

—Te has vuelto muy empalagosa desde que Scotch te dejó embarazada —le digo a mi prima, poniendo los ojos en blanco.

Lo juro, en cuestión de unos meses, mi prima seria, perfeccionista y a menudo aburrida se ha convertido en la viva imagen del amor. Podría protagonizar el anuncio de una página de citas con todos los corazones y estrellitas que le brillan en los ojos.

—Tú vas pisándole los talones —me acusa Rielle—. Para ser justas, nunca te había visto tan trastornada por un hombre como por Easton, pero esto se lleva la palma. El sexo tiene que ser espectacular.

Suspiro, comportándome exactamente igual que Indy.

—Es orgásmico.

Rielle esboza una sonrisa e Indy se ríe.

—Pero es más que eso —continúo mientras me inclino hacia delante, como si estuviera a punto de revelar un secreto—. Me preparó el desayuno —susurro.

A Rielle se le abre la boca e Indy jadea, volviendo a agarrarse el pecho, aunque esta vez por la sorpresa.

—Ni de coña. —Rielle me señala—. ¿Hablas en serio?

Asiento.

—Joder. —Indy silba—. Eso ya es nivel relación.

—¿A que sí? —Sonrío mientras recojo mi café con leche—. Quiero decir, me pasé la mañana volándole la cabeza, así que necesitaba reponer fuerzas, pero...

Rielle estalla en carcajadas.

—Aun así, no esperaba una tortilla, un bagel integral y zumo de naranja.

—¿Qué llevaba la tortilla? —Indy entorna los ojos.

Rielle le lanza una mirada y yo suelto una risita.

—Era una tortilla de verduras. ¿Por qué?

Indy niega con la cabeza.

—Es solo que... me sorprende. Desde que éramos adolescentes, Easton rara vez se molestaba en hacer algo bonito por alguien.

—Ya lo sé —coincido.

—Sin duda, es más que sexo —decide Rielle.

Aunque yo también creo que es más que sexo —quiero decir, se siente como algo más—, que Indy y Rielle lo confirmen hace que parezca más real.

Les sonrío como si me hubiera tocado la lotería.

Diez veces.

—¿Se lo habéis contado a alguien? Quiero decir, ¿a alguien aparte de nosotras? —pregunta Rielle.

Niego con la cabeza.

—Easton no ha sacado el tema. Quiero decir, no hemos hablado de qué somos ni nada...

—Estáis saliendo —afirma Indy con seguridad.

—Supongo. —Me muerdo el labio inferior, inquieta.

—¿Qué pasa? —pregunta Rielle.

—Es solo que creo que a Easton le preocupa lo que puedan pensar Austin y mis padres. Además, está el equipo...

—Todos te tratan como si fueras su hermana pequeña —coincide Indy.

Rielle niega con la cabeza.

—No puedo imaginarme a mi hermano preocupándose por con quién salgo, y mucho menos a diez jugadores de hockey enormes.

Indy la mira con curiosidad, pero yo niego discretamente con la cabeza para hacerle saber a mi prima que la familia de Rielle es un tema prohibido. No habla mucho de ellos; de hecho, casi nunca los menciona. Cuando lo hace, suele ser como un comentario de pasada y cualquier intento de profundizar en el asunto —ya lo he probado— consigue que se cierre por completo.

Indy estira la mano sobre la mesa y me agarra de la muñeca.

—Claire, si estás tan colada por East y las cosas van tan bien, puedes hablar con él, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Es solo que no quiero verte atrapada en una especie de limbo sentimental porque te dé demasiado miedo agitar las aguas. Yo hice eso con Noah y fue una mierda.

—Lo sé —respondo en voz baja, recordando la angustia que la incertidumbre sobre su relación con Noah les provocó a los dos hace apenas unas semanas—. Pero todavía es muy reciente.

—Es verdad. —Indy asiente—. Y no estás embarazada.

Entorna los ojos.

—¿Verdad?

Le enseño el dedo corazón y ella sonríe mientras Rielle resopla.

—Esta vez es diferente. Todo con Easton es... distinto. —No puedo impedir que una sonrisa enorme me parta la cara—. Con él siento que puedo hacer cualquier cosa. Quiero decir, me apoya muchísimo con lo de diseñar logotipos para grupos y me anima a perseguir mis sueños, a dedicarme a algo que me apasione. Después de pasarme meses con mis padres y Austin encima para que encuentre un trabajo de verdad, resulta agradable tener a alguien de mi parte, ¿sabéis?

Rielle asiente despacio mientras me examina el rostro con atención.

Pero Indy frunce el ceño sin disimulo.

—No tenía ni idea de que te tomaras tan en serio lo de los logotipos para grupos.

Hago una mueca.

—Sí. Es solo que... me daba vergüenza decírtelo.

—¿Por qué? —Mi prima parece sinceramente desconcertada y la culpa me atraviesa el pecho.

—¿No es obvio? —Me obligo a reír con ligereza—. Indy, tú eres perfecta.

—Totalmente. Lo eres —coincide Rielle.

Indy niega con la cabeza.

—No, no lo soy. Yo...

—Eres organizada y disciplinada —la interrumpo.

—Centrada y decidida —añade Rielle.

—Sabes exactamente lo que quieres y lo persigues con tenacidad —continúo.

Rielle asiente.

—Ojalá fuera tan ambiciosa como tú.

Indy frunce el ceño mientras nos mira a las dos.

—Pero tú eres creativa y apasionada, Claire. Y, Rielle, no conozco a nadie que trabaje tanto como tú.

—Porque no tengo más remedio —murmura Rielle antes de dar un trago enorme a su bebida.

—Y mi lado creativo y apasionado siempre se descarta. —Jugueteo con el asa de la taza y miro a Indy—. Mis padres pensarían que esto de tontear con logotipos para grupos es un pasatiempo mono para combatir el aburrimiento.

Los hombros de Indy se hunden mientras la comprensión atraviesa su expresión.

—Lo siento muchísimo, Claire. No tenía ni idea. Si lo hubiera sabido, te habría defendido más. Sabes que apoyo cualquier cosa que quieras hacer.

Asiento. Sé que dice la verdad. Si hubiera sido más clara y directa acerca de lo que deseaba, Indy me habría apoyado.

—Es solo que resulta agradable que Easton se diera cuenta sin que yo tuviera que decir nada.

—Eso lo entiendo. —Indy me sonríe—. Entonces me alegro por ti. Y, si alguna vez quieres hablar con alguien para tener otra perspectiva o necesitas ayuda para organizarlo todo, sabes que

Aiden es abogado especializado en el mundo del entretenimiento, ¿verdad?

—¿Tu mejor amigo Aiden? —pregunto, recordando al amigo de la infancia de Indy, de Florida, que pasó Acción de Gracias con nosotros—. ¿No acaba de mudarse aquí?

—Sí. Llegó la semana pasada. Puedes sentarte a hablar con él cuando estés preparada.

Sonríó a Indy mientras una oleada de gratitud me recorre.

—Gracias, Indy. Todavía no he llegado a ese punto, pero, en cuanto lo haga, aceptaré la oferta sin duda.

Hace un gesto despreocupado con la mano.

—Cuando quieras. Y, si alguna vez necesitas a alguien que te acompañe a ver grupos, Aiden es el hombre perfecto.

—Genial, gracias. —Sonríó.

—Me alegro de que por fin hayas encontrado con East el final feliz que llevabas esperando —añade Indy.

Rielle levanta la taza.

—Brindemos, pequeña. Me alegro de que estés tan jodidamente feliz.

Sonríó y hago chocar mi taza contra las de Indy y Rielle. Pero no se me escapa la mirada curiosa que intercambian ni la preocupación que asoma en los ojos de mi mejor amiga justo antes de beber.

Decido que solo están preocupándose demasiado y lo descarto. Porque soy demasiado feliz para permitir que nadie me fastidie la fiesta.

Esta mañana me he despertado con la cabeza de Easton entre las piernas. Y voy a deciros una cosa: después de eso no hay vuelta atrás. Ha conseguido que ningún otro hombre vuelva a satisfacerme, pero no importa, porque después de Easton no habrá nadie.

Él es mi futuro.

—Hoy te he echado de menos —susurra East.

Sus labios rozan los míos y me despiertan.

Los sueños todavía me nublan la vista mientras me obligo a abrir los ojos.

—¿Qué hora es? Debo de haberme quedado dormida.

—Poco después de las seis de la tarde.

—Ah. —Frunzo el ceño—. No me puedo creer que haya dormido tanto.

Easton me acaricia la frente con el pulgar.

—Es culpa mía, cariño. No te estoy dejando dormir lo suficiente. Sonrío.

—Me gusta cómo pasamos el tiempo.

Easton se ríe y se deja caer a mi lado en el sofá. Me atrae hacia sus brazos, hasta que nuestros pechos quedan pegados, y me besa la nariz.

—¿Ah, sí?

Asiento y me acurruco más contra él.

—¿Qué tal el entrenamiento?

East se encoge de hombros y, durante un instante, la incertidumbre atraviesa su rostro. En el siguiente parpadeo, desaparece.

—Ha estado bien.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres hablar de ello?

Niega con la cabeza y sonrío con picardía.

—No cuando hay tantas cosas mejores que podríamos estar haciendo.

El corazón me da un vuelco ante el brillo juguetón de sus ojos. Me colma de atención y cariño, dos cosas de las que mi alma lleva demasiado tiempo privada.

—¿Qué tenías pensado? —Mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Easton se muerde una comisura de la boca y sus ojos destellan.

Me hace subir más sobre su pecho hasta que nuestros labios quedan alineados. Inhalamos el aire que exhala el otro y resulta sorprendentemente íntimo.

—He perdido demasiado tiempo contigo, Clairebear —murmura antes de besarme despacio.

La punta de su lengua recorre la línea de mis labios y, cuando los separo, se aparta.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido.

Sonríe antes de volver a apoderarse de mi boca.

Esta vez, hay picante bajo la dulzura. En cuestión de segundos, estoy inmovilizada bajo él en el sofá. La lengua de Easton se hunde en mi boca y me arqueo contra su cuerpo, desesperada por más. Desesperada por todo. Sus manos ásperas ascienden por mis costillas y arrastran la camiseta hacia arriba. Aparta la boca de la mía y la cierra alrededor de mi pecho derecho. Mis manos vuelan hacia su pelo y tiro de él para acercarlo mientras rodeo su cintura con las piernas.

—Te necesito —gimoteo prácticamente.

El calor ya se acumula entre mis piernas. ¿Cómo es posible que, con unos pocos besos y caricias, ya esté desesperada y necesitada? ¿Cómo consigue Easton provocar esta clase de reacción en mi cuerpo en apenas unos instantes?

—Soy tuyo, Claire.

Se desabrocha el cinturón y se quita los vaqueros con rapidez. Todavía lleva el pelo húmedo de la ducha después del entrenamiento. Se le riza alrededor de las orejas, revuelto, y hace que parezca el chico de nuestra adolescencia. Pero la forma en que me mira pertenece por completo a un hombre, y me estremezco ante la intensidad de sus ojos.

Easton huele a jabón y a invierno. Parece la combinación perfecta entre un antiguo dios griego y un modelo moderno de ropa interior de Calvin Klein. Me destroza con una simple mirada, me arruina con su contacto y me ahoga con sus besos.

Mientras Easton me baja los leggings y recorre mis muslos con besos, dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. El calor de su boca me eriza toda la piel. Su mano serpentea por mi estómago hasta que los dedos se cierran alrededor de uno de mis pechos y lo masajean con movimientos imprevisibles, justo cuando su lengua asciende por el centro de mi coño.

Jadeo. Easton sopla con suavidad sobre mi carne hipersensible. Me pellizca el pezón.

—Estás jodidamente buena, Claire —declara antes de bajar la boca.

Esta vez me devora como si yo fuera la cena de Acción de Gracias.

Disfruto de cada segundo.

Después de que me deshaga en pedazos, se desliza dentro de mí. Encajamos a la perfección. Nuestros movimientos se sincronizan y nuestras miradas quedan atrapadas. Todas las palabras que a Easton le cuesta pronunciar se derraman desde la expresión embriagadora con la que me contempla. Todo lo que necesito escuchar se imprime en mi piel a través de sus caricias. Él me llena de asombro y esperanza.

Yo ahuyento sus demonios.

El sonido de nuestros cuerpos al encontrarse llena el aire y nos envuelve en un capullo protegido del resto del mundo. Mientras los ojos azul oscuro de Easton se hunden en los míos, comprendo que no necesito que nadie sepa lo nuestro. No necesito a nadie aparte de él.

Nada más que esto.

Porque esto es suficiente.

De hecho, lo es todo.

QUINCE EASTON

CLAIRE MERRICK me desarma por completo.

Con cada día que pasa, el ardor de mi garganta y el dolor de mi cabeza disminuyen. En su lugar, sustituyo una adicción por otra.

Claire.

El sabor de su piel. La sensación de sus curvas. El aroma de su pelo.

El ingenio de su mente. La sonrisa ladeada de su boca. El brillo de sus ojos.

Claire Merrick me tiene hipnotizado. Es mi salvación después de tantas noches consumido en el infierno.

Nos resulta fácil caer en una rutina. Me despierto deseándola, paso el día pensando en ella y cierro los ojos por la noche con su olor impregnado en la piel.

Estoy tan desesperado y perdido en el deseo que Noah, Austin y el resto de los chicos del equipo no tardan en darse cuenta de que una mujer me tiene completamente trastornado.

Pero ni de puta coña voy a decirles que es Claire. Al menos hasta que me obliguen.

Porque no quiero compartir mi pedazo de cielo. No quiero que sus expectativas contaminen esta cosa delicada que está surgiendo

entre nosotros. Ahora mismo, Claire es el único punto de luz en mi vida. Y que se prepare cualquiera que se atreva a oscurecerla.

—Hola. —Su sonrisa me recibe cuando entra en la cocina.

—Hola. —Saco del microondas el plato de sobras y lo señalo—. ¿Tienes hambre?

Niega con la cabeza.

—Ni hablar. Esta noche cenamos en casa de mis padres y ya sabes que mamá sigue cebándome a la fuerza.

Me río. Mary Merrick es una auténtica obsesa de alimentar a todo el mundo. Pero, como alguien que creció con una madre a la que le daba exactamente igual si comía o no, agradezco la dedicación de Mary.

—Esto me mantendrá lleno hasta entonces.

Doy un bocado al pollo a la parmesana.

Claire se sube a un taburete de la barra y me observa comer. Cada pocos segundos, el tacón de su zapato golpea el travesaño inferior con un tintineo.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Clairebear?

Levanta la mirada hacia mí y niega con la cabeza, como si intentara despejarla.

—Nada.

—Venga ya. Prácticamente puedo oír los pensamientos dando vueltas dentro de tu cabeza. ¿Qué pasa?

Suspira y juguetea con el borde de la manga de la camiseta. Un hilo de inquietud me resbala por la garganta y va llenándome despacio el pecho de preocupación. ¿Ha pasado algo? ¿Ya no quiere vivir aquí? Odio los pensamientos negativos que me invaden, pero, de repente, el miedo a perder a Claire me provoca pánico.

—¿Claire? —insisto, impaciente.

—¿Crees que...? Quiero decir... —Hace una pausa—. ¿Te avergüenzas de mí?

—¿Qué? —Suelto una carcajada brusca—. ¿Avergonzarme de ti? ¿Estás borracha?

Pone los ojos en blanco, aunque una pequeña sonrisa le juega en la boca.

—Es solo que no le has contado a nadie lo nuestro. Quiero decir, ni siquiera hemos hablado de lo que somos ni nada... Pero Rielle e Indy saben...

—Que estamos... —Hago un gesto entre los dos.

Asiente y frunce el ceño al detectar la incertidumbre en mi expresión.

Mierda.

—¿No quieres que la gente lo sepa? —Su voz suena muy pequeña.

Niego con la cabeza y me inclino sobre la isla para agarrarla de la muñeca.

—No es eso, cariño.

—Entonces ¿qué es?

—Mira, Claire... —Expulso el aire.

La verdad es que es la única persona de mi vida que tiene fe en mí y, por mucho que disfrute de ello, sé que no debería creer que está justificado.

—Cariño, lo estoy intentando. Cada día hago todo lo que está en mi puta mano por comportarme bien. Por no recaer. Por ser bueno para ti.

—Ya lo sé. Y lo eres.

Le sonrío.

—Claire, eres la única persona que conozco que confía tanto en mí. Y antes de que digas que no es verdad, sé que sí lo es. Te necesito, Claire. Te necesito muchísimo más de lo que tú me necesitas a mí.

—Easton... —Hace una mueca como si mis palabras le dolieran, pero a veces la verdad duele.

Aprieto más los dedos alrededor de su muñeca.

—Si todo el mundo sabe que nos estamos acostando...

—¿Eso es todo lo que somos?

Suspiro y corrijo la frase.

—Si todo el mundo sabe que estamos juntos...

Su expresión se ilumina y yo sonrío.

—Entonces aparece otra capa de expectativas y no sé si estoy preparado para gestionarlo todo. Está Austin, tus padres, joder, el

equipo entero... Todos señalarán que estoy demasiado jodido para ti. Que lo nuestro es una mala idea. Hasta mi padrino está nervioso porque me haya metido en esto contigo tan deprisa.

—¿Rick sabe lo nuestro?

Asiento y me humedezco los labios.

—¿Te molesta?

Niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Claro que no. East, solo quiero lo mejor para ti. Es lo único que he querido siempre.

—Tú eres lo mejor para mí, Claire. Pero yo no soy lo mejor para ti. Y soy demasiado egoísta para dejarte marchar como sé que debería.

—¡Ni se te ocurra!

Tira de mí hasta que quedo inclinado sobre la isla. Me sonrío con descaro, se sube directamente a la encimera y me besa con profundidad.

Claire me deja sin defensas. ¿Cómo coño voy a sobrevivir a esta mujer?

Se aparta de repente y me pasa los dedos por la boca.

—No tenemos que contárselo a nadie si es demasiado. Solo quería asegurarme de que los dos estamos en la misma página.

—¿En qué página, cariño?

—En la que esto conduce a algún sitio.

Asiento al percibir la vulnerabilidad de su mirada.

—No estoy jugando contigo, Claire. Te lo juro, deseo esto tanto como tú. Solo que no quiero estropearlo. Nos lanzamos mucho más deprisa de lo que esperaba y, ahora que estamos aquí, no quiero frenar, aunque a veces pienso que necesitamos hacerlo. ¿Sabes a qué me refiero?

Asiente con solemnidad. Claire se mueve hasta quedar sentada en el borde de la isla. Me coloco entre sus muslos, olvidándome por completo del pollo a la parmesana. Apoyo las manos en la parte superior de sus piernas y aprieto.

—No quiero perderte, Claire. Siento como si estuviéramos suspendidos constantemente al borde de un precipicio y bastara un paso en falso, algo tan simple como una ráfaga de viento en la

dirección equivocada, para hacernos caer —admito, compartiendo mi miedo lo mejor que sé.

Una parte de mí sabe que voy a perderla. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero una pequeña chispa de esperanza sigue encendiéndose dentro de mi pecho.

¿Y si pudiera ser suficiente? ¿Y si pudiera lanzarme al vacío y amar a Claire como se merece?

—No permitiré que ocurra —declara con seguridad.

Sonríó ante su descaro, sabiendo que, si alguien pudiera plantarle cara a la madre naturaleza o al destino, sería Claire.

Su expresión se vuelve seria mientras desliza las manos por mis brazos hasta apoyarlas sobre mis hombros. Me mira directamente a los ojos e inspira hondo.

—No quiero asustarte, East. Pero me estoy enamorando de ti.

Me quedo inmóvil. Se me bloquean todas las extremidades mientras observo su rostro.

Y Dios, es jodidamente impresionante.

—Llevo mucho tiempo haciéndolo —continúa—. Siento tantas cosas por ti que a veces ni siquiera sé qué hacer con ellas. Pero odio pensar que soy la única que las siente.

—No lo eres —respondo deprisa, deseando tranquilizarla.

El corazón me golpea con tanta fuerza que el sonido me retumba en los tímpanos. Las palmas de las manos se me humedecen y una extraña mezcla de euforia y terror se expande por mi pecho.

—Joder, Claire. Se me da fatal esto —admito mientras me paso una mano por la cara—. No sé hablar de mis sentimientos y toda esa mierda. Me enseñaron desde pequeño a guardármelo todo dentro.

Claire frunce el ceño y las cejas se le juntan. Nunca hablo de mi infancia, de mi pasado ni de los monstruos que se esconden allí. ¿Por qué iba a hacerlo?

Niego con la cabeza para apartar los pensamientos sobre mis padres.

—Pero, cariño, créeme cuando te digo que no estás sola. Estoy loco por ti. Por todo lo que eres. La mayoría de los días me aterra acabar estropeándolo todo.

Me sujeta la cara entre las manos, tira de mí hacia ella y me besa con dulzura.

Cierro las manos en puños y las apoyo contra el granito implacable de la encimera mientras la encierro entre mis brazos y profundizo el beso. En cuestión de segundos, la respiración de Claire se acelera. Sigo besándola con pasión, invadiendo su espacio hasta que acaba tumbada sobre la encimera. La agarro de los muslos y tiro de ella hasta el borde.

Me sonrío mientras me quito la camiseta y desabrocho el botón de sus vaqueros.

—Se me dan fatal las palabras, Claire.

—No lo has hecho mal —susurra.

Niego con la cabeza.

—Prefiero demostrártelo.

Me quito los pantalones.

—¿Aquí? —Abre los ojos de par en par mientras mira alrededor de la cocina.

—Dondequiera que me dejes.

Vuelvo a colocarme entre sus muslos y agacho la cabeza para dejar un reguero de besos por la franja de piel que ha quedado al descubierto al subírsele la camiseta.

Ella se la quita mientras yo le deslizo los vaqueros por sus piernas torneadas. Sus ojos se aferran a los míos y un escalofrío le eriza la piel cuando le retiro las bragas. El deseo tiñe su mirada.

—¿Estás preparada para mí, cariño? —murmuro mientras arrastro dos dedos por el centro de su coño.

Gimotea.

Me llevo los dedos a la boca y succiono su humedad mientras observo cómo se le nublan los ojos.

—Dulce —le digo con sinceridad.

La agarro por detrás de la rodilla, le levanto la pierna, me alinee con su entrada y me hundo dentro de ella.

Se le ponen los ojos en blanco y la ayudo a recolocarse hasta que consigo entrar por completo. Claire se aferra a mis antebrazos mientras retrocedo antes de embestir con más profundidad.

—¡Easton! —grita.

—Te tengo, cariño.

Marco un ritmo constante que se vuelve implacable en cuanto se rompe el hilo que me mantiene unido.

Claire Merrick, con sus bromas coquetas y toda su belleza, me deshace. Su dulzura me hace pedazos. Su descaró me pone en mi sitio. Pero su puto corazón me ama.

Y ese es el único pensamiento que necesito mientras embisto dentro de ella como si jamás fuera a ser digno. Como si no fuera a volver a tenerla. Como si cada instante entre nosotros fuera precioso.

Para un jugador de hockey acabado que no para de recaer, sé que lo es. Nada está garantizado. Nada es para siempre. Por mucho que lo espere, por mucho que desee ser suficiente para Claire, siempre me quedaré por debajo de lo que merece.

La follo con fuerza y ella responde a cada una de mis embestidas hasta que los dos gritamos y nos rompemos exactamente al mismo tiempo.

Suelto una maldición mientras caigo hacia delante y cubro su cuerpo con el mío.

—Me destruyes, Claire —jadeo con la respiración entrecortada.

Ella respira con dificultad junto a mi oído durante varios segundos. Su mano me acaricia el pelo para tranquilizarme.

—No dejaré que nos destruyas —susurra con una comprensión que deseo y detesto.

DIECISÉIS

CLAIRE

ME ENCANTA VIVIR EN BOSTON. Me gustan sus calles bulliciosas. Adoro la energía que impregna la ciudad en primavera. Disfruto de esa mezcla de atemporalidad y modernidad que se respira en la arquitectura, las exposiciones y los restaurantes. Ni siquiera me molesta el tráfico.

Lo que no soporto es febrero. Febrero en Boston es jodidamente frío. Ese tipo de frío que se te mete en los huesos y te deja los calcetines húmedos, aunque no haya nieve en el suelo. El encanto del otoño, con sus hojas de colores, ha muerto, y la esperanza incipiente de la primavera aún no ha brotado.

Febrero en Boston hace imposible quedarse tonteando en los escalones de casa de mis padres con un pivón que, además, es una estrella del hockey. Así que, en lugar de continuar con el intercambio coqueto que Easton ha iniciado en el coche, subo los peldaños a toda prisa y me lanzo por la puerta principal antes de pillar una neumonía.

Austin dice que soy melodramática, pero yo me limito a exponer los hechos.

—¡Eh! —Austin me agarra de los hombros cuando me estampo contra él—. ¿Estás bien?

Se echa hacia atrás para mirarme.

Sonríó a mi hermano y asiento.

—Hace un frío de muerte.

Austin resopla.

—Vives en la ciudad equivocada.

Levanta la mirada cuando Easton cruza el umbral.

—Hola, East.

—¿Qué pasa, Aus? —pregunta East mientras se quita el abrigo.

Lo cuelga en el armario del recibidor y después coge el mío para dejarlo junto al suyo.

¿Es patético que me guste cómo quedan nuestros abrigos colgados juntos? Sí, por supuesto. Pero durante un segundo puedo imaginar toda una vida con nuestros abrigos uno al lado del otro. Es como tener los cepillos de dientes compartiendo vaso junto al lavabo o nuestras llaves mezcladas en la pequeña bandeja de la entrada.

Easton y yo podríamos construir una vida entera juntos, y comprender que estamos avanzando en esa dirección me llena el alma de felicidad.

—¿Seguro que estás bien? —Austin me sacude un hombro y yo lo miro.

Cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo como el Joker, aprieto los labios y asiento. Austin me lanza otra mirada extraña antes de preguntarle a Easton algo sobre el próximo partido en Chicago.

Sigo a mi hermano y a Easton hasta la cocina, donde mamá ya ha preparado un auténtico festín sobre la isla. Galletitas saladas, quesos, embutidos italianos... Mi madre es la reina de las tablas de charcutería y todos nos inclinamos ante ella.

—Hola, preciosa. —Mamá me besa a modo de saludo.

—Hola, mami.

Me subo a un taburete y cojo un poco de queso con galletitas. Papá deja una copa de vino delante de mí y le sonrío.

—¿Qué tal va todo, grandullón?

Papá se ríe y me revuelve el pelo con cariño.

—Tirando, pequeñaja. ¿Qué te traes entre manos?

Doy un sorbo al vino y miro a mamá.

—Veo que has abierto el bueno.

Resopla.

—¿Qué ocurre? —pregunto a mis padres.

Mamá cruza los brazos y se inclina sobre la isla.

—Escúchanos antes de decir nada, ¿vale?

Asiento despacio y doy otro sorbo al vino.

—El otro día vi a John Kimber en el gimnasio —empieza papá.

Arqueo una ceja.

—¿Estás haciendo ejercicio?

—No te desvíes del tema, Claire —me advierte mamá.

Aprieto el bíceps de papá para comprobarlo y él me aparta la mano de un manotazo.

—El vino es para inducirme a una falsa sensación de calma, ¿verdad? —Levanto la copa y hago girar el líquido—. La limpidez es excelente.

Mamá pone los ojos en blanco.

Suspiro.

—Vale, emboscadme. ¿Cuál es el trabajo?

Papá se queda mirándome durante un largo instante y una expresión que no entiendo le cruza el rostro.

—Solo intentamos ayudarte, Claire.

Asiento. En el fondo, sé que mis padres tienen buenas intenciones. Pero, en lugar de animarme a buscar oportunidades «estables y seguras», ¿por qué no pueden apoyarme para que persiga opciones «creativas y satisfactorias»?

—Su hijo Jacob. ¿Te acuerdas de él? —interviene mamá.

Jacob Kimber. Se graduó dos años antes que yo y jugaba en el equipo universitario de béisbol. Me metió mano durante una hoguera un viernes por la noche, después de que yo me bebiera un pack de seis Mike's Hard Lemonade con mi amiga Megan antes de salir. Era la primera vez que bebía y estaba achispada, risueña y muy insegura.

—Me acuerdo.

—Ahora trabaja en Chicago, en una agencia de marketing. Le va muy bien —explica papá mientras se recuesta en la silla que hay junto a la mía—. Ha ido ascendiendo. Ese chico siempre ha sido emprendedor, ambicioso y muy dedicado.

Arrugo la nariz, preguntándome por un instante si papá seguiría deshaciéndose en elogios hacia Jacob si supiera que me desabrochó el sujetador y me manoseó los pechos incluso después de que yo le apartara las manos y le dijera que parase. Le di una bofetada cuando me metió la mano por la parte trasera de los pantalones y le dije que no me encontraba bien. Continuó hasta que Megan le «derramó» una cerveza encima.

—Necesita una asistente —suelta mamá como una bomba.

Levanto la mirada, alarmada.

—¿Una asistente?

—Ay, Claire —resopla mamá—, no seas tan desdeñosa antes de escucharlo.

—¿Queréis que trabaje para Jacob Kimber? ¿Que le organice la agenda y le lleve el café?

Mi tono chorrea desdén y ni siquiera intento disimularlo.

Papá entorna los ojos.

—Es un trabajo honrado, Claire. ¿Qué estás haciendo ahora? Viviendo gratis en casa del mejor amigo de tu hermano mientras tu madre y yo te pagamos la vida. ¿Crees que eso te da derecho a despreciar un puesto como asistente? Podría servirte para impulsar tu carrera en la dirección correcta, dentro de la empresa adecuada.

—Hasta que aparezca una denuncia por acoso sexual —murmuro.

Mamá frunce el ceño y papá parece verdaderamente sorprendido.

—¿De qué estás hablando? —interviene Austin.

Detrás de él, la expresión de Easton se vuelve impenetrable. Cierra las manos en puños y me observa con una intensidad controlada que hace que me hormiguee la piel.

—De nada —respondo.

—¿Pasó algo con Jacob Kimber? —pregunta mamá despacio.

Cierro los ojos y expulso el aire. Esto se ha torcido muy deprisa.

—No es nada. Olvidadlo.

—Claire. —El tono de papá es firme.

Lo miro a los ojos.

—Si ocurrió algo...

—No tiene importancia. Hablaré con él si queréis.

Mamá parece sinceramente preocupada.

—Claire, solo queremos lo mejor para ti. Y no estoy diciendo que sea Jacob Kimber —añade de prisa—. Pero tienes que poner algo de tu parte, cariño. Ayúdanos a entender qué tipo de trabajos estás solicitando. ¿A qué quieres dedicarte, Claire?

Me muerdo el labio para contener el torrente de palabras que bailan en la punta de la lengua. ¿Les cuento la verdad? Que estoy ganando dinero de manera constante con mis diseños para grupos independientes. Que un grupo prometedor de Nueva York acaba de ponerse en contacto conmigo para que diseñe su logotipo. Que ya no hago solo logos, sino también diseños de merchandising e identidad visual para páginas web.

Antes de que consiga decidir qué decir, Easton anuncia:

—Claire está haciendo un trabajo increíble diseñando logotipos para grupos y portadas de discos.

—¿Logotipos para grupos? —pregunta mamá, sorprendida.

Los hombros de papá se ponen rígidos cuando su mirada salta hacia Easton y vuelve a mí. Aprieta los labios.

—¿Qué clase de logotipos? ¿Para quién?

—Acaba de contactar con ella un grupo de moda de Nueva York —dice Easton mientras apoya una cadera contra la isla—. La demanda ha aumentado muchísimo durante las últimas semanas. Joder, si se lo tomara en serio, probablemente podría crear su propio imperio en lugar de llevarle el capuchino de la mañana a un gilipollas con aires de superioridad que, por lo visto, se ha propasado con ella.

—Jacob es más de americano —suelto, inquieta por la rapidez con la que Easton ha saltado en mi defensa.

Nadie hace caso a mi intento de aligerar el ambiente.

—Háblanos de esos logotipos, Claire —dice Austin, animándome con un gesto de la cabeza.

Su apoyo afloja un poco la ansiedad que se enrosca en mi pecho como una cuerda. Sigue habiendo suficiente para ahorcarme, pero, gracias al gesto de Austin y al respaldo de Easton, inspiro hondo.

—Empecé a hacerlo por diversión. Durante el verano estaba saliendo con un chico...

—¿Qué chico? —Papá frunce el ceño.

—Un músico. Es, eh... el cantante de The Burnt Clovers.

—¿Derek Reiner? —A mi hermano se le abre la boca.

Mamá arruga la frente.

—¿Debería saber quién es? —susurra.

Niego con la cabeza.

—En fin, estaba trasteando y preparé varias propuestas para el logotipo del grupo. A todos les encantó una. De hecho, es la que eligieron, y después los invitaron a salir de gira con The Failed Poets, así que...

—¿Mantuvieron tu logotipo? —pregunta Austin, impresionado.

Le sonrío.

—Sí. También he diseñado merchandising para ellos. Derek me presentó a otros grupos y la cosa simplemente... surgió. Ahora también preparo imágenes promocionales para sus redes sociales y diseños de identidad para páginas web. Solo he hecho unas cuantas portadas de discos, pero son mis favoritas. Me encanta desarrollar conceptos diferentes y trabajar cara a cara con los músicos para hacer realidad sus ideas.

Me encojo de hombros mientras observo las expresiones atónitas de mamá y papá.

—Me encanta de verdad. Y se me da bien. Ahora mismo no gano una fortuna, pero tampoco lo he organizado para que sea así. Aunque creo que Easton tiene razón. Si me lo tomara en serio, sí podría convertirlo en un pequeño negocio que me permitiera mantenerme.

—El veinte por ciento de los negocios fracasan durante el primer año —señala papá.

—Joe —lo reprende mamá.

—Ahí está el apoyo con el que contaba.

Levanto el brazo y hago un exagerado gesto de victoria con el puño. Austin hace una mueca.

Papá me fulmina con la mirada.

—Estoy siendo realista, Claire. Tú también deberías serlo si estás pensando seriamente en esto. Tienes una carrera universitaria y una amplia red de contactos a tu disposición. En lugar de aprovecharlos,

quieres quedarte en casa, beber sofisticadas bebidas de Starbucks y diseñar el logotipo de un grupo para un tío que solo se pinta de negro una uña.

Mamá jadea. Austin oculta una carcajada con una tos. Ni siquiera miro a Easton para comprobar la risa que sé que le arde en los ojos.

—¿Conoces a Derek? —pregunto.

Papá me mira con hostilidad.

—Ahora le apetece más un tono azul marino. Resulta menos agresivo para su imagen.

—Claire Josephine Merrick. —Mamá pronuncia mi nombre completo.

Es una advertencia que debería escuchar.

Papá se pasa una mano por la cara.

—Siempre has sido difícil, Claire.

—Apasionada —lo corrige mamá.

Le lanzo una sonrisa agradecida y vuelvo a mirar a mi padre.

—¿No puedes alegrarte por mí sin más? Estoy haciendo algo que me encanta y gano más dinero que trabajando gratis como becaria.

Niega con la cabeza, claramente sin saber qué hacer conmigo.

—Prométeme al menos que seguirás solicitando trabajos de verdad. Ya sabes, de esos que te permitirán conseguir una hipoteca y tener seguro médico.

Me trago el comentario sarcástico que se muere por escapar y asiento.

—Claro.

Austin vuelve a llenarme la copa de vino y me guiña un ojo.

Suena el timbre y una oleada de alivio inunda la cocina. Mamá y papá se dirigen de inmediato a la puerta para recibir a la tía Leanne, el tío Jemmy, Indy y Noah.

En cuanto desaparecen, Austin, Easton y yo estallamos en carcajadas.

—¿El azul marino es menos agresivo para su imagen? —pregunta Austin.

Sonríó con suficiencia.

—Tienes un buen par, Claire —añade mi hermano.

—Alguien en esta familia tiene que tenerlos —respondo.

Me enseña el dedo corazón. Easton rodea la isla hasta colocarse a mi lado. Me agarra por la nuca y aprieta con suavidad. Levanto la mirada hacia él y sonrío, momentáneamente cegada por la suya.

—Gracias —le susurro.

—Eres muchísimo más grande de lo que crees, Claire —murmura antes de apartar la mano.

Echo de menos el calor de su contacto al instante.

Cojo la copa de vino mientras Indy y Noah entran en la cocina. Las voces de la tía Leanne y el tío Jemmy flotan detrás de ellos.

—¡Hola! —Indy me besa la mejilla para saludarme—. Hablé con Aiden el otro día y va a ponerse en contacto contigo. Está investigando a varios artistas nuevos que quizá busquen representación y dice que puedes acompañarlo cuando quieras.

—¿En serio?

Asiente.

—Sí. Está muy emocionado con un rapero llamado Big Roxi. Escuché algunas de sus canciones y seguro que te gusta su música. También mencionó algo de un grupo de bluegrass.

Sonrío.

—Parece genial. Gracias, Indy.

—Cuando quieras. Sinceramente, también le haces un favor a Aiden. Le encanta trabajar en la industria del entretenimiento y creo que descubrir artistas nuevos es su parte favorita. Pero, como acaba de llegar a la ciudad, prefiere no ir solo.

—Genial. Entonces esperaré a que me escriba. Mamá ha comprado vino espumoso sin alcohol para ti —le digo mientras bajo del taburete.

Me dispongo a sacar la botella del frigorífico de la barra, pero me detengo cuando veo la cara de Austin.

Mi hermano me observa con curiosidad. Los engranajes de su cabeza están girando mientras su mirada salta de Easton a mí y vuelve de nuevo. Me pongo rígida al instante y me agacho frente al frigorífico, agradecida por el aire frío que refresca el calor de mis mejillas.

Después del enfrentamiento con papá, lo último que necesito es que Austin descubra hasta qué punto su mejor amigo apoya a su

hermana pequeña.

DIECISIETE EASTON

—ME DEFENDISTE —me susurra al oído después de cenar.

Me giro en la silla y le rodeo la cintura con un brazo para poder mirarla a la cara.

—Siempre te defenderé, cariño. Estoy orgulloso de ti.

Sonríe. Sus ojos recorren el estudio vacío. Terminamos de cenar hace aproximadamente media hora. Indy y Claire ayudaron a Mary y Leanne a recoger la mesa y preparar el postre, mientras Austin, Jemmy, Noah, Joe y yo nos retirábamos aquí para ver un poco de hockey. Esta noche hay un partido de las ligas menores entre Windsor y Toronto. Pero entonces Joe necesitó que Jemmy lo ayudara con algo, Indy llamó a Noah y Austin se escabulló para atender una llamada.

En este momento, solo estamos Claire y yo. El ambiente se relaja al instante y me acomodo en el sillón. Claire siempre consigue tranquilizarme. Desde que salí de rehabilitación, es la única persona con la que puedo relajarme por completo, y ansío su presencia. Tiro de su mano y ella se sienta sobre mi rodilla. Aspiro su perfume floral y coqueto y recorro con las yemas de los dedos la piel suave que queda al descubierto entre el borde de su jersey y la cinturilla de sus vaqueros.

Inclina la cabeza hacia mi oído.

—¿Quieres escaparte conmigo?

Sonríó ante la insinuación de su voz.

—¿Adónde iríamos?

Se levanta de mi regazo y me tiende una mano.

—Te lo enseñaré.

Resoplo y niego con la cabeza. Las voces de la cocina llegan flotando hasta el estudio.

—Estamos en casa de tus padres, Claire.

—Ya lo sé.

Sonríó ante el desafío que hay en sus ojos. Brillan con intensidad, azules como zafiros.

—Más vale que te des prisa, Scotch. Pensaba que te gustaba jugar con fuego.

Me levanto del sillón y le agarro la mano.

—Pensabas bien, cariño.

Suelta una risita y tira de mí para sacarme del estudio y llevarme por el pasillo. Al llegar al final, se detiene y mira a ambos lados, y tengo que contener las ganas de reírme. Es jodidamente adorable. Con Claire todo es divertido y juguetón, real y sin filtros. Es la mejor contradicción que he conocido en mi vida. Me mira por encima del hombro y se lleva un dedo a los labios. La luz temprana de la luna entra por la ventana e ilumina su expresión traviesa. Le sonrío.

Sigo a Claire al doblar la esquina del pasillo y bajar tres peldaños, hasta que llegamos a un rellano apartado, oculto entre la entrada al sótano y un armario.

—¿Es aquí donde traes a todos tus amantes secretos? —le susurro en la penumbra.

—Solo a los afortunados.

Resoplo mientras le rodeo la parte baja de la espalda con las manos y la atraigo contra mí. Apoya las suyas en mis bíceps y se pone de puntillas, haciendo que sus pechos se deslicen por mi torso.

—Gracias por lo de hoy con mi padre. De verdad.

Oigo la sinceridad en su voz y eso araña mis propias inseguridades.

La dulce Claire nunca ha tenido a nadie que luchara por ella, al menos no de la forma que necesita. Acerco los labios a los suyos.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que haría cualquier cosa por ti?

Apenas alcanzo a distinguir su expresión bajo la tenue luz. La ternura invade su mirada mientras alza la boca para cerrar los pocos centímetros que nos separan. Entonces me besa, yo respondo y el resto del mundo desaparece.

El calor de la boca de Claire me arrastra al fondo, más potente que el vodka. Su contacto marca mi piel y me convierte en suyo. La levanto y sus piernas me rodean las caderas de manera automática. Ya estoy duro, desesperado y preparado para hundirme dentro de ella. Con Claire paso de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos. Nunca había reaccionado de una manera tan visceral ante una mujer. Bueno, no desde que era un niño inexperto de quince años.

—Claire —murmuro mientras recorro la columna de su cuello con besos—. Tenemos que volver.

Tenemos que detenernos antes de que me la folle aquí mismo, empotrada contra la pared del armario de sus padres.

—Chist, todavía no —jadea.

Mi mano se desliza bajo su camiseta y acaricia su piel suave. Su pecho prácticamente empuja contra mi palma, tan hambriento de mi contacto como yo de sentirla. Inclina la pelvis hacia arriba para frotarse contra mí y suelto una maldición antes de volver a capturar su boca.

El sonido de la puerta al abrirse nos sorprende a los dos. Todo sucede tan deprisa y de forma tan inesperada que no tenemos tiempo de desenredar nuestros cuerpos. La luz inunda el pequeño escondite y un Austin muy cabreado oscurece el marco de la puerta.

—Joder —maldigo mientras dejo caer la cabeza sobre el hombro de Claire.

Muy despacio, saco la mano de debajo de su camiseta.

Ella gimotea y oigo cómo Austin contiene el aliento, horrorizado.

Deposito a Claire con cuidado sobre el suelo y dejo la mitad de su cuerpo protegida detrás del mío mientras me vuelvo para enfrentarme a la furia de mi mejor amigo. Emana de él en oleadas y se estrella contra Claire y contra mí como un rayo lanzado por Zeus.

Austin señala a su hermana.

—Vete.

Su tono es amenazador y peligrosamente bajo. Reconozco la rabia de su expresión, la traición en sus ojos y cómo se le escapa el control al que intenta aferrarse.

Claire avanza unos centímetros, pero le agarro la muñeca y la mantengo detrás de mí. Ni de coña voy a dejar que se marche como si esto no tuviera nada que ver con ella. Ahora estamos juntos, aunque no se lo hayamos anunciado a todo el clan Merrick, y no voy a permitir que se aleje de mí como si su lugar no estuviera a mi lado.

Austin entorna los ojos.

—¿Qué coño estás haciendo? —me gruñe.

—Aus... —Claire intenta avanzar de nuevo, pero le aprieto la mano con más fuerza.

Cierra la boca de golpe.

—Tenemos que hablar, Austin —digo con un tono firme y controlado.

—No me digas.

—Aquí no. —Niego con la cabeza—. Volvamos dentro y despidámonos de tus padres. Después iremos a mi casa.

Austin suelta una risa carente de humor.

—¿Por qué? ¿No quieres que sepan que te estás follando a mi hermana?

—Vigila cómo hablas —replico entre dientes.

Austin tiene la decencia de parecer arrepentido.

—No puedo creerlo.

—No es lo que piensas —le digo.

La mano de Claire se queda rígida dentro de la mía. Le acaricio los nudillos con el pulgar para tranquilizarla.

Austin me fulmina con la mirada.

—¿Qué coño significa eso, East?

—Significa que me importa Claire. Esto que hay entre nosotros es real, Austin. No es una chica cualquiera. Lo es todo, joder. Así que iremos a mi casa y responderé a tus preguntas por respeto a nuestra amistad, a tu relación con Claire y a tu familia. Pero no te equivoques: no te debemos nada y no vas a darle órdenes a Claire

como si fuera una cría. Ya es una mujer adulta y puede tomar sus propias decisiones. Sobre dónde vive, a qué quiere dedicarse y con quién sale.

Claire inspira con brusquedad. Mi mejor amigo se queda mirándome durante tres largos segundos como si no me reconociera. Pero me da igual. Estoy poniendo a Claire por delante. Siempre la pondré por delante.

—Vámonos. —Austin hace un gesto brusco con la cabeza.

Claire y yo salimos del escondite y tengo que reconocerle algo a mi chica: mantiene los hombros rectos y la cabeza bien alta. Nos despedimos del resto de los Merrick de una forma bastante incómoda. Mary frunce el ceño, preocupada, e Indy le lanza a Claire una mirada inquieta, pero salimos por la puerta principal antes de que nadie pueda empezar a hacer preguntas.

—Sube a mi coche, Claire —ordena Austin.

Le lanzo una mirada y él suelta una maldición.

—Por favor.

Claire asiente y me mira. Yo le dedico un gesto tranquilizador. Lo último que quiero es estropear la relación de Claire con algún miembro de su familia. Me siento al volante de mi coche y compruebo que Austin esté preparado antes de salir del camino de entrada de los Merrick y dirigirme hacia mi casa.

El trayecto transcurre despacio y deprisa al mismo tiempo. El tiempo es extraño de esa manera. Por un lado, mi preocupación por Claire aumenta y hace que cada semáforo en rojo me irrite. Sé que Austin nunca le gritaría, pero estoy seguro de que la está interrogando a conciencia. No es que Claire no pueda soportarlo, pero aun así me gustaría estar allí para ella. Por otro lado, ese tiempo adicional parece necesario para que Austin y yo nos calmemos un poco. Lo último que quiero es acabar intercambiando puñetazos con mi mejor amigo.

Aparco delante de mi casa de piedra rojiza y Austin deja el coche un par de plazas más adelante. Cuando él y Claire salen, les mantengo abierta la verja principal y los tres subimos los escalones. Claire introduce el código para abrir la puerta y no se me escapa el ceño fruncido de Austin. Es como si acabara de darse cuenta por

primera vez de hasta qué punto las vidas de su hermana y la mía están entrelazadas.

Bien.

Cuando ya estamos dentro, Claire se acerca en silencio a la cafetera Nespresso e introduce una cápsula.

—Vamos a sentarnos y hablar con sensatez —dice, sonando mucho mayor que sus veinticuatro años.

Austin permanece de pie detrás de un taburete y me fulmina con la mirada.

—¿Cómo empezó esto? —exige mientras mueve un dedo entre Claire y yo—. Os odiabais.

—Del amor al odio hay un paso —señala Claire.

Deja la taza de café de Austin sobre la encimera.

Él resopla y su mirada se endurece.

—¿Amor?

Gira la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Eso es lo que le has contado? ¿Que la quieres? ¿Seduciste a mi hermana pequeña, Easton?

—Austin, basta. —Claire se coloca entre los dos, aunque estamos en lados opuestos de la isla—. Easton no me sedujo. Esto no es la Inglaterra victoriana. No necesito que protejas mi honor. Llevo años deseando a East y, cuando me mudé aquí, me aseguré de que lo supiera.

Austin y yo volvemos la cabeza hacia Claire al mismo tiempo. Ella se acomoda en un taburete, imperturbable, y da un largo sorbo al café.

—¿Quieres un té, East? Creo que cualquier cosa con cafeína hará que te cueste dormir esta noche.

Niego con la cabeza, asombrado por su actitud despreocupada.

—Vale. —Vuelve a mirar a su hermano—. Esto va a funcionar así. Tú... —Señala a Austin— vas a comprender que soy adulta. Estoy saliendo con Easton Scotch porque quiero y, por algún motivo incomprensible, porque él ve en mí algo que todos los demás parecen pasar por alto.

Austin hace una mueca, pero mantiene la boca cerrada.

—Y tú... —Claire me señala— vas a seguir esforzándote por ti mismo, por tu equipo y por mí. Le contaremos al resto de mi familia que estamos saliendo cuando estemos preparados, aunque preferiblemente más pronto que tarde.

Asiento.

—Los dos vais a sentaros en esta isla y hablar como hombres. Sois mejores amigos, estáis en el mismo equipo de hockey y los dos queréis y deseáis proteger a esta chica de aquí. —Se señala a sí misma—. No permitiré que exista esta tensión entre vosotros. Así que os pido, por mí, que arregléis vuestras mierdas para que podamos avanzar.

Se levanta de la isla con la taza en la mano.

—Estaré abajo viendo The Real Housewives of New Jersey. Gritad si me necesitáis, pero, si no conseguís arreglar esto, no prometo no empezar a volcar mesas como Teresa.

Dicho eso, Claire se marcha de la cocina.

Austin y yo nos fulminamos con la mirada. Suspiro y decido comportarme como un hombre.

—Me importa, tío. Muchísimo.

Austin entorna los ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Levanto las manos.

—Porque soy un puto desastre, Austin. Yo lo sé y tú también. Pero esa chica... —Señalo la puerta por la que ha desaparecido Claire— cree en mí. Me está ayudando más de lo que jamás podrías imaginar. Intento ser suficiente para ella y, para conseguirlo, no puedo soportar todo el ruido que los demás van a lanzar contra nosotros. Esto es demasiado reciente. Somos demasiado frágiles. Y yo sigo demasiado jodido.

Austin se pasa una mano por la cara.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi dos meses.

Suelta una maldición.

—¿Va en serio?

Asiento.

—Trataré bien a tu hermana, Austin. Siempre la pondré por delante. Siempre la protegeré, incluso de mí mismo si es necesario.

—¿Qué significa eso, Easton? —Su voz es afilada.

—Significa que Claire es mi prioridad. Más que preocuparme por tus sentimientos heridos o por lo cabreado que vaya a ponerse Joe. Más que jugar al hockey o conservar todo esto.

Abro los brazos para abarcar la casa.

—Algunos días solo consigo seguir adelante porque ella cree que lo haré. Es quien consigue que tenga fuerza, Austin. Y no pienso aprovecharme de su corazón, aunque tenga que destrozar el mío para proteger el suyo.

Austin sopesa mis palabras durante un largo minuto antes de asentir.

—Sigo jodidamente cabreado contigo.

—Lo sé.

—Trátala bien.

—Lo haré.

—Esto se queda fuera del hielo. El equipo va primero.

—De acuerdo.

Asiente y se dirige hacia la puerta.

—Pero todavía no estoy preparado para sentarme a tu mesa y charlar como si nada. Ahora mismo quiero estamparte el puño en la cara. Me mentiste, Easton.

Niego con la cabeza.

—Nunca te he mentado, Austin.

—Mentiste por omisión.

—Mi lealtad es hacia Claire —le digo para que sepa con exactitud cuál es mi postura.

Reflexiona sobre ello y asiente una vez.

—Supongo que no puedo enfadarme por eso, porque querría que el hombre que saliera con mi hermana la pusiera por delante.

Me fulmina con la mirada.

—Solo desearía que no fueras tú.

Sus palabras se estrellan contra el centro de mi pecho como el puñetazo de un campeón de artes marciales mixtas. Es un golpe devastador y necesito unos segundos para encontrar la voz.

—Lo entiendo.

—Bien —dice Austin mientras abre la puerta principal y sale.

No vuelve la mirada.

Cierro la puerta detrás de él. Un silencio pesado se instala en la casa. Sé que Claire y yo hicimos lo correcto al defendernos, al proteger esto que existe entre nosotros. Sé que hice lo correcto, lo maduro, lo propio de un hombre, al hablar a solas con Austin.

Lo sé.

Pero no lo siento.

Se me oprime el pecho y la presión aumenta dentro de mi cabeza hasta que las sienes empiezan a palpar.

Si lo he hecho todo como se supone que debía hacerlo, ¿por qué coño me siento tan desequilibrado? Como si acabara de desplazar nuestras vidas unos milímetros en la dirección equivocada y ahora los cimientos que nos conectan a Claire, Austin, Noah, Indy, todos los Merrick y a mí estuvieran temblando bajo nuestros pies.

DIECIOCHO
CLAIRE

—¡HOLA! ¿Qué tal el entrenamiento? —le pregunto a Easton cuando entra por la puerta principal.

Se detiene y cierra los ojos. Se pasa una mano por el pelo y guarda la bolsa de entrenamiento.

—Bien.

—¿Tienes hambre? —Apoyo el hombro contra el marco de la puerta y lo estudio.

Tiene sombras marcadas bajo los ojos y no se afeita desde el domingo. Parece agotado, pero es algo más. Desde que habló con Austin, se muestra frío y distante conmigo.

—Qué va. Ya he comido.

Cierra la puerta del armario y se frota la cara con una mano. Uno de sus dedos recorre la cicatriz.

—Vale. —Expulso el aire—. ¿Quieres...?

—Tengo que ver unos vídeos antes del partido del jueves —me interrumpe mientras se dirige hacia las escaleras—. Voy a acostarme tarde, así que... no me esperes despierta.

Agacha la cabeza para no tener que mirarme a los ojos. En el siguiente parpadeo, ya está a mitad de la escalera.

Me quedo observándolo con la boca abierta por la incredulidad. Un frío desagradable me recorre la espalda y se me revuelve el

estómago. ¿Easton me está dando largas? ¿Ha tenido unos días complicados en los entrenamientos? ¿Necesita un poco de espacio? Incluso mientras los pensamientos atraviesan mi cabeza, los reconozco por lo que son.

Excusas.

En lugar de reunir el valor necesario para mantener una conversación de verdad conmigo, Easton me está apartando. Me está demostrando que ha terminado conmigo. Que las cosas con mi hermano y con el equipo son demasiado inestables como para querer luchar por nosotros.

Por mí.

Su rechazo me duele más de lo que imaginaba. Muchísimo más que antes de convertirnos en compañeros de piso, antes de que me besara como si lo sintiera de verdad. Presiono el talón de la mano contra el centro del pecho, intentando aliviar parte de la presión que se acumula allí. Por tercera noche consecutiva, ocupo el tiempo viendo realities y rezando para que Easton aparezca, para que vuelva a invitarme a su cama. Sin embargo, duermo sola. Cuando me despierto por la mañana, él ya se ha marchado.

Su ausencia resulta devastadora. Me rompe el corazón y consigue que mi cabeza se acelere sin control. No puedo concentrarme en nada que no esté relacionado con él y, después de escribir mi tercera carta de presentación desastrosa, abandono la búsqueda de empleo y escribo a Rielle. Mi desesperación debe de notarse en el mensaje porque acepta quedar para tomar un café a pesar de que está trabajando.

Cuarenta minutos después, estoy sentada en la parte trasera de nuestra cafetería favorita, a punto de sollozar sobre un plato de scones.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rielle con expresión comprensiva.

—Es horrible —me lamento mientras me meto el pelo detrás de las orejas—. Austin nos pilló...

—¿Follando? —jadea.

Suelto una risa que se convierte a medias en sollozo y niego con la cabeza.

—No. Gracias a Dios, no. Solo nos estábamos besando, pero está furioso.

—¿Cómo de furioso? —Rielle arquea una ceja con escepticismo.

—Más cabreado que cuando usamos su mesa de hockey de aire para jugar al Alcohockey.

Rielle se atraganta con el macchiato y se lleva el dorso de la mano a la boca.

—Joder, aquella noche se puso hecho una fiera. Aunque, para ser justas, estábamos borrachas.

—Lo que lo enfureció fue que hiciéramos agujeros en la mesa para meter nuestros vasos.

Se ríe por lo bajo.

—Había olvidado que hicimos eso. ¿Cómo coño logramos utilizar herramientas eléctricas estando borrachas?

—No tengo ni idea —respondo mientras parto un scone por la mitad y me lleno la boca.

Que conste que Claire Merrick es una experta en comer por motivos emocionales. Es uno de mis muchos talentos.

—¿Qué ocurrió después de que Austin os viera? —Su tono se suaviza.

—Volvió a casa de Easton y yo intenté dejar claras las normas.

Rielle vuelve a levantar una ceja.

¿Por qué nadie me toma en serio?

—Por tu expresión, supongo que ya sabes que no funcionó.

—¿Se pelearon? —pregunta, y no se me escapa el destello de emoción que le ilumina los ojos.

Pongo los míos en blanco.

—No, Rielle. Easton básicamente le dijo a Austin que nuestra relación no era asunto suyo y que dejara de meterse.

A Rielle se le abre la boca.

—¿Estás de coña? —susurra emocionada—. Joder, Claire, le gustas muchísimo.

Entorno los ojos.

—Eso es lo que llevo tiempo diciendo. Estamos juntos en esto.

—Ya. —Hace un gesto con la mano—. Pero no sabía que te defendería de esa manera. Que se enfrentaría a Austin.

—Y que me defendería delante de papá.

—¿Qué?

Le cuento cómo Easton me apoyó con los logotipos para grupos y las portadas de discos.

Rielle asiente mientras hablo y su expresión se vuelve más curiosa con cada frase.

—Cariño. —Acerca el plato de scones para que pueda empezar con el segundo—. No lo entiendo. Esto es bueno, ¿verdad? Llevas muchísimo tiempo deseando a Easton y ahora está aquí, defendiéndote delante de tu familia, apostándolo todo por ti y contigo. ¿Por qué estás llorando?

Cierro los ojos. La siguiente parte es demasiado terrible para reconocerla en voz alta. Hay que reconocerle a Rielle que espera con paciencia, sabiendo que acabaré cediendo y le contaré todos los pensamientos preocupantes que repiquetea dentro de mi cabeza.

Inspiro para serenarme y admito:

—Creo que se arrepiente.

Se queda en silencio y me obligo a abrir los ojos.

Rielle me estudia durante un largo instante con expresión seria.

—¿Crees que se arrepiente de haberte defendido o...?

—No lo sé —admito—. Pero el domingo nos besábamos como adolescentes en casa de mis padres y, durante los últimos días, ya se ha marchado cuando me despierto. Anoche ni siquiera quiso que durmiéramos juntos. Llega tarde, menciona algo sobre ver vídeos de hockey o estudiar jugadas y se acuesta temprano.

Niego con la cabeza.

—Me está haciendo el vacío, Rielle. La semana pasada estaba planeando mentalmente nuestro futuro y ahora espero que termine conmigo.

Rielle frunce el ceño y se muerde el labio inferior mientras medita mis palabras.

—¿Crees que ha sido demasiado y demasiado pronto?

—¿Qué quieres decir?

—Claire, salió de rehabilitación hace solo unos meses. Durante este tiempo ha tenido que empezar de cero con el equipo, aceptar que Noah está ahora con Indy y tiene su propia vida y, además, ha

empezado algo bastante serio contigo. La única familia que tiene, sin contar a Noah, es la tuya. Si siente que su relación con ellos está en terreno inestable... —Se encoge de hombros—. Quizá solo esté intentando asimilarlo todo y le resulte demasiado abrumador.

—Puede ser —admito, odiando la posibilidad de que tenga razón.

¿He empujado de alguna manera a Easton demasiado cerca del precipicio? ¿Nuestra relación, o las consecuencias de su enfrentamiento con Austin, harán que tome una decisión que acabe costándole la ficha dorada de Alcohólicos Anónimos?

El miedo pesa en mi pecho mientras considero la posibilidad de ser responsable de la caída de Easton. La culpa me revuelve el estómago y aparto el plato de scones.

—Claire.

Levanto la mirada hacia los ojos sabios de mi mejor amiga. Apoya una mano sobre mi muñeca y se inclina hacia delante hasta que las puntas de su pelo oscuro rozan la mesa. Baja la voz.

—Esto no es culpa tuya.

—¿Y si lo es? —susurro, aliviada y avergonzada a la vez porque sea capaz de leerme el pensamiento.

—No lo es. Llevas enamorada de Easton...

—Toda la vida —termino por ella—. ¿Y si lo que siente por mí no es real? Quiero decir, ¿y si cree que lo es porque se ha dejado arrastrar por el momento? Pero ¿y si en realidad solo soy una distracción mientras el resto de su vida parece estar fuera de control?

El horror se apodera de mí.

—Dios mío —susurro—. ¿Crees que soy su muleta?

Rielle vuelve a morderse el labio inferior. Es algo que hace cuando tiene un millón de cosas que decir, pero no sabe si debería pronunciarlas.

—Dilo —la insto.

—No lo sé. —Niega con la cabeza y parece desdichada—. Al principio pensé que quizá sí.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque estabas muy feliz —admite—. Y te mereces ser feliz, Claire. Sé que este último año ha sido difícil para ti con la búsqueda

de empleo. Savannah está ahora en Nueva York, Indy va a tener un bebé y sé que yo nunca estoy disponible de verdad.

Sus ojos se oscurecen y una expresión que no comprendo atraviesa su rostro. Se aclara la garganta y sus facciones vuelven a relajarse.

—Easton consiguió devolverte gran parte de esa chispa alegre que tienes, y te sentaba de maravilla. No quería llenarte la cabeza de mierda pesimista cuando estabas flotando de felicidad. Además, tampoco lo sabía con certeza. Nunca os he visto juntos. Cuando me contaste cómo te defendió delante de tu familia... Sí creo que siente algo más profundo por ti. Es solo que todo junto y precisamente ahora podría ser demasiado para él.

Asiento mientras pienso en sus palabras.

—Sí, quizá.

—Tienes dos opciones.

Miro a Rielle y espero a que continúe.

—O lo presionas para que te dé una respuesta o le das algo de espacio.

Suspiro y me recuesto en la silla.

—No quiero ponerlo contra las cuerdas. Además, esta noche se marcha para jugar fuera. No volverá hasta el viernes.

—Entonces ¿por qué no le propones que quede con Noah y hagan una noche de chicos el viernes o el sábado? Quizá su hermano pueda ayudarlo a aceptar la tensión con Austin y a ordenar sus pensamientos. Y tú sales conmigo.

Abro la boca de par en par.

—¿Salir contigo? Ri, llevo meses suplicándote que vengas de fiesta conmigo. O que al menos tomemos algo en un sitio que no sea casa de Indy o la tuya.

Suspira y se frota la frente con los dedos.

—Lo sé. He sido una amiga de mierda, Claire. Pero el trabajo ha estado de locos y yo... Bueno, yo también necesito desahogarme.

Entorno los ojos ante ese mensaje críptico.

—¿Qué pasa?

Niega con la cabeza y me dedica una sonrisa fugaz.

—Nada. Hoy no estamos hablando de mí. Nos centramos en ti. ¿Qué dices? ¿Salimos este fin de semana?

Vacilo, porque no quiero rechazar a Rielle después de llevar desde el verano intentando convencerla para que salga conmigo. Por otro lado, Aiden Hardsin, el mejor amigo de Indy, se puso en contacto conmigo para ir a ver actuar a Big Roxi el sábado por la noche.

—Aiden, el amigo de Indy...

—¿El abogado especializado en entretenimiento?

—Sí. Me invitó a acompañarlo el sábado. Va a ver a un grupo de bluegrass y, más tarde, a un rapero que actúa cerca de tu casa. ¿Quieres venir? Siempre podemos ir a algún club después.

Me obligo a añadir la última parte. Porque ahora una noche en un local oscuro, con música palpitante y decisiones imprudentes, no me resulta tan tentadora como hace unos meses. Antes ansiaba salir de fiesta. Ahora ansío pasar las noches en el sofá con Easton. Menos mal que Indy animó a Aiden a ponerse en contacto conmigo. De lo contrario, no estaría explorando la escena musical en busca de clientes con tanta intensidad como debería.

Y mi vida social sería inexistente.

Rielle sonríe sin el menor rastro de juicio.

—Claro, parece divertido.

Se levanta de la mesa.

—Lo siento, cariño, pero de verdad tengo que volver al trabajo. Ya me darás los detalles para el fin de semana. Si no te apetece salir de fiesta, siempre podemos cenar antes de reunirnos con Aiden.

—Sí, puede estar bien—coincido.

—¿Quieres salir conmigo o quedarte un rato más?

Miro alrededor de la silenciosa cafetería. Hay un parón en la actividad, ese periodo entre el almuerzo y la llegada de la gente que sale de trabajar. Si regreso a casa de Easton, corro el riesgo de alterar todavía más su estado de ánimo y acabar sintiéndome peor conmigo misma. Miro el plato, donde queda medio scone.

—Me quedaré un rato.

—Vale.

Rielle me rodea el cuello con un brazo y me da un abrazo rápido.

—Hablamos luego. Llámame si me necesitas. En serio.

Me dedica una mirada firme.

Consigo esbozar una pequeña sonrisa.

—Lo prometo.

—Estarás bien, Claire —dice mientras se despide con la mano.

La observo marcharse y expulso un suspiro. Una oleada de emociones retumba dentro de mí mientras recuerdo las últimas noches. La soledad que me atravesaba cuando Easton llegaba a casa y me miraba con un dolor apenas disimulado en los ojos. Es como si mi presencia le hiciera daño. Los abrazos cálidos y los encuentros ardientes han desaparecido. Durante semanas nunca teníamos suficiente el uno del otro. Nuestros cuerpos estaban tan sincronizados que me preguntaba cómo había podido vivir tantos años y salir con otros hombres sin experimentar la intensidad y la pasión que compartía con Easton.

Ahora caminamos con pies de plomo a nuestro alrededor. Existimos en el mismo espacio sin conectar. Todo es educado y cordial, frío y rígido. Lo miro y veo tanto al hombre al que amo y que está sufriendo como a un desconocido al que no reconozco.

¿Cómo puede cambiar tanto en tan poco tiempo? ¿Cómo puedo estar en la misma habitación que Easton y sentir que se encuentra al otro lado del mundo?

Me termino lo que queda del segundo scone cuando mi teléfono emite un pitido.

Bajo la mirada hacia el correo que acaba de llegar y el corazón se me atasca en la garganta al leer el asunto.

Entrevista telefónica.

Me tiemblan los dedos mientras deslizo la pantalla para abrir el mensaje y recorro el contenido con rapidez. Una empresa farmacéutica de Nueva Jersey busca una diseñadora gráfica para incorporarse a su equipo de envases farmacéuticos. Es un puesto de nivel inicial, con un sueldo estándar y un paquete de prestaciones.

Trago saliva. Una pizca de orgullo me asciende por la garganta, pero desaparece al comprender que pasaría el día entero diseñando envases médicos convencionales, sencillos y genéricos. Está a años

luz de las portadas de discos emocionantes, creativas y provocadoras en las que he trabajado durante las últimas semanas.

Aun así, es un empleo. Un trabajo de verdad, de nueve a cinco y catorce días de vacaciones al año, de esos que enorgullecerán a mi padre.

Expulso una respiración profunda y dejo caer el teléfono dentro del bolso. Aunque debería estar feliz y aliviada, cualquier sentimiento positivo queda eclipsado por la distancia de Easton. Siempre pensé que mis amigas que se obsesionaban tanto con los hombres eran ridículas, pero ahora comprendo lo difícil que resulta luchar contra las emociones de estar irremediable y desesperadamente enamorada de alguien.

Es horrible.

Me levanto, cojo la cartera y camino hasta el mostrador. Después pido otro café con leche y una galleta con pepitas de chocolate.

DIECINUEVE

EASTON

LA MIRADA de Austin es puro acero cuando pasa patinando junto a mí. Me vuelvo y lo observo, pero él sigue adelante y llama a Torsten y James, nuestra línea defensiva.

La mano de Noah se posa sobre mi hombro.

—Tranquilo.

Miro a mi hermano. Todo en él es distinto a mí. Él tiene los ojos oscuros y yo he heredado el azul de mi padre. Él es fiable y responsable; yo, temerario y salvaje. Noah es un ciudadano ejemplar y yo vivo al límite. Él sabe controlar el alcohol y yo soy un puto alcohólico.

¿Cómo pueden dos hermanos ser tan diferentes?

Nos criaron de la misma forma, unos padres amargados y negligentes, en una casa vacía y cargada de tensión. Crecimos entre pellizcos dolorosos y comentarios hirientes. Los dos volcamos toda nuestra energía y concentración en el hockey.

Pero Noah siempre ha sido el mejor de los dos. La mayoría de las oportunidades que tuve en el hockey llegaron gracias a él. Su destreza sobre el hielo me consiguió un contrato mejor cuando nos vendió como un dúo. Mi hermano siempre me ha cubierto las espaldas. Todo el mundo sabe que yo no sería el jugador que soy sin Noah.

Sobre todo mi padre.

Mientras miro esos ojos opuestos a los míos, recuerdo las noches en que papá montaba la portería detrás de la casa. Hacía un frío abrasador. De ese que te congela ciertas partes del cuerpo y consigue que el aire caliente queme más de lo que reconforta. Durante horas, papá lanzaba botellas y latas de cerveza vacías contra mi cabeza. Me recordaba, con su fuerza y sus palabras, que yo no valdría absolutamente nada, que sería todavía más inútil que él, de no ser por Noah.

Pero yo era un hijo de puta arrogante con una autoestima inexpugnable.

No es hasta ahora, en este preciso momento, cuando comprendo que papá tenía razón. Levanto el guante para recorrer la cicatriz que me atraviesa la ceja, pero la visera me estorba y dejo caer la mano.

De no ser por Noah, ya me habría ido por el desagüe en lugar de limitarme a dar vueltas alrededor.

Un hombre como mi hermano merece su enorme sueldo, sus admiradores entregados y una mujer como Indy. Un tío como yo solo cobra gracias a él, solo tiene seguidores gracias a él y jamás conservará a una mujer como Claire.

—Eh. —Noah me sacude el hombro—. ¿En qué coño estás pensando?

Me da un golpe en el casco y me observa con atención.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me aclaro la garganta y me aparto de su contacto.

Lo último que merezco es consuelo.

—Estoy bien.

Noah vuelve a estudiarme. Sé que intenta descifrarme. Frunce el ceño con preocupación y lo odio intensamente. Odio que, después de tantos años, Noah siga cargando con la preocupación constante por mí.

También odio no ser capaz de ordenar la cabeza desde el domingo por la noche. Todo se ha torcido. No sé exactamente qué cambió, pero ahora que Austin sabe lo de Claire y yo, todas las dudas que tenía sobre nuestra relación han salido a la superficie. Ya no estamos envueltos en nuestra luna de miel, sino sumergidos en la

realidad. Si Claire y yo planeamos el futuro que deseo, ¿heredará toda la preocupación que Noah soporta por mí? ¿Pasaré los días analizando mis cambios de humor? ¿Ocultaré la inquietud detrás de sonrisas nerviosas? ¿El pánico se apoderará de ella cuando haya tráfico y yo tarde en volver a casa? Un millón de situaciones me inundan la cabeza y todas son una mierda. Porque todas muestran, con una claridad perturbadora, la cantidad de energía que les robo a quienes más cerca están de mí.

—Vamos a colocarnos. —La voz de Noah es seca.

Asiento y patino hasta mi posición para el saque neutral. Hoy jugamos un partidillo. Esta noche volamos a Houston. La próxima semana tenemos tres encuentros complicados contra rivales duros. El disco cae y Austin se hace con él, pasándoselo a Noah aunque yo estoy libre. Resoplo, consciente del juego que se trae.

La rabia —contra Austin, contra mi padre y contra mí mismo— me alimenta. Dejo que hierva dentro de mis venas y la utilizo para superar el partidillo. Gracias a mi hermano, tengo años de memoria muscular en los que apoyarme porque hoy no tengo el corazón en el hielo.

—Tienes una pinta horrible —dice Torsten.

Me sostiene la puerta cuando salgo del estadio.

Esperaba escabullirme sin que nadie se diera cuenta, pero Torsten se me ha adelantado tres pasos en sus propias prisas por marcharse después del entrenamiento de hoy.

—No duermo demasiado bien —respondo con voz áspera.

Su sonrisa desaparece y entorna los ojos hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sip.

Hago estallar la pe de la palabra y sé que Torsten sabe que estoy soltando una mentira de mierda. Ajusto la correa de la bolsa de deporte y me la coloco más arriba sobre el hombro.

—Venga, tío. Sea lo que sea que pasa entre Austin y tú, acabará solucionándose.

Niego con la cabeza.

—Esta vez no.

Torsten frunce el ceño. Cruza los brazos sobre el pecho y cambia de posición para protegerse la cara del viento.

—Sea lo que sea, no puede ser tan grave. A menos que te bebieras todo el vino bueno de Mary o intentaras algo con Claire...

Levanto los ojos de golpe al oír su nombre.

Comprende la situación al instante y suelta una maldición.

—¿Tú y Claire?

Asiento.

—¿Estás de coña? Claire Merrick no es una simple...

—No termines esa frase —le advierto, acercándome—. Sé exactamente quién es Claire. Sé que no soy bueno para ella. Sé que nunca seré digno de ella. Lo sé y aun así lo hice porque es jodidamente... Claire.

Suspiro y me paso una mano por la cara. Lo último que quiero es tener esta conversación con un compañero de equipo. Pero ya es demasiado tarde.

—No fue un polvo cualquiera, ¿vale? Me importa, tío.

Torsten me observa durante un largo instante antes de asentir. Da un paso atrás y niega con la cabeza.

—Cuando la cagas, Scotch, siempre te metes de lleno hasta el puto fondo. Te juro que nunca he visto a nadie arriesgar tanto su futuro y sus amistades como tú. Algún día tendrás que hacerte responsable de las mierdas que montas. Arregla las cosas con Austin. El equipo cuenta con ello. Y no juegues con Claire. No se merece tus gilipolleces. Soluciona las cosas con ella antes de subir al avión esta noche.

Me muerdo el labio y me doy la vuelta, aunque lo que de verdad quiero es echar el puño hacia atrás y clavárselo en la garganta. Pero no lo hago porque tiene razón. Las últimas tres veces que salí con Torsten, volví a casa con una mujer distinta. En una ocasión ni siquiera llegamos a casa. Me la follé en el baño de hombres y Torsten nos pilló. Por supuesto que no me quiere cerca de Claire. Es

como la hermana pequeña adoptiva del equipo y yo soy el tío que lo estropea todo.

La única razón por la que todavía no me han partido la cara es Austin y Noah.

Y ahora también he perdido por completo la confianza de Austin.

—Joder —maldigo mientras lanzo la bolsa al maletero del coche.

Me siento al volante y conduzco hasta casa. Una parte de mí espera que Claire esté allí para poder rodearla con los brazos, besarla hasta dejarla sin sentido y sentir algo que no sea odio hacia mí mismo y desesperación.

Pero la parte más sensata desea que ya haya hecho las maletas y se haya largado. Porque, aunque yo no soy lo bastante fuerte para mantenerme alejado de Claire como debería, ella sí tiene el sentido común necesario para saber que no debe quedarse esperándome. Lo único que puedo ofrecerle es un corazón roto, y el único corazón que me ha importado no destrozar jamás es el de Claire.

Cuando llego a casa, me invade la decepción. No está. La casa se encuentra impecable, todo perfectamente colocado como a ella le gusta. Pero falta su calidez y mi hogar queda teñido de un gris apagado.

Me sirvo un vaso de agua y me dejo caer sobre un taburete de la cocina. Miro el teléfono e ignoro los mensajes de Noah preguntándome cómo estoy. Su preocupación añade otra capa de culpa a mi estómago. ¿Cuándo comprenderá Noah que no puede salvarme él solo? ¿Que la mayoría de los días ni siquiera merezco que me salven?

Me bebo el agua en tres tragos. La puerta principal se abre y me quedo inmóvil. Mi mirada vuela hacia el recibidor.

Mi ángel entra por la puerta con el pelo rubio amontonado sobre la cabeza como un halo. Se mueve despacio, como si estuviera aturdida. Frunzo el ceño y me incorporo mientras avanza hacia la cocina, dejando caer el bolso al pie de las escaleras.

Cuando entra, da un respingo y presiona el talón de la mano contra el pecho.

—Me has asustado.

—Lo siento —digo sin sonar arrepentido en absoluto.

Nada nuevo.

—No pensaba que estarías aquí.

—El entrenamiento terminó antes.

Asiente y se sirve un vaso de agua. Observo sus movimientos y percibo la desconexión entre sus acciones y sus pensamientos. Parece apagada. Cuando levanta la mirada, veo que tiene los ojos enrojecidos y los párpados hinchados.

El golpe me alcanza sin previo aviso. He hecho llorar a Claire. A mi Claire.

En este instante me odio todavía más que la noche en que la botella de cerveza de papá me golpeó en la ceja, me abrió la piel y acabé con cinco puntos. Aquella noche me desprecié por permitir que se saliera con la suya. Ahora me desprecio por haber colocado a Claire en esta situación.

Me aproveché de su bondad y su dulzura, y ahora la he abierto en canal y he hecho que sus lágrimas caigan como lluvia. Me muero por acercarme a ella. Por rodearla con los brazos, estrecharla contra mi pecho y respirar el aroma de su pelo. Quiero susurrarle palabras tranquilizadoras al oído, presionar los labios contra su piel y convencer a su cuerpo y a su mente para que se relajen.

En lugar de hacerlo, me obligo a permanecer sentado. Dejo caer las manos sobre el regazo y las cierro en puños bajo la isla, fuera de la vista de Claire. No quiero que sepa cuánto me afecta. Quiero que siga adelante para poder tener la vida que se merece.

Con un hombre que la merezca.

Dios, imaginarla con otro tío me corta por dentro. Me arde el pecho como si un ejército de hormigas rojas hubiera invadido el espacio y el pie me golpea el travesaño del taburete con un ritmo seco y entrecortado.

Claire deja el vaso de agua. El silencio continúa en la cocina y añade un brillo de rabia a nuestro enfrentamiento mudo.

—¿Vas a decir algo? —me pregunta en voz baja.

—Esta noche vuelo a Houston.

—Ya.

—Vuelvo mañana por la noche. Voy a pasar unos días en casa de Panda —me obligo a decir.

Se le descompone el rostro.

—No tienes que hacer eso. Puedo haberme marchado de aquí para cuando vuelvas mañana.

¡No!

Quiero gritarlo con tanta fuerza que revienten las putas ventanas. En lugar de hacerlo, niego con la cabeza.

—Quédate. Esta también es tu casa.

Suelta una risa incrédula.

Me pellizco el puente de la nariz y rezo para obtener un poco de claridad mental.

—Solo necesito un minuto, Claire. Necesito algo de tiempo y de espacio para ordenar toda la mierda que tengo en la cabeza.

—Podrías hablar conmigo —se ofrece.

Niego con la cabeza.

—No es algo bonito, cariño.

—Me da igual.

En cuanto lo dice, sé que habla en serio, y eso me hace sentir todavía peor.

—Sé que te da igual —admito, sintiendo más por ella en este instante de lo que jamás he sentido por nadie.

Las emociones me arrollan y me ahogan con su intensidad. Durante un segundo, lo único que puedo hacer es contemplar sus ojos de zafiro y la peca que tiene justo debajo de la comisura derecha de la boca, y desear que las cosas pudieran ser distintas entre nosotros.

Que yo pudiera ser distinto.

Menos yo.

—No quiero que te mudes. Sé que no he sido justo contigo. Te estoy dejando fuera desde el domingo y lo de Austin... Es solo que necesito un minuto —repito.

Asiente con los ojos llenos de lágrimas. Hay que reconocerle que no permite que caiga ninguna.

—Vale.

Me bajo del taburete.

—Tengo que hacer la maleta. Volveré a hablar contigo el sábado.

—Claro —responde sin comprometerse.

Cuando llego a las escaleras, me obligo a darme la vuelta. Preparo el equipaje, me doy una ducha rápida y me visto para dirigirme al aeropuerto. Para cuando vuelvo a bajar, Claire se ha marchado.

VEINTE CLAIRE

COMO SOY MASOQUISTA, veo el partido de Easton en Houston. Por primera vez esta temporada, le gana minutos de juego a Sims y pasa todo el tercer periodo sobre el hielo. Verlo deslizarse sin esfuerzo entre los jugadores, manejando el disco como si fuera una prolongación de su stick, me deja un poco sin aliento. Está concentrado e intenso, con una fuerza y una destreza silenciosas vibrando a su alrededor como un aura.

Estoy sentada en el borde del sofá de la sala de juegos de East, con las uñas entre los dientes, contemplando cómo Easton, el dios del hockey, resurge de las cenizas como un fénix. Su juego es impresionante, evoca el de temporadas anteriores, antes de que se hundiera, antes de que empezara a dar que hablar por culpa de su alcoholismo.

El Easton de esta noche es el hombre del que me enamoré por primera vez y me aferro a las imágenes que aparecen en ESPN con el aliento congelado en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Después del último gol de Easton, los Hawks ganan seis a tres. Easton ha marcado dos goles y ha dado una asistencia, convirtiéndose en un héroe aclamado en cuestión de horas.

Apago el televisor en cuanto termina el partido. Esta noche, el equipo saldrá de fiesta a lo grande. Easton se dejará arrastrar por la

emoción de una victoria enorme, eufórico por sus propios logros, y entrará en cualquier club como si fuera el dueño.

Todos los pensamientos sobre lo que podría salir mal repiquetea dentro de mi cabeza y cierro los ojos con fuerza. Odio estar tan obsesionada con él. Odio haber permitido que mi mundo gire alrededor de Easton y de lo que siente por mí. Durante años lo observé desde lejos. Sentía cosas enormes por él, pero sabía cómo manejarlas. Convencida de que jamás se sentiría atraído por mí, seguía saliendo, yendo de fiesta, teniendo citas y divirtiéndome. Pero ahora, sabiendo que Easton se aleja un poco más con cada día que pasa, no consigo hacer otra cosa que compadecerme de mí misma.

—¡Aaargh! —Dejo escapar un grito estrangulado y cabreado antes de desplomarme contra el sofá.

Tengo que recomponer mi vida. No puedo limitarme a existir en este limbo emocional mientras Easton se toma un tiempo para sí mismo.

Yo también necesito tomarme tiempo para mí.

Me obligo a incorporarme y cojo el teléfono. Ignoro la punzada de decepción al comprobar que no hay ningún mensaje de East. Ni siquiera uno preguntando si he visto el partido.

Abro el correo y compruebo dos veces la hora de la entrevista telefónica de mañana. Las once. Aunque no me entusiasma especialmente diseñar envases médicos, incluso yo sé que no debería rechazar la oportunidad de hacer una entrevista.

Easton siempre fue una apuesta arriesgada. Me viene a la cabeza el viejo dicho: si algo parece demasiado bueno para ser verdad, seguramente lo sea.

Suspiro, me levanto, subo las escaleras, me doy una ducha y me dejo caer sobre la cama. Mañana empezaré de cero. Mañana conseguiré una oferta de trabajo.

Mañana me dolerá un poco menos el corazón.

—Cuéntamelo todo —exige Indy, pasando junto a mí en el recibidor y dirigiéndose hacia la cocina.

Se sirve de inmediato una cápsula descafeinada de Nespresso.

—Soy demasiado tacaña para comprarme una de estas —me cuenta por encima del hombro—, pero estoy un poco obsesionada.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a sentarme en el taburete de la barra.

—¿Quieres gofres? —Vierto una cantidad generosa de sirope sobre el mío.

—No, gracias. Ya he comido. —Indy se apoya contra la encimera mientras espera el café—. No puedo creerme que no me contaras lo de la entrevista telefónica. Podría haberte ayudado a prepararla.

—Eres la única persona a la que se lo he contado. Y no necesitaba ayuda para prepararla. Pero gracias —añado al ver su expresión.

—Espera, ¿todavía no se lo has dicho a tus padres?

Niego con la cabeza.

—¿A Austin?

—No.

—¿A East?

La fulmino con la mirada.

—¿Por qué no se lo has contado a nadie? —pregunta, incrédula.

Mastico un bocado enorme de mi delicioso gofre belga con una dosis extra de sirope de arce. Es muy propio de los hermanos Scotch tener una gofrera sofisticada que jamás han utilizado.

Hasta ahora.

—Para empezar, quiero saber primero si me dan el trabajo.

—Es justo.

—Y... —añado, sabiendo que solo admitiré la verdad ante ella y Rielle— no estoy segura de quererlo siquiera.

Indy hace una mueca.

—¿Por qué no? Es un buen puesto para principiantes en una empresa respetable.

—En Nueva Jersey —señalo.

Indy se encoge de hombros.

—A veces tienes que mudarte allí donde está la oportunidad.

—Diseñando envases médicos.

—Es un puesto de diseño gráfico.

Arrugo la nariz mientras Indy me observa pensativa.

—No te hace ilusión —afirma.

—No me hace ilusión —coincido.

—¿Sigues pensando ir a ver al rapero con Aiden el sábado?

Asiento.

—¿Sabes algo de East?

Niego con la cabeza y aprieto los labios para contener la emoción que se me acumula al oír su nombre.

Indy me dedica una mirada comprensiva.

—Lo siento, Claire. Odio que te esté haciendo sentir así.

—Pero... —la insto, sabiendo que quiere decir algo más.

—Pero ¿no crees que las cosas entre vosotros sucedieron muy deprisa? Quiero decir, en cuestión de semanas pasasteis de fulminaros con la mirada y de que te dolieran sus palabras porque te llamaba «niña» a desnudaros juntos y planear un futuro.

Suspiro, odiando que Indy se haga eco de Rielle. Aun así, no puedo descartar sin más su observación, ya que es la segunda vez que la escucho.

—Puede ser.

—Necesita tiempo —dice—. Y tú no puedes quedarte esperándolo mientras se lo toma.

—Odio sentir que estoy en el limbo —admito—. No sé qué lugar ocupo en su vida y me está volviendo loca. Casi es peor esperar que saberlo, aunque la decisión que tome no sea la que yo quiero.

—Bueno, ¿y qué hay de lo que tú quieres? —pregunta Indy antes de beber un sorbo de café—. No tienes que quedarte esperándolo. Estás eligiendo hacerlo.

Dejo que sus palabras calen y asiento despacio.

—Tienes razón.

—Tómate también un tiempo para ti, Claire. Piensa en la clase de futuro que deseas. Easton es un gran hombre. Es el hermano de Noah, el tío de mi bebé y me importa. Pero tú también me importas. La recuperación de East es reciente. Y frágil. Siempre vas a preocuparte por él. Puede haber más momentos en los que necesite

tiempo y espacio. ¿Estás dispuesta a soportarlo? ¿Puedes vivir así? —pregunta señalándome.

Me muerdo la comisura del labio. ¿Puedo vivir así? Tengo el estómago hecho un nudo y la garganta se me cierra por demasiadas emociones desesperadas que no tienen adónde ir. Me siento inútil, sin ningún valor y... dolida.

—No lo sé —admito.

Indy levanta una ceja, pero su tono es amable cuando dice:

—Pues este es un buen momento para pensarlo.

—Sí —respondo—. Rielle me propuso salir el sábado por la noche. Después de lo de Aiden. Hacer una noche de chicas.

—Hace mucho que no tenéis una.

—Ya lo sé. Supongo que me sentía... —Dejo la frase en el aire y aprieto los labios.

—Culpable —aporta Indy, leyendo correctamente mis pensamientos—. Porque no querías salir a beber mientras Easton se quedaba en casa trabajando en su sobriedad.

—Sí.

—Bueno, los chicos han vuelto esta mañana. Noah está durmiendo, pero me ha dicho que Easton ha decidido quedarse en casa de Panda. Si no ha vuelto para el sábado...

Deja la frase flotando en el aire.

—Entonces saldré con Rielle. Tendré una noche para despejarme y divertirme. Y el domingo por la mañana haré las maletas.

Indy asiente con expresión seria.

—Creo que es una buena idea.

Expulso un profundo suspiro.

—Yo también.

Desde un punto de vista lógico, creo que es lo más sensato. Pero, emocionalmente, la idea de marcharme duele. Duele profundamente y una oleada de angustia me atraviesa.

No solo porque no quiero regresar a casa de mamá y papá.

Sino porque de verdad no quiero dejar a Easton.

CLAIRE

Me apunto. Salgamos esta noche, a lo grande.

RIELLE

¡Gracias a Dios! Necesito desahogarme muchísimo.

CLAIRE

???

RIELLE

Ni siquiera merece la pena explicarlo. Solo ten en cuenta que quizá tengan que llevarme a casa en brazos.

Claire

👍 Me encargo. He quedado con Aiden a las nueve.

RIELLE

¿Sabes algo de Easton?

CLAIRE

Nada.

RIELLE

Uf. Lo siento, cariño.

CLAIRE

¿Quizá sea lo mejor?

RIELLE

👩 Prométeme que esta noche te divertirás.

CLAIRE

Es lo único a lo que puedo aspirar.

RIELLE

Voy yo a tu casa. ¿Pedimos un Uber para reunirnos con Aiden?

CLAIRE

Buen plan. ¿Vienes a las siete? ¿Cenamos primero?

RIELLE

¡Me encanta! Nos vemos entonces.

Lanzo el teléfono sobre la cama y rebusco en el armario. Paso las perchas hasta encontrar un vestido de infarto que no me pongo desde hace siglos. Sonrío y saco el vestido azul marino, ceñido, corto y sexy, cuyo escote desciende hasta justo encima del ombligo y hace resaltar mis ojos. Roza lo putón, pero de una forma que me proporciona justo la dosis extra de confianza que necesito.

Sobre todo esta noche.

Me tomo mi tiempo para rizarme las puntas del pelo y hacerme un maquillaje de ojos ahumado. Me pinto los labios, me pongo unos enormes aros y me rocío con perfume.

Estoy bajando las escaleras con los tacones en la mano cuando suena el timbre y abro de par en par para recibir a Rielle.

—¡Joder, tía! ¡Estás buenísima! —A mi mejor amiga se le abre la boca.

Me río, tiro de ella hacia el interior y la envuelvo en un abrazo rápido.

—Déjame ver qué llevas puesto.

Se quita el abrigo de invierno con un movimiento sensual y yo aplaudo al ver su diminuta minifalda de cuero negro y su blusa blanca transparente, abierta en los costados.

—Guau.

—Siento como si hubiéramos vuelto a la universidad. —Rielle se ríe mientras saca una botella de vodka del bolso.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—Rielle, eso fue el año pasado.

Se ríe todavía más fuerte y pasa junto a mí en dirección a la cocina.

—Rielle, espera —digo, incómoda ante la idea de beber alcohol en casa de Easton.

Está rebuscando en los armarios. Cuando encuentra los vasos, coge dos. Me mira por encima del hombro y, al encontrarse con mis ojos, se queda inmóvil.

—¡Mierda! Ni siquiera lo había pensado. —Niega con la cabeza—. Lo siento, Claire. Vámonos de aquí. Tomaremos algo en el restaurante.

El alivio se desenreda dentro de mi pecho.

—Vale.

—¿Puedo usar primero el baño?

—Claro. Arriba, primera puerta a la derecha.

—Gracias.

Rielle me dedica una sonrisa y sube las escaleras a toda velocidad.

Termino de arreglarme, me pongo los zapatos y preparo el bolso de mano. En cuanto Rielle está lista, salimos al frío de la noche y pedimos un Uber hasta un restaurante moderno del centro que ninguna de las dos ha probado.

Para cuando Rielle y yo nos reunimos con Aiden, ya noto el alcohol. Estoy un poco mareada, bastante risueña y soy una conversadora excelente. Aiden Hardsin es muy agradable a la vista, con el pelo rubio peinado de forma desordenada y unos enormes ojos azules. Va vestido como si un abogado de armas tomar y un hipster de Brooklyn hubieran chocado entre sí: americana entallada, pañuelo elegante en el bolsillo, vaqueros remangados y botines Chelsea. El conjunto no debería funcionar, pero él lo lleva sin el menor esfuerzo.

—Hola, Claire.

Me abraza para saludarme y se ríe cuando tropiezo. Apoya una mano en mi espalda para sujetarme.

—Veo que habéis empezado la fiesta antes de venir.

Miro hacia atrás para comprobar si está enfadado porque, técnicamente, él está aquí por trabajo.

Y yo también.

Pero Aiden me sonrío, divertido, y se vuelve para presentarse a Rielle.

—Vale —dice mientras nos conduce hacia la entrada del local.

Una cola ya serpentea hasta la esquina de la calle y un portero corpulento protege la puerta con expresión de pocos amigos.

—Tomaremos unas copas y escucharemos a algunos de los teloneros. Me gustaría hablar con Big Roxi antes de su actuación porque, si todo sale bien, después habrá demasiado caos. Asegúrate de presentarte y hablarle de tu trabajo. Propón también cualquier idea que tengas para el merchandising. ¿Tienes tarjeta de visita?

Niego con la cabeza y recupero parte de la sobriedad. Debería haber pensado mucho más en esto. ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué nunca me preparo como debería? El rubor me asciende por el pecho mientras la preocupación se despliega en mi estómago.

Aiden debe de advertir mi inquietud porque niega con la cabeza.

—Te juro que es todo muy informal. No te preocupes. Solo quiero asegurarme de que tengas la oportunidad de hablar con él. Sé tú misma, Claire. Puedes hacerlo.

Aiden me empuja hacia delante e intercambia unas palabras con el portero.

Un instante después, Rielle y yo caminamos por un local abarrotado. Está oscuro y lleno de humo, y cuando Rielle me agarra de la mano y mira por encima del hombro, veo la emoción ardiéndole en los ojos.

Aiden nos guía hasta la barra y pregunta qué queremos beber. Después de tomarnos cada uno un chupito de Fireball, empiezo a relajarme. Este ambiente, el club, el ritmo palpitante y las expresiones soñadoras de los amantes de la música son algo que conozco bien.

Puedo hacerlo.

Aiden, Rielle y yo escuchamos a dos teloneros antes de que nos lleven entre bastidores para hablar con Big Roxi. En cuanto lo conozco, me deslumbra. Tiene una energía tranquila que lo envuelve como un aura. Sus ojos oscuros son cálidos y su sonrisa, relajada.

—Hola, tío, encantado de conocerte. Soy Aiden Hardsin, del bufete Pierce Parke Entertainment Law Group —se presenta Aiden.

Durante la conversación, Big Roxi escucha con atención y hace varias preguntas.

Demasiado pronto, Aiden apoya una mano en el centro de mi espalda y me empuja hacia delante.

—Esta es Claire Merrick. Está haciendo trabajos por cuenta propia para artistas de Boston, sobre todo para The Burnt Clovers.

Big Roxi me recorre con la mirada sin ninguna prisa. Cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta.

—¿Eres la chica de Derek?

Me río y niego con la cabeza.

—No, solo somos amigos.

Le tiendo la mano y él la acepta. Me estudia mientras la sostiene un instante más de lo necesario. Satisfecho, la suelta, asiente y me sonrío con calidez.

—Vale. Bueno, he visto parte de tu trabajo y me ha impresionado. Busco ideas nuevas para el merchandising. Estoy a punto de salir... —Inclina la cabeza hacia el escenario—, pero, si tienes tiempo para quedar, me encantaría hablar de algunas propuestas.

—Por supuesto. Sería genial.

Le entrego una servilleta de la barra con mi número y mi dirección de correo electrónico.

—Todavía no tengo tarjetas de visita ni nada parecido.

Me sonrojo.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Te entiendo. Cuando las cosas suceden en esta industria, suelen hacerlo de forma inesperada.

Se guarda la servilleta en el bolsillo trasero.

—Como mínimo, tu método es memorable.

Sonrío, aliviada porque esté dispuesto a reunirse conmigo aunque probablemente sea la persona peor preparada del planeta.

—Me pondré en contacto contigo —dice con una voz profunda y retumbante.

Una mujer se coloca a su lado, toda belleza y elegancia, y le aprieta la mano.

—Buena suerte, cariño.

Él la besa con dulzura y resulta evidente que están juntos. Se vuelve y mira a Aiden, Rielle y a mí.

—¿Nos vemos luego?

Asentimos y observamos cómo Big Roxi sube al escenario. Un murmullo recorre al público y la energía cambia. Empieza a sonar una base y, en cuestión de segundos, la energía silenciosa de Big Roxi estalla en un torrente salvaje de palabras con muchísimo más significado del que aparentan.

Se adentra sin pedir disculpas en cuestiones políticas, desigualdades económicas e injusticias sociales con una ferocidad

que me provoca escalofríos en los brazos.

—Guau —susurra Rielle junto a mí.

Asiento.

—Es increíble.

La mujer que lo besó se vuelve hacia nosotros y sonrío.

—Esto no ha hecho más que empezar.

Estoy de acuerdo mientras observo la hipnótica actuación de Big Roxi. No quiero perderme ni un solo segundo. Aiden nos hace retroceder hacia el público y yo absorbo la energía del grupo. Me palpita en las sienes y atraviesa todo mi cuerpo. El momento me arrastra y me deleito en él. Cuando levanto la mirada, me encuentro con los ojos de Aiden y él me sonrío. Es como si comprendiera, al mismo tiempo que yo, que necesito formar parte de esta industria, que mi alma lo exige.

Después de una hora, decidimos ir a Firefly, otro club del centro. Aiden intenta excusarse, pero Rielle consigue convencerlo de que venga explicándole que quizá necesitemos un acompañante para llegar sanas y salvas a casa. Ante ese intento de hacerle sentir culpable, Aiden no tiene elección. Cuando llegamos a Firefly, señala la barra con la cabeza. Nos tomamos otro chupito y Rielle nos agarra de las manos para llevarnos hacia la pista de baile. Esta vez, Aiden consigue quedarse atrás, pero yo sigo a Rielle entre los cuerpos que se balancean hasta llegar al centro de la pista. Levantamos los brazos por encima de la cabeza y hacemos girar las caderas al ritmo de la música.

Muevo el culo y cierro los ojos. Echo la cabeza hacia atrás y noto las puntas del pelo haciéndome cosquillas en la zona lumbar. Por primera vez en meses, los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza desaparecen. Mi mente se despeja, felizmente insensible, y la noche toma el control. Disfruto de la relajación que fluye por mi cuerpo. Me aferro a la sensación de euforia que revolotea en mi estómago. Disfruto de la música, de la oscuridad y de las carcajadas de mi mejor amiga.

—¡Echaba de menos esto! —Abro los ojos y le grito a Rielle.

Sonríe con picardía.

—¡Yo te echaba de menos a ti!

—¡Tenemos que hacerlo más a menudo!

Asiente con energía antes de llevarme otra vez hacia la barra.

Nos tomamos otro chupito e ignoramos a los hombres que nos rodean, buscando alguna manera de entablar conversación. Aiden se coloca a nuestro lado.

—Necesitáis más un guardaespaldas que un acompañante —nos dice.

Rielle y yo nos reímos y nos miramos. Las dos lucimos sonrisas ridículas. Esta noche volvemos a ser solo mi mejor amiga y yo.

Y lo necesitaba muchísimo más de lo que imaginaba.

VEINTIUNO EASTON

—DEJA DE SER UN COBARDE —me reprendo.

Fuera hace un frío de muerte, con un viento racheado que levanta todo a su paso, y yo estoy de pie en el porche de mi propia casa, demasiado asustado para entrar.

¿Está en casa? ¿Ha hecho las maletas y se ha marchado?

Arrastro los pies por el escalón y me froto las manos, soplando sobre ellas para mantenerlas calientes. Tengo que echarle huevos y entrar.

Me obligo a introducir el código, abro la puerta principal y paso al interior. Las luces de la cocina están encendidas, lo que provoca un destello de alivio en mi pecho. Pero la casa está inquietantemente silenciosa y la decepción vuelve a golpearme.

—¿Claire? —llamo mientras me quito el abrigo y lo cuelgo en el armario—. ¿Estás en casa?

Me adentro en la vivienda, atento a cualquier señal de ella.

No hay ninguna.

—Mierda.

Me dirijo a la cocina y me quedo clavado en el sitio al ver la botella de vodka sobre la encimera.

—¿Qué coño...?

Fulmino la botella con la mirada mientras la garganta se me cierra y empieza a doler al verla. Tan al alcance de la mano y, aun así, a un puto océano de distancia. Está precintada. Gracias a Dios, está precintada. Así resulta un poco menos tentadora. Tendría que romper el sello. No podría ocultarlo. Yo...

Tengo que dejar de pensar en el vodka. En cómo sabe cuando llega al fondo de la garganta, en el ardor que provoca y en el calor que se extiende por mis extremidades.

—No. Para.

Me agarro la cabeza con ambas manos y describo un círculo enorme para mantenerme alejado de la botella. No puedo pensar en ella.

Pero tampoco puedo dejar de hacerlo.

Dios, menudo puto desastre he montado. Por supuesto que Claire no esperaba que apareciera hoy. ¿Por qué iba a hacerlo si llevo varios días sin decirle nada? Pero ¿por qué traería alcohol a mi casa?

Una oleada de rabia se hincha en mi pecho. Me tiemblan los dedos por los nervios, la frustración y la necesidad.

Me siento en un taburete de la isla y fulmino la botella con la mirada.

¿Dónde está Claire, de todas formas? Un vistazo a la cocina basta para saber que todavía vive aquí.

Al menos está eso.

Mi teléfono emite un pitido y lo agarro como si fuera un regalo del cielo.

TORSTEN

Claire está en Firefly con su amiga. Van bastante borrachas.

Aprieto el teléfono con fuerza. Imaginar a Claire borracha, rodeada de hombres que no soy yo, consigue que lo vea todo rojo. Joder. Por supuesto que ha salido a divertirse con su amiga. ¿Por qué no iba a hacerlo? Es una mujer preciosa y fascinante que no tiene problemas con el alcohol.

Frunzo el ceño al comprender lo poco que Claire ha salido desde que se mudó aquí. ¿Ha salido alguna vez? ¿Ha cambiado toda su vida social para adaptarse a mis carencias?

¿Cómo no me he dado cuenta antes?

La culpa y la frustración me revuelven el estómago mientras permanezco sentado en la isla. Mi mirada vuelve a posarse sobre la botella de vodka. Prácticamente puedo saborearla. La quiero.

La necesito. Joder.

Todo mi ser vibra con el deseo que me sacude el cuerpo como las olas contra la orilla. Interminable e implacable.

Los dedos me tiemblan sobre el regazo.

Me levanto de un salto y empiezo a caminar de un lado a otro.

Solo necesito distraerme. Podría jugar a la Xbox. O ver una película. Leer un libro.

La idea me hace reír y aporta al momento un poco del alivio que tanto necesito. Camino hasta el recibidor y abro la puerta del armario. Debería marcharme. Ir a algún sitio.

Las imágenes de mis pubs y bares favoritos cobran vida dentro de mi mente y cierro los ojos con fuerza en un intento patético de bloquearlas. No, no tengo adónde ir. Solo a casa de Panda, de donde me marché hace una hora. Si regreso, seguro que levantaré sus sospechas.

O podría ir a casa de mi hermano. Pero estará pasando tiempo con Indy, probablemente haciendo fotos de su barriga y maravillándose de cuánto ha crecido durante la última semana.

Mi teléfono vuelve a pitar.

TORSTEN

Claire va de camino a casa. Está sensible, algo borracha y un tal Aiden va con ella. Su amiga sigue aquí. Puedo ir a tu casa si necesitas salir. Es solo que no quiero dejar sola a Rielle.

¿Aiden? ¿Quién coño es Aiden? ¿Por qué me suena ese nombre?

Noah e Indy.

Ah, sí. De golpe lo recuerdo todo. Aiden es el mejor amigo de Indy, con quien mi hermano intentó emparejarla como un idiota. ¿Le

interesa Claire? ¿Se conocen? ¿Está cuidando de ella o solo intenta meterse en sus pantalones? La idea provoca que una rabia cegadora me agarre por dentro y vuelvo a caminar de un lado a otro. Ahora no puedo marcharme, no cuando sé que va a entrar tambaleándose por la puerta principal, borracha, triste y acompañada de otro hombre. ¿Por qué coño se quedaría Rielle y mandaría a Claire a casa con Aiden?

Regreso a la cocina.

Tengo los nervios recorriéndome el cuerpo con tanta rapidez que no consigo procesarlo todo. La ansiedad aumenta dentro de mi pecho y me dificulta la respiración. El vodka me llama, una respuesta silenciosa a todas las preguntas de mi mente.

Vacilo.

Después avanzo directamente hacia la botella. La agarro por el cuello y aprieto con fuerza. Se me hace la boca agua y la garganta me arde. Los nudillos se me vuelven blancos y mi respiración se hace entrecortada.

No. Esta no es la forma de afrontar las cosas.

Lo sabes. Eres mejor que esto.

Pero ¿lo eres?

En realidad, solo eres un jugador de hockey acabado y sin talento. La única razón por la que tienes una carrera es Noah. La única razón por la que tienes una familia es Austin. La única razón por la que has llegado hasta aquí es Claire.

Claire.

No le hagas esto, tío. Si recaes esta noche, se culpará a sí misma. ¿Eso es lo que quieres? ¿Después de haber arruinado su vida social y conseguir que pase los últimos meses preocupándose por tu culo poco fiable?

Golpeo la botella contra el centro de la isla y vuelvo a caminar de un lado a otro.

Todo aquello en lo que se posan mis ojos dentro de la cocina parece burlarse de mí. La cabeza me zumba y la vista se me nubla.

Tu hermano es diez veces mejor que tú.

La voz de papá resuena en mi cabeza, dura y cruel.

Me froto la cicatriz de la ceja y recuerdo cómo la sangre se filtraba entre mis dedos, caliente y brillante.

Deja de hacer el gilipollas.

Austin me gritó aquello la segunda vez que aparecí borracho en un entrenamiento, oliendo como una destilería y con pinta de no haber dormido durante días.

¿Lo había hecho?

Demuéstralo.

Claire me desafió. Demuéstrale que eres digno, que la desees, que puedes ser suficiente.

Pero, Dios, eso es imposible, ¿verdad?

Suelto una maldición y vuelvo a dejarme caer sobre el taburete. Contemplo la botella, ese puto enemigo que ofrece una dulce salvación y una ruina absoluta. ¿Y si rompo el sello solo para olerla? Una única inspiración profunda para despejarme la cabeza.

No, no. No puedo.

Pero ¿de verdad haría daño un pequeño sorbo? Me he portado tan jodidamente bien durante todo este tiempo...

Me obligo a apoyar los hombros contra el respaldo.

No puedo hacerlo.

No puedo.

Joder, ¿por qué resulta tan difícil? ¿Por qué estoy sufriendo de esta manera?

La puerta principal se abre de golpe y un resoplido seguido de una risita llegan flotando hasta la cocina.

Está aquí.

Claire está aquí.

Escucho, tratando de distinguir una voz masculina, pero no oigo ninguna.

Un alivio tan abrumador que me entran ganas de llorar me recorre por completo.

Mi cuerpo se relaja apenas un poco. Pero no consigo apartar la mirada. No puedo dejar de observar la botella. No puedo moverme.

Sus pasos se acercan. Son inseguros e irregulares.

¿Qué pensará cuando me vea? ¿Me odiará por mi debilidad?

Yo sí.

¿Hará las maletas y se irá? ¿Quién en su sano juicio se quedaría?
—¿Qué coño es esto? —Su voz atraviesa el aire, afilada y severa.

Muy despacio, aparto la mirada de la botella para encontrarme con su expresión conmovida. El miedo prende en sus iris. Levanta las manos y se acerca con cautela, como lo haría con un animal herido. La punta del tacón se engancha en la junta de una baldosa y tropieza un poco, pero consigue apoyarse en el borde de la isla.

—¿Qué es esto?

Agarra la botella de vodka por el cuello y la aparta de un tirón.

Expulso el aire lentamente con la mirada todavía clavada en la botella que Claire sostiene.

Entorna los ojos hacia mí antes de darse la vuelta. Se dirige a toda prisa al baño. Me inclino hacia delante en el asiento y agarro los reposabrazos del taburete hasta que me duelen los dedos.

Unos instantes después, oigo la cisterna y la rabia y el alivio se mezclan y aumentan dentro de mi pecho.

La ha tirado por el váter.

Gracias a Dios, la ha tirado.

Claire regresa a la cocina con aspecto de estar un poco más sobria que hace cinco minutos. Ahora va descalza y está tan jodidamente preciosa que quiero envolverla en mis brazos y darle las gracias por haberme salvado otra vez.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz está ronca y cargada de emoción.

—Gracias —susurro.

Su expresión se suaviza y la ternura le invade los ojos.

—¿Por qué?

—Estaba aquí cuando llegué.

Cierra los ojos, pero no se me escapa el dolor que florece en ellos.

—Dios mío. Lo siento muchísimo, East.

Vuelve a abrirlos de golpe.

—Lo siento, joder.

Niego con la cabeza.

—No lo sientas. Necesitaba ponerme a prueba.

—No bebiste. El precinto seguía intacto.

—No bebí.

—Pero querías hacerlo.

—Más de lo que jamás podrás comprender —admito.

Expulsa un aliento tembloroso y avanza hacia mí. Un instante después, estoy entre sus brazos y ella me acaricia el pelo con los dedos. Los sonidos que emite no tienen sentido, pero resultan tranquilizadores y me aferro a ellos.

¿Es esto el consuelo?

¿Así se siente el perdón?

Cierro los ojos y apoyo la cabeza sobre su hombro, permitiendo que mi debilidad se mezcle con su fortaleza.

No merezco esto.

No la merezco a ella.

Tira de mí para hacer que me levante del taburete y termino hundido entre sus brazos, sobre el suelo de la cocina. La vulnerabilidad prende dentro de mí, bloqueándome las extremidades y haciendo que la cabeza me dé vueltas. Tengo un millón de comentarios hirientes preparados en la lengua, listos para destrozar la ofrenda de paz de Claire y apartarla.

Me obligo a tragármelos cuando dice:

—Te tengo, East. Estoy aquí, cariño.

Los ojos se me cierran, pesados.

Increíblemente pesados después de cargar con tantas cosas durante tantísimo tiempo.

Me aferro a la piel de Claire, la mantengo pegada a mí y elimino hasta el último espacio entre los dos. Enredo los dedos en su largo pelo y los mechones se anudan alrededor de mis nudillos. Aspiro su aroma y permito que su dulce perfume floral me centre.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecemos amontonados sobre el suelo de la cocina. La habitación se enfría, mi rabia desaparece y el agotamiento me invade.

Me levanta el rostro y obliga a mis ojos nublados a encontrarse con los suyos, llenos de compasión.

Me ofrece la sonrisa más pequeña, la mayor comprensión, y apoya los labios sobre los míos.

Y eso termina de deshacerme.

VEINTIDÓS

CLAIRE

LA TORTURA que veo en los ojos de Easton me rompe el corazón. La vulnerabilidad que me permite contemplar resulta sobrecogedora y consigue despejarme más deprisa que una semana entera durmiendo y cuatro litros de café. En este momento estoy justo donde quiero estar: entre sus brazos.

Nada ha cambiado. No hemos hablado de todo el dolor que provocó que se marchara. No hemos atendido del enorme problema que debería estar enrareciendo el oxígeno de la habitación. No hemos aclarado nada, no hemos acordado nada y no existe absolutamente nada concreto entre nosotros. Y, aun así, estoy exactamente donde deseo estar.

En cuanto mis labios tocan los de Easton, estoy en casa. No sé si soy yo quien lo sostiene o si es él quien se aferra a mí. No importa. Nada importa excepto que estamos juntos y que se siente bien.

Las baldosas frías se me clavan en las rodillas desnudas, pero las ignoro. Me duelen las caderas después de permanecer tanto tiempo en la misma postura, pero tampoco importa. La piel de Easton arde bajo mis manos. Su aroma calma los latidos desbocados de mi corazón. Su boca sobre la mía es perfecta.

Introduzco la lengua en la boca de Easton y él la recibe con avidez. Nuestros contactos lentos y vacilantes se transforman en una

necesidad teñida de desesperación. Sus manos bajan hasta mis caderas y tira de mí hasta que su cuerpo se cierne sobre el mío y me cubre. Me besa profundamente, con tanta intensidad y pasión que vuelvo a caer bajo su hechizo.

Sus ojos están llenos de anhelo, bordeados de locura y teñidos de gratitud.

—Te necesito, Claire. —Su voz suena quebrada, ronca por el deseo y entrelazada con dolor.

—Soy tuya —le digo mientras le aparto el pelo de la cara con los dedos—. Siempre he sido tuya.

Al oír cómo se me quiebra la voz, algo dentro de él se rompe. Veo la emoción florecer en su expresión, hermosa y fugaz como el estallido de un fuego artificial. Respira de forma irregular mientras vuelve a inclinar la cabeza. Me besa despacio. Con el alma.

Sus manos exploran mi cuerpo con una gravedad que no estaba presente hace una semana. Ahora es diferente. Minucioso y feroz. Su contacto me marca, un recordatorio sutil de que ningún hombre conocerá jamás mi cuerpo con tanta intimidad como él.

Su boca recorre mi mejilla, mordisquea el lóbulo de mi oreja y desciende lentamente por mi cuello. Me arqueo contra él mientras mis caderas buscan las suyas. La presión que aumenta dentro de mí palpita, necesitada. Quiero que me devore y me saboree al mismo tiempo.

Sus dedos rozan la parte inferior de mis pechos, acariciándome y provocándome.

Mis manos recorren su espalda y le saco la camiseta por la cabeza para poder hundir las yemas de los dedos en su piel. Él me baja la cremallera del vestido y yo me deslizo fuera de él. Los ojos de Easton me devoran como si jamás hubiera visto a una mujer con el torso desnudo y sus labios se separan. Trago saliva, sintiéndome más expuesta que nunca y, al mismo tiempo, más segura de lo que he estado en toda mi vida.

Easton mantiene los ojos clavados en los míos mientras estira una mano y recorre suavemente mi pezón con la yema del pulgar. Inspiro de golpe cuando sus otros dedos me rozan.

—Eres preciosa, Claire. Lo eres todo, cariño. Mi ángel.

Su voz es baja, tranquilizadora por su cadencia y tensa por la necesidad de que lo comprenda.

—Estoy enamorada de ti, Easton. —Suelto las palabras de golpe porque necesito que sepa hasta dónde llegan mis sentimientos, cuánto me importa. Más de lo que jamás creí que fuera capaz y, aun así, no lo suficiente.

Se le juntan las cejas y el dolor florece en su expresión.

—¿Por qué? —susurra, y la incredulidad de su tono me desgarran por dentro.

Levanto una mano y la coloco sobre la suya, presionando su palma contra mi corazón.

—Porque siempre has sido tú.

Sus ojos se llenan de humedad y la sorpresa me sacude. Nunca había visto a Easton tan desprotegido. Nunca lo había contemplado así, vulnerable y abierto.

Me enamoro un poco más.

Se humedece el labio inferior, se inclina hacia mí y roza mi boca con un beso suave.

—Déjame hacerte el amor, Claire.

—Sí —acepto, cerrando los ojos cuando su peso se acomoda sobre mí.

Pero, un instante después, me levanta. Easton me acuna entre sus brazos como si fuera su posesión más preciada. Sube las escaleras despacio y nos lleva hasta su dormitorio. Me deposita en el centro de la cama como si pudiera romperme. Está muy lejos de la forma en que suele lanzarme, pero esta noche todo es diferente.

Más.

Es como si los dos estuviéramos desprendiéndonos de las capas con las que nos envolvemos para protegernos del mundo. Las retiramos una a una y nos exponemos ante la única persona capaz de comprender.

El uno ante el otro.

Easton se quita los pantalones y los bóxers. Me paso la lengua por el labio inferior cuando mi mirada desciende hasta su polla. Está tan duro por el deseo que saber lo que le provoco hace que una

oleada de calor me inunde entre las piernas. Niega con la cabeza y una sonrisa diminuta le roza los labios.

—Todavía no, cariño. Te prometo que llegaremos ahí. Pero esta noche quiero venerarte.

Se coloca sobre mí y se acomoda entre mis muslos. Me besa un lado del cuello.

—Me salvaste, Claire.

Su boca encuentra la mía, sus manos ascienden por mi cuerpo y cierro los ojos.

Intento tocarlo, pero la mano de Easton cubre la mía y me sorprende.

—No nos apresuremos —murmura mientras su mirada recorre mi cuerpo como una caricia.

Esperaba que nuestro reencuentro después de una semana fuera frenético y necesitado, pero él ralentiza el ritmo, se toma su tiempo y saborea cada instante.

Una de sus manos me sujeta las muñecas mientras la otra desciende por mi brazo y se cierra alrededor de mi cuello. Se aparta y me mira a los ojos.

—Siento todo lo que ha pasado, Claire.

—Yo también, East.

—Déjame amarte, cariño —murmura mientras deja un rastro de besos por mi cuello antes de reclamar de nuevo mi boca.

Aprieto los muslos ante la promesa que esconden sus palabras. Sus dedos me masajean la nuca y me derrito contra él.

Easton me besa con pasión mientras una mano recorre el costado de mi cuerpo y me rodea. Me estrecha contra sí, eliminando cualquier espacio entre los dos.

—Eres jodidamente preciosa, Claire —me susurra al oído antes de descender por mi cuerpo.

Se mete uno de mis pechos en la boca y me arqueo hacia él mientras enredo los dedos en su pelo.

Quiero todo lo que Easton esté dispuesto a darme.

Y un poco más.

Cuando un gemido cae de mis labios, Easton cambia de ritmo. Cubre mi cuerpo con el suyo y se introduce dentro de mí con una

lentitud agónica. Sus ojos se hunden en los míos y todas las emociones que se arremolinan en ellos calman las últimas dudas que aún me quedaban. Easton me llena y, por primera vez en una semana, siento que puedo volver a respirar. Nuestros cuerpos encuentran un ritmo tan antiguo como completamente nuevo para mí.

—Estás empapada, Claire —gime Easton.

Cierro los ojos mientras la presión aumenta en la parte baja del vientre. Los labios de Easton recorren mi mejilla con la ligereza de una pluma y mordisquean mi oreja. Mis manos se cierran sobre su espalda y lo atraen más profundamente dentro de mí mientras levanto las caderas para encontrarme con las suyas.

—Jodidamente perfecta —murmura mientras asciende por mi garganta con besos hasta que su boca captura la mía.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos y tocándonos. Sintiendo y explorando. Dando e intercambiando. Solo sé que, cuando nos rompemos, estamos perdidos en los ojos del otro y siento el corazón a punto de estallar. Cuando desciendo del éxtasis que Easton ha creado, toda mi vida parece distinta.

El mundo es distinto.

Con el pecho de Easton pegado a mi espalda y sus brazos rodeándome con fuerza, me siento completa. Por primera vez, siento que soy suficiente.

Para mí.

Para él.

Para mi futuro.

Me acurruco más profundamente entre sus brazos. Tengo el cuerpo agotado y satisfecho. Easton me ha hecho sentir tantas cosas a la vez que dejé de pensar y me perdí en el momento.

El momento más hermoso de toda mi existencia.

Los párpados me pesan por el sueño y me relajo, dejando que el cuerpo se hunda y la mente se silencie. Justo antes de quedarme dormida, noto el aliento de Easton sobre el pabellón de mi oreja.

—Te quiero, Claire.

Me duermo con una sonrisa en los labios.

Cuando despierto por la mañana, una luz gris y pálida envuelve la habitación. La cabeza me palpita y no sé si se debe a los chupitos que me tomé con Rielle, a la sobrecarga emocional de lo ocurrido con Easton o a una combinación de ambas cosas. Aparte de un dolor de cabeza sordo, no tengo demasiada resaca. Me vuelvo despacio y sonrío al ver la expresión divertida de Easton.

—Buenos días, Clairebear. ¿Cómo te encuentras?

—No tan mal como pensaba.

Frunce el ceño, pero después resopla.

—¿Cuánto bebiste?

—Rielle siente debilidad por los chupitos.

—Torsten también. Dijo que te vio anoche. —Easton me atrae más contra su pecho.

Asiento y apoyo las manos sobre sus pectorales duros.

—Apoyó a Aiden cuando decidió que ya habíamos bebido bastante —admito riéndome—. A Big Daddy no le gustó nada que casi me pusiera a sollozar en la barra.

El ceño de Easton reaparece y sus ojos destellan.

—¿Por qué estabas llorando?

Arqueo una ceja y ejerzo un poco más de presión sobre su pecho.

—¿No resulta obvio?

Suspira.

—Lo siento, cariño. Tengo mucho por lo que disculparme.

Niego con la cabeza.

—Me alegro de haber vuelto cuando lo hice...

Comprende a qué me refiero y asiente mientras sus ojos se oscurecen.

—Yo también. Hoy tengo que ir a una reunión. Hablar con Rick. Todo esto... —Apoya una mano plana en el centro de mi espalda— son demasiadas emociones. Subidas y bajadas. No se me da bien gestionarlas. Normalmente las afrontaba emborrachándome hasta perder el conocimiento.

—Tenemos que hacerlo mejor, East.

—Lo sé. Yo tengo que hacerlo mejor.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes? —digo con suavidad, sin querer presionarlo pero deseando desesperadamente que confíe en mí para contarme cosas reales.

Su infancia. Su pasado. Sus desencadenantes.

Todo.

Permanece en silencio durante un largo instante y yo contengo la respiración.

—Noah y yo no tuvimos la mejor infancia —dice en voz baja.

Levanto la mirada hacia él, pero mantengo el resto del cuerpo completamente quieto.

Sus dedos juegan con las puntas de mi pelo.

—Mi madre estaba demasiado sometida por mi padre, demasiado asustada para plantarle cara. Cada año se marchitaba un poco más, permitía que su luz muriera bajo la oscuridad de él, hasta que apenas quedó nada. No la culpo tanto. Es débil. Pero mi padre... — Hace una pausa y mira al techo—. Mi padre es un hijo de puta cruel y retorcido.

Inspiro. Nunca había oído a Easton hablar de nadie con tanto veneno en la voz.

—Me obligaba a quedarme de pie en el patio trasero cuando todos los demás se habían acostado. Me colocaba en la portería, incluso cuando fuera estábamos bajo cero, y lanzaba botellas de cerveza contra mi cabeza con un stick de hockey.

Se frota la frente de manera distraída y no se me escapa cómo el pulgar recorre la cicatriz que tiene allí.

El estómago se me retuerce y me entran náuseas. ¿Fue su padre quien le hizo esa cicatriz? ¿Pegaban a Easton cuando era niño?

No digo nada por miedo a que deje de hablar.

—Toda mi vida me han comparado con Noah. No Noah, claro. Mi hermano era la única buena persona que conocía hasta que conocí al tuyo. —Me dedica media sonrisa—. La primera vez que cené en casa de tus padres, estaba aterrorizado por si hacía algo mal y no volví a invitarnos. Tu madre era como una de esas madres que veía en televisión. Pensaba que era mentira, ¿sabes? Pero entonces

conocí a tu familia y, Dios, Claire, deseaba tanto formar parte de algo así... Después vosotros me disteis una oportunidad.

Hace una pausa y me acerco un poco más a él, sabiendo de algún modo que necesita mi apoyo para lo que venga a continuación.

—La cagué, Claire. He arruinado demasiadas cosas buenas y estoy cansado de ser un fracaso.

—No eres un fracaso.

Niega con la cabeza y tira de mi pelo para obligarme a encontrarme con su mirada.

—¿Por qué siempre me defiendes? Os he apartado a ti y a tu familia innumerables veces. Hago que mi hermano se sienta culpable cada vez que intenta avanzar con su vida porque no quiere dejarme atrás. No debería tener que cargar con eso. He apartado a todos los que me han ayudado y se preocupan por mí.

Incluida tú.

—No eres un fracaso —repito—. Estás en recuperación. Estás aprendiendo, creciendo y evolucionando. Estás haciendo todo lo posible y estoy orgullosa de ti.

Niega con la cabeza y sus ojos están tristes.

—No te merezco, Claire.

—Ya me tienes, East.

—Prométeme que no te irás —murmura con voz frágil.

Infantil.

Me rompe el corazón y me llena el alma al mismo tiempo. Presiono un beso en la base de su garganta.

—Te lo prometo, Easton. Estamos juntos en esto. No te das cuenta de cuánto me ha ayudado a crecer también tu apoyo. No ves todo lo bueno que aportas a mi vida. Esto no funciona en una sola dirección. Somos un equipo.

—Nunca dejaré que renuncies a tus sueños, Claire.

—Lo sé.

—Para que esto funcione, tenemos que ser sinceros el uno con el otro. Hablar de las cosas desde el principio. Para mí es demasiado fácil encerrarlo todo y apartar a la gente. Apartarte a ti. Es mi

reacción por defecto. Pero te juro que me marcharé antes de hacerte daño.

Su voz desciende y el miedo prende en sus ojos.

—Yo no soy mi padre.

Se me oprime el pecho con dolor. Levanto la mano y apoyo la palma sobre su mejilla. Él baja el rostro y presiona un beso contra mis labios.

—No, no lo eres. Eres mío.

VEINTITRÉS

EASTON

ESTOY ALTERADO. Me siento como si estuviese dando vueltas alrededor del desagüe, pero, después de tantos momentos críticos, todavía no he caído. Casi, pero aún no.

Inspiro el aire frío del estadio y dejo que me invada. Cierro los ojos y me concentro en los sonidos del lugar, más familiares para mí que los de cualquier otro sitio del mundo. El corte afilado de los patines sobre el hielo. El silencio casi absoluto de las cinco de la mañana, roto únicamente por el amor hacia este deporte que se me ha asentado en los huesos. Las conversaciones dispersas de los hombres que ya están trabajando, limpiando y ocupándose del mantenimiento, ayudando y supervisando.

Me obligo a abrir los ojos. Contemplo las gradas y las vallas. Las banderas y las camisetas. El hielo.

Los dedos se me crisan dentro de los guantes cuando piso la superficie lisa y me impulso. Esta mañana hay otros dos jugadores del equipo, pero todos nos dejamos espacio de sobra. El entrenador Phillips reserva la pista una hora antes los viernes por si alguien quiere practicar un poco más.

Todos sabemos que lo hace por el respiro mental que nos proporciona. Todos lo aprovechamos cuando lo necesitamos.

Empiezo a patinar con tranquilidad, calentando poco a poco.

Hace casi una semana me enfrenté a una botella de vodka, me derrumbé entre los brazos de Claire y le prometí que jamás le haría daño. Esas promesas ya se sienten como una soga alrededor del cuello. ¿Cómo no voy a hacerle daño?

Todas las mañanas, cuando me marchó al entrenamiento, me besa para despedirse y me sonríe como si fuera el hombre más extraordinario que conoce. Como si hubiera hecho algo importante, salvado a los osos polares o inventado los viajes en el tiempo. Prepara la cena todas las noches, mantiene nuestra casa impecable y no se queja cuando mi equipación de hockey apesta en la colada.

El domingo, mientras comíamos gofres y bebíamos café, tuvimos una conversación difícil. Una centrada en nuestra necesidad de comunicarnos mejor, ser sinceros y confiar el uno en el otro. Siempre me ha costado hablar de mis sentimientos; odio sentirme vulnerable. Pero con Claire es otro riesgo que estoy dispuesto a correr.

Las cosas con Claire avanzan a la velocidad de la luz. En cuestión de unos pocos días, ha vuelto a instalarse como si el fin de semana pasado nunca hubiera ocurrido. Pero yo sigo intentando asimilarlo todo y confiar plenamente en este nuevo nivel que ha alcanzado nuestra relación. Como siempre, mi estado mental se queda rezagado respecto a mis deseos físicos y mis esperanzas emocionales.

Y después está papá.

Se me forma un nudo en la garganta, un amasijo de nervios, culpa y... miedo.

Cojo el stick y un disco y comienzo una serie de ejercicios de control. Mi mente no deja de agitarse, pero parte de la ansiedad disminuye cuando tengo el stick entre las manos.

Hace tres noches, papá me llamó. Cuando su nombre apareció en la pantalla del teléfono, el aliento se me congeló en la garganta y me temblaron los dedos. ¿Había pasado algo con mamá? ¿Un accidente? Pero en cuanto respondí y escuché su voz, supe que estaba borracho. Borrachísimo, arrastrando las palabras y soltando insultos. Cabreado, amargado y resentido.

Agarré el teléfono con fuerza y di gracias a Dios porque Claire estuviera en el piso de Rielle, pidiéndole opinión sobre algunas ideas de marketing.

—¿Vas a decir algo? —me preguntó papá.

—¿Estás bien? —pregunté despacio.

Soltó una carcajada y después tuvo hipo.

—Eres igual que yo, ¿sabes?

Me mordí con tanta fuerza que me hice sangre y un sabor a cobre me llenó la boca. Como masticar una moneda.

—No te gusta la verdad, ¿eh, chico? —preguntó papá, aunque no era una pregunta.

Luché por controlar la respiración, por tragar pese a la rabia y el dolor que me obstruían la garganta.

Se rio de manera brusca.

—¿Quién es?

—¿Qué? —siseé.

—La mujer. Tienes las prioridades hechas una puta mierda. No tienes la cabeza en su sitio.

—¿Cómo coño sabes eso? Hace más de un año que no me ves.

—He visto tus dos últimos partidos.

La certeza de su voz hizo que el pánico me sacudiera.

¿Papá sabe que es Claire?

Después llegó la rabia. ¿Quién se cree que es para llamarme y hablar sobre como estoy jugando?

Después, la inseguridad. Jugué bien. Incluso el entrenador lo dijo. Pero ¿podría haberlo hecho mejor? ¿Tengo la cabeza en otra parte? ¿No estoy concentrado?

Y después, rabia otra vez. Esta vez conmigo mismo. ¿Por qué permito que me afecte? Sé que juega con mi cabeza. Entonces ¿por qué entro en su juego?

Su risa oscura y sarcástica me devuelve a la conversación.

—Sigues siendo un crío, ¿eh?

—¿Por qué llamas? ¿No te ha llegado el último cheque?

Su risa aumenta y una sensación viscosa me recubre el estómago, inquietándome.

—Demasiado débil—jadea—. Tu hermano... —Hace una pausa y yo aprieto el teléfono con más fuerza—. Me dio un puñetazo. Hace ya años, pero me alcanzó de lleno en la mandíbula. Me dijo que te dejara en paz de una puta vez. Imagínate. Siempre te defendía. Siempre sabía cuál era su posición. No como tú, Easton. Sigues siendo demasiado débil. Te altero yo. Te altera una mujer. Te altera una puta cerveza.

—¿Qué quieres? —susurro.

—Nada. Solo quería comprobar si eras distinto después de gastar todo ese dinero en ayuda. —Vuelve a reírse—. No existe ninguna ayuda capaz de salvarte, chico. Llevas mi sangre en las venas. Sírrete un chupito. Ya no te queda nada. Ni talento, ni credibilidad ni putos cojones.

Su risa crece y se hincha hasta estrellarse contra mí como una ola.

Durante un instante, vuelvo a tener trece años.

Tengo la ceja abierta de lado a lado. La sangre me recorre la cara, se acumula en mis manos y empapa el cuello de mi camiseta. Parece peor de lo que es, pero tiene un aspecto lo bastante grave para que la cabeza me dé vueltas y aparezcan manchas flotantes en mi visión periférica.

Papá me observa y se ríe.

Suelto una maldición y lanzo a portería. El disco entra en la red y expulso una nube de aliento blanco.

Miro el reloj. El entrenamiento empezará pronto y tengo la cabeza hecha un lío. Llevo así toda la semana. Antes de hablar con papá, estaba jodido por Claire. Ahora estoy jodido por todo.

Aquella noche, cuando Claire volvió de casa de Rielle, me sinceré con ella. Le conté más cosas sobre mi infancia, mi familia y mi padre. Después me quedé inquieto, como si me hubiera dado la vuelta por dentro y todos los secretos que mantengo escondidos estuvieran expuestos ante ella.

Estoy demasiado implicado. Claire me importa. Amo a Claire. *Entonces ¿cuál coño es tu problema?*

Recupero el disco y comienzo otro ejercicio, patinando hacia atrás.

El suelo se mueve bajo mis pies. Todo con Claire parece demasiado grande, demasiado intenso.

Demasiado real.

Está poniendo mi mundo patas arriba. Me obliga a cuestionarme mi futuro, mis planes, todo. Me descubro pensando en maneras de conseguir que se quede, aunque prometió que no se marcharía.

Después me encuentro pensando en formas de obligarla a irse, porque ¿por qué coño iba a quedarse?

Te ha demostrado una y otra vez que está contigo en esto.

Hasta que deje de estarlo. Quiero decir, uno pensaría que sus propios padres se quedarían, ¿verdad?

Llevas mi sangre en las venas.

Giro bruscamente hacia un lado y levanto una lluvia de hielo. Respiro de manera entrecortada y el sudor me resbala por la frente. Aun así, tengo frío.

—¡Eh!

Me vuelvo al oír la voz de Noah y observo cómo mi hermano se acerca. Patina hasta donde estoy y la sonrisa se le borra al verme.

—¿Qué pasa? —pregunta.

No se me escapa el temblor de preocupación de su voz. Ni la forma en que me examina, buscando señales.

Odio que todo el mundo me mire así. Como si se preguntaran si estoy sobrio siquiera, si algo me importa, si estoy realmente cabreado o colocado hasta las cejas.

Como papá.

Niego con la cabeza.

—Nada. Estoy bien. ¿Y tú?

Noah frunce el ceño.

—No cuela, East.

Una comisura de mi boca se eleva ante la seriedad de su expresión. Durante toda mi vida ha sido la única persona con la que podía contar. Incluso ahora, aunque se ha mudado y va a tener un hijo, sigue haciendo todo lo posible por ayudarme.

Aunque no me lo merezca.

—Estaba pensando en papá.

—¿Papá? —Se echa hacia atrás.

—Y en Claire.

Frunce el ceño.

—¿Qué tienen en común?

Lo pienso y suelto:

—Aparte de ti, son las únicas dos personas a las que no quiero decepcionar.

Los dos parpadeamos, sorprendidos. Rara vez soy tan sincero y todavía es menos frecuente que diga la verdad de una forma tan directa. Normalmente intento compartir una versión de mis pensamientos sin revelarlos por completo.

Pero ahora mismo me estoy abriendo con Noah y buscando el consejo de mi hermano.

Porque él es el hermano Scotch responsable y aún lo necesito.

Me observa con atención.

—¿Ha pasado algo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás aquí antes de las seis de la mañana pensando en papá? ¿Y en Claire?

Suspiro.

—Papá me llamó.

Los ojos de Noah se abren de par en par.

—¿Por qué? Le dije que te dejara en paz.

—No tienes que seguir haciendo eso.

—¿Haciendo qué? —La confusión carga su voz.

—Protegiéndome. Estás a punto de convertirte en padre y...

—Siempre seré tu hermano, Easton.

La rapidez con la que responde consigue tranquilizarme un poco y me aferro a la certeza de que Noah todavía me cubre las espaldas.

—Estoy jodido, Noah.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —Me agarra del codo, pero me aparto.

—No de esa manera. Quiero decir que tengo la cabeza hecha un desastre.

—Deja de permitir que papá te afecte.

—¿Y Claire? —Levanto la mirada hacia él y observo cómo la comprensión inunda sus facciones.

—Te has enterado de lo del trabajo —dice en voz baja.

Ahora soy yo quien frunce el ceño.

—¿Qué trabajo?

—¿Eh? Entonces ¿por qué estás tan trastornado por Claire?

Trago saliva.

—Estoy enamorado de ella.

Noah se echa hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada.

—Easton...

—No estoy bromeando. Va en serio. Nunca había sentido nada parecido.

—Pero tu padrino dijo...

—No habría llegado tan lejos sin ella.

Noah me agarra del hombro y me mira directamente a los ojos.

—Joder —murmura.

Sonrío.

—Sí.

—Si habéis conseguido superar estos últimos meses, también podéis mantener una relación a distancia. —Me aprieta el hombro.

Niego con la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

Noah se aparta y cierra los ojos. Echa la cabeza hacia atrás y vuelve a maldecir antes de mirarme.

—No lo sabes. Dios, East, le han ofrecido un trabajo a Claire. En Nueva Jersey.

El tiempo se detiene. Durante un segundo, toda la pista parece distorsionada. Se me taponan los oídos, como si me hubieran sumergido bajo el agua.

—¿East?

Entonces el sonido vuelve con un rugido. De repente, parece que el equipo entero ocupa el hielo. Todos están calentando mientras yo permanezco acurrucado en una esquina con mi hermano. Nos lanzan miradas preocupadas de reojo, pero nadie nos interrumpe.

La cabeza me da vueltas y se me oprime el pecho.

—¿Cuándo te enteraste? —murmuro con un tono duro.

Controlado.

Noah se pasa una mano por la mandíbula.

—Indy me lo contó hace unos días. Creía que tú lo sabías. Lo siento, East. Nunca habría... —Señala la pista—. Al menos no ahora.

Niego con la cabeza, apartándolo todo. Llevo toda la semana esforzándome por ser completamente sincero con Claire, incluso cuando admitir ciertas verdades resultaba doloroso. Juró que no se marcharía y, sin embargo... ¿ha aceptado un trabajo en Nueva Jersey y no me lo ha contado?

El dolor desaparece enseguida bajo la rabia y me aferro a ella.

—No, está bien. Me alegro de que me lo hayas contado.

Me observa con atención.

—¿Seguro que estás bien?

Asiento y me obligo a sonreír.

—Claro. Estoy bien.

Señalo al equipo con la cabeza.

—Será mejor que vayamos.

Noah me dedica una mirada larga y escrutadora.

Me lo guardo todo.

Todas las emociones. Todas las preguntas.

Lo encierro bajo llave y me concentro en el entrenamiento. En el hockey. Es la única constante que he tenido y, mientras pierdo todo lo demás, no pienso perder esto.

VEINTICUATRO

CLAIRE

—SIENTO que hemos superado un obstáculo —le explico a Indy por teléfono mientras cierro la puerta del lavavajillas y pulso el botón de inicio. Regreso a la isla y cojo mi taza de café—. Las cosas parecen distintas. Mejores.

Emite un murmullo al otro lado de la línea. Su voz suena cautelosa cuando dice:

—Eso es genial, Claire. De verdad. Es solo que... —Suspira con fuerza—. ¿Estás segura? No paráis de lanzaros de cabeza. ¿Seguro que os estáis dando tiempo para asimilarlo todo? ¿Se lo está dando Easton?

Me muerdo el labio inferior, frustrada por su falta de apoyo.

—Indy, conozco a Easton desde hace años. Vale, puede que pareciera que pasábamos de cero a cien, pero tenemos muchísima historia.

—Pero ya no sois las mismas personas que erais hace cinco años. Cierro la boca con fuerza y aprieto el asa de la taza.

Indy solo está cuidando de ti. No quiere que te hagan daño.

Expulso el aire despacio y dejo que se me enfríe el mal genio.

Además, ¿por qué te pones tan a la defensiva?

—¿Claire?

—Estoy aquí.

—Es solo que... no quiero que te hagan daño. Nada más.

Repito mis propios pensamientos.

—Ya lo sé. Pero estoy feliz. Easton me hace feliz. Tuvimos una conversación muy larga y las cosas van bien. Estar con él es lo único que me va bien ahora mismo y parece que todo el mundo está en contra.

Me dejo caer sobre un taburete mientras la frustración hace que las emociones se me acumulen. Los ojos me escuecen por las lágrimas.

—Tienes muchas cosas buenas en tu vida, Claire.

Resoplo.

—Conociste a Big Roxi el fin de semana pasado.

Sonríó al recordarlo. Ya me ha escrito. Quizá sí esté siendo un poco dramática.

—Es verdad.

—¿Y qué pasa con la oferta de trabajo de Nueva Jersey?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Diseñando envases farmacéuticos? Indy, me moriría de aburrimiento. Además, no quiero un trabajo tradicional de nueve a cinco. Me gusta lo que estoy haciendo. Gano bastante bien con ello. Y siento que, si sigo adelante, acabaré encontrando la manera de que funcione.

—¿Se lo has contado a Easton?

—¿Lo del trabajo? No. ¿Por qué iba a hacerlo? Cuando recibí la oferta, ni siquiera me dirigía la palabra. Y ahora que hemos vuelto, parece el peor momento posible para mudarme. Además, no quiero ese trabajo. Si fuera el empleo de mis sueños, claro que hablaría con él. Pero ¿por qué añadir más presión a una relación que ya es frágil por algo por lo que ni siquiera quiero luchar?

Indy permanece en silencio durante un largo instante.

—Sí, tiene sentido. No lo había visto de esa forma.

Me sorprende la convicción de sus palabras. Comprende de verdad mi postura, lo que supone un alivio porque mis padres no lo harán ni de puta coña.

—Solo... id despacio, Claire. Lo tuyo con East es nuevo. Tu nueva aventura empresarial también lo es. Tú...

—Eh, frena. No hay ninguna aventura empresarial —me apresuro a corregirla.

—¿Por qué no?

Balbuceo, sorprendida por su desafío.

—¿Hablas en serio?

—Claire, eres como una hermana para mí. Me importas y quiero que seas feliz. Te he visto intentar encontrar tu lugar desde que te graduaste. No tenía ni idea de que te apasionara tanto trabajar por tu cuenta y, sinceramente, creo que en parte te sabotearas porque no desearas ninguno de los empleos que solicitas. Si quisieras alguno, ya estarías de camino a Nueva Jersey. Has dicho que lo harías si fuera el trabajo de tus sueños. ¿Cuál es el trabajo de tus sueños?

Me quedo quieta, con la taza suspendida a medio camino entre la isla y mi boca. La mano me tiembla mientras reflexiono sobre la pregunta de Indy.

—Crear. Diseñar. Sentirme inspirada. Es solo que... quiero que me apasione el trabajo que hago.

—¿Y te apasiona? ¿Lo de los logotipos para grupos y la identidad de marca?

—Sí.

La respuesta me sale de forma instintiva, pero en cuanto la pronuncio comprendo hasta qué punto es verdad. Mi trabajo de diseño me llena de pasión y me proporciona un propósito.

—Entonces hazlo. Deberías hacerlo.

Sonrío, dejo la taza sobre la encimera y me aferro al borde.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad, Claire. Si acabas trabajando para Big Roxi, deberías empezar a considerar lo tuyo como un negocio. Va a llegar muy lejos. Y tú también.

Resoplo.

—Avísame si puedo ayudarte en algo. Habla con Aiden. Pero deja el marketing para Rielle.

Me río.

—Gracias, Indy. Tu apoyo de verdad... —Pongo los ojos en blanco —. Dios, odio ponerme sentimental. Pero significa mucho para mí.

—Siento que antes pensaras que no lo tenías.

—Qué va. Yo tampoco fui tan sincera con todos como debería.

—Mientras seas sincera contigo misma, Claire, no importa demasiado lo que piensen o quieran los demás.

—Es verdad.

—Vale, pues este bebé lleva los últimos cinco minutos de conversación aplastándome la vejiga, así que...

—Ve a hacer pis.

—¿Me llamas luego?

—Sí. Gracias, Indy.

—Adiós, Claire.

Cuelgo y expulso una enorme bocanada de aire. Easton lleva todo este tiempo diciéndome que haga lo mío. Rielle me ha ayudado a pensar en ideas de marketing. Ahora Indy me anima a lanzarme.

Sonrío y me bajo del taburete. Quiero coger el portátil y trabajar en algunos conceptos de logotipo para mi marca: ClaireBear Designs.

Tengo un pie en el primer escalón cuando la puerta principal se abre y Easton cruza el umbral. Sus ojos encuentran los míos al instante y, al ver la rabia de su expresión, me quedo inmóvil con una mano aferrada a la barandilla.

—Hola. ¿Ha ido bien el entrenamiento?

La preocupación me atraviesa el pecho mientras mi cabeza salta a los peores escenarios posibles.

Easton deja caer la bolsa de entrenamiento al suelo y se quita el abrigo. Lo arroja sobre la bolsa y da dos pasos en mi dirección. Vacilo y bajo del escalón.

—¿East?

—¿Cuándo pensabas contármelo?

Cruzo los brazos sobre el pecho, a la defensiva por el tono acusador de su voz.

—¿Contarte qué?

La incredulidad atraviesa su expresión, pero la rabia la borra enseguida. Tiene la boca reducida a una línea fina y los ojos casi salvajes por la intensidad.

—¿Nueva Jersey?

Mierda. Levanto una mano.

—No es lo que crees.

—¿Cómo sabes lo que pienso? ¿Te has molestado siquiera en hablar conmigo al respecto? —replica, cruzándose de brazos y separando los pies.

Parece Hulk, amenazador y furioso.

Su rabia alimenta la mía y respondo con brusquedad:

—¿Cuándo se suponía que tenía que hacerlo? ¿La semana pasada, cuando recibí la oferta? Ah, espera, estabas desaparecido, escondiéndote en casa de Panda.

Resopla con desprecio.

—¿Y el sábado por la noche? Cuando te sostuve entre mis brazos, te hice el amor y pensé que estábamos construyendo un futuro.

—¡Lo estamos haciendo!

—Entonces ¿por qué no lo mencionaste el domingo por la mañana? Cuando pusimos todas las cartas sobre la mesa y juramos ser sinceros.

Hago una mueca.

Niega con la cabeza y una expresión que no sé interpretar le incendia el rostro. El corazón se me hunde ante la traición que veo en sus ojos. El estómago se me retuerce con dolor y presiono las manos contra él. Una punzada afilada me atraviesa las costillas y, durante un segundo, me pregunto si voy a desplomarme.

La preocupación prende en los ojos de Easton, pero desaparece en cuanto me enderezo. Inclina la cabeza y baja la voz.

—Te dije que siempre te pondría por delante. Te juré que me marcharía antes de hacer algo que pudiera dañarte.

Levanto la cabeza de golpe mientras la confusión me grita dentro del cráneo.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo ibas a hacerme daño?

Abre los brazos, exasperado.

—Claire, no puedes renunciar a ti misma solo porque estemos juntos.

—No es lo que estoy haciendo.

—¿Ah, no? ¿Rechazar el trabajo estable, con sueldo fijo y prestaciones, que tus padres llevan tanto tiempo queriendo para ti?

¿Preparar la cena todas las noches y limpiar la casa en tu tiempo libre? ¿No salir con tus amigas ni ir de fiesta con Rielle?

—Eso no... Yo no...

—¡No soy tu proyecto personal! —brama.

Me echo hacia atrás como si me hubiera abofeteado. De algún modo, sus palabras lo consiguen. Afiladas y en carne viva, me raspan la piel cuando me las arroja.

—Easton, ya lo sé. Nunca he intentado cambiarte.

Se me quiebra la voz y él hace una mueca.

—Lo sé, Claire. Intentaste cambiarte a ti misma.

Su expresión está tan derrotada que avanzo hacia él.

Niega con la cabeza y retrocede unos centímetros. El gesto me duele un millón de veces más que sus palabras y me rodeo el cuerpo con los brazos, sin importarme que las lágrimas que llevo conteniendo se desborden. Dos lágrimas ardientes me recorren las mejillas y la mirada de Easton se clava en ellas.

—Easton, por favor, no hagas esto. No me hagas esto. No nos lo hagas —susurro, aunque ya sé lo que va a decir.

Y lo odio.

—No podemos seguir con esto, Claire. No puedes conformarte con menos. No voy a permitirlo.

—Estar contigo no es conformarme —sollozo, desesperada por hacerle entrar en razón—. ¡No lo es!

—Y yo no puedo soportar tantos altibajos —continúa como si no hubiera hablado—. No es bueno para mí. Ni para mi recuperación.

Bueno, joder.

Eso me deja paralizada.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Estás diciendo que yo no soy buena para ti? ¿Que estoy interfiriendo con tu recuperación? —pregunto, porque necesito que lo diga antes de aceptar que esa es su verdad.

Vacila y una chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Pero después controla sus facciones y se enfrenta directamente a mi mirada.

—Estoy diciendo que ya no puedo seguir en esto contigo, Claire. No somos buenos el uno para el otro. Acabarás resentida conmigo y

yo acabaré haciéndote daño.

—¿Como ahora mismo? —Me señalo, con la cara cubierta de lágrimas.

Easton no muestra ningún remordimiento cuando escupe:

—Sería mucho peor si hubiéramos invertido un año en esto. Al menos solo han sido un par de meses.

Niego con la cabeza y me seco la cara con los nudillos. Aun así, las lágrimas siguen cayendo. La cabeza me da vueltas y las náuseas me revuelven el estómago.

Está rompiendo conmigo.

No me quiere.

No soy suficiente para él.

Es una revelación dolorosa que me despeja por completo.

Asiento una vez y me paso la manga por los ojos.

—Vale. Me marcharé esta noche.

Easton suspira como si estuviera siendo dramática.

—No seas ridícula, Claire. Tómate tu tiempo. No tienes que...

—Voy a hacer las maletas —lo interrumpo antes de girarme sobre los talones y subir ruidosamente las escaleras.

Entrar en su dormitorio es como morir por un millón de cortes de papel. Un sinfín de pequeñas heridas me desgarran el corazón y lo hacen pedazos. Me tiemblan las manos y siento que voy a vomitar. Aun así, me obligo a recoger todo lo mío que encuentro. Lo dejo caer dentro de mi bolsa de viaje de lunares y meto la ropa en la maleta pequeña. Tardo menos de lo que debería en empaquetar mi vida. En una hora, todo lo que creía saber se ha ido al infierno y todo aquello con lo que contaba para mi futuro ha dejado de existir. Envío un mensaje y echo un último vistazo al dormitorio de invitados.

Cuando arrastro la maleta escaleras abajo, Easton avanza para ayudarme. Levanto una mano y lo detengo.

—Ya has hecho bastante por mí, gracias.

Su expresión se endurece excepto por los ojos, que sangran emoción. Pero los bloqueo. No puede tener las dos cosas. O me quiere o no me quiere. No puede apartarme y después hacerme sentir culpable por ello.

—Gracias por dejar que me quedase aquí —digo con ligereza mientras saco el abrigo del armario.

—Claire... —suspira—. ¿Adónde vas?

—A casa.

—¿Cómo vas a llegar? —Easton intenta ganar tiempo mientras cambia el peso de un pie al otro.

—Me están esperando fuera.

Frunce el ceño.

—¿Quién? ¿A quién has llamado?

—A mi hermano —murmuro mientras abro la puerta principal.

Miro fuera y me encuentro con la expresión preocupada de Austin al pie de las escaleras.

Austin mira más allá de mí y fulmina a Easton con la mirada. Yo no me molesto en darme la vuelta para verle la cara. Principalmente porque sé que me dolería y ya me estoy ahogando en dolor.

—Nos vemos por ahí, Easton —digo por encima del hombro antes de cerrar la puerta detrás de mí.

VEINTICINCO EASTON

EL GOLPE en la puerta hace que me incorpore de un salto.

Han pasado cuatro horas desde que Claire se marchó. ¿Ha vuelto? Una parte de mí espera que sí mientras la otra reza para que no.

—De verdad que estoy bien. Gracias por escucharme. —Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja mientras avanzo hacia la puerta principal.

—¿Me llamarás si necesitas algo? —pregunta Rick, mi padrino.

—Sí, tío. Te lo juro. Estoy bien.

—Vale. Mantén la cabeza alta, East. —Vacila y espero a que continúe—. Ya sabes que por esto recomiendan no iniciar ninguna relación sentimental durante al menos un año.

—Lo sé —respondo.

Pero Claire es diferente, ¿verdad?

En cuanto termino la llamada, abro la puerta de par en par. Noah y Austin me observan con expresiones sombrías.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto con el ceño fruncido.

Mi hermano me lanza una mirada y pasa a mi lado para entrar en el recibidor. Austin me fulmina durante un largo instante.

—¿Cómo está? —pregunto.

Suelta una maldición y entra. Cierro la puerta y los sigo hasta la cocina. Noah llena varios vasos de agua y abre el armario de los aperitivos. Saca unas bolsas de pretzels y patatas fritas.

Levanto las cejas.

—¿Vamos a darnos un atracón esta noche?

—Mejor que beber —replica Austin con brusquedad.

Noah suspira y señala los taburetes de la barra.

—Sentaos los dos. Tenemos que arreglar esta mierda. Está afectando al equipo, está afectando a tu recuperación... —Me señala antes de dirigir la mirada hacia Austin—. Y está afectando a tu hermana.

Hago una mueca al oír mencionar a Claire y odio un poco que Noah haya dirigido ese comentario hacia Austin en lugar de hacia mí. No es que Claire no me importe. No es que no esté aquí sentado ardiendo de puta necesidad por ella.

Pero ¿cómo vamos a avanzar si no es sincera conmigo? Además, se merece mucho más de lo que yo puedo ofrecerle, ¿no? El trabajo, la estabilidad, una vida social. ¿La empujé a dedicarse a lo de los grupos? ¿Mi apoyo abrió una brecha todavía mayor entre ella y sus padres?

Un pensamiento alarmante me deja inmóvil.

¿Mary y Joe también están resentidos conmigo?

—¿Cómo está? —repito, desesperado por saberlo.

—Está dolida —responde Austin con cuidado.

Me fulmina con la mirada.

—¿Qué coño ha pasado, tío?

Muerdo una patata y disfruto del crujido ruidoso. Definitivamente vamos a darnos un atracón.

—No me contó lo de la oferta de trabajo en Nueva Jersey. Y discutimos.

Austin entorna los ojos.

—¿Qué trabajo?

Noah suelta una maldición.

—¿Tú tampoco lo sabías? ¿Qué pasa, solo se lo contó a Indy?

—Y probablemente a Savannah y Rielle —admite Austin.

Después dirige toda su atención hacia mí.

—¿Le pediste que se quedara?

Me echo hacia atrás.

—Por supuesto que no. Por eso discutimos.

—Quiere rechazar la oferta —deduce Austin.

—No puede dejar pasar oportunidades por mi culpa —declaro.

—Por fin coincidimos en algo —murmura Austin.

Percibo una pizca de respeto a regañadientes en su tono y me aferro a ella.

—Mira, Aus, quiero a tu hermana.

Austin se sobresalta como si mi declaración fuera la sorpresa del siglo. Aprieto los labios y analizo su expresión.

Quizá lo sea.

Nunca he sido tan rotundo sobre mis sentimientos por nadie, y mucho menos por una mujer. Pero Claire no es una mujer cualquiera. Es mía. Aunque ya no esté conmigo, jamás dejaré de anteponer sus intereses a todo lo demás.

A mis propios deseos.

—Quiero lo mejor para ella —continúo—. Y ahora mismo eso no soy yo. Ni esto.

Abro los brazos para abarcar el espacio donde Claire y yo hemos convivido durante los últimos meses.

—Debería centrarse en su carrera, en su vida, en sus amigas. — Me paso una mano por el pelo—. Joder, la semana pasada me largué y la dejé sola porque necesitaba despejarme. No intento marearla, tío.

Vuelvo a mirar a Austin.

—Pero, si soy sincero, tengo la cabeza hecha un lío. No soy bueno para ella. No mientras esté así.

Austin me estudia con atención. Al otro lado de la isla, Noah cambia el peso de postura y cruza y descruza los brazos.

—¿Cómo lo estás llevando? —pregunta mi hermano.

—Estoy bien. Acababa de colgar con mi padrino cuando habéis llamado. Sinceramente, mi peor noche fue el fin de semana pasado. Volví a casa y había una botella de vodka sobre la encimera...

—¿Qué? ¿Cómo? —me interrumpe Noah.

Hago un gesto con la mano, sin querer que culpen a Claire pero tampoco dispuesto a mentir.

—Claire y Rielle se la olvidaron...

—Dios —susurra Austin.

Niego con la cabeza.

—No fue culpa suya. Fue mía. Además, yo me iba a quedar en casa de Panda. El caso es que sigo luchando contra esto. Lo haré durante el resto de mi vida y lo sé. Pero aún no estoy lo bastante alejado de todo para tener mecanismos que siempre funcionen. Aquella noche necesité a Claire de la misma manera que antes necesitaba el vodka. ¿Creéis que es justo cargar a alguien con ese tipo de presión?

Miro alternativamente a Noah y a Austin.

—No os confundáis. Quiero estar con Claire.

Austin se pone rígido a mi lado.

—Pero no si siente que no puede ser sincera conmigo. No a costa de su felicidad. Y no a costa de conseguir que acabe resentida conmigo —digo mientras me recuesto en la silla.

—Es lo más adulto que te he oído decir en toda tu vida —comenta Noah.

Incluso Austin asiente.

—No sabía que para lo vieses de esa manera —añade después de unos instantes—. Mi hermana... Bueno, por lo visto lleva años completamente colada por ti. Pensaba que tú solo estabas... jugando con ella.

Que pudiera pensar eso de mí, que sería capaz de tratar a su hermana con semejante despreocupación, duele.

—Jamás intentaría tener algo informal con Claire. No le haría eso. Ni a ti ni a tus padres.

—Ahora lo sé —responde.

—Llevo enganchado a Claire mucho más tiempo de lo que nadie imaginaba. —Le dedico una sonrisa ladeada—. Solo que se me da mejor ocultar las cosas.

Austin resopla y niega con la cabeza.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me centro en el hockey. Sigo adelante con mi recuperación. Aprendo a avanzar. Y le doy a Claire el espacio que necesita para perseguir el futuro que desea.

—¿Así de fácil? —pregunta Noah con escepticismo.

Niego con la cabeza.

—No es fácil en absoluto. Dejarla marchar es lo más difícil que he hecho jamás. Pero llevo diciéndolo desde el principio: quiero lo mejor para ella.

—Yo también —coincide Austin.

—Vale. —Noah golpea los nudillos contra la encimera—. Entonces ¿estáis bien?

Miro a Austin, asiento y le tiendo la mano.

Él la aparta de una palmada y me rodea el cuello con un brazo, apretando un poco más de lo necesario.

—Estamos bien.

—Bien. —Noah expulsa un suspiro.

Austin me suelta y nos mira a Noah y a mí.

—Ahora hablemos de hockey.

Me vuelco por completo en el juego.

Salvo por las reuniones de Alcohólicos Anónimos y las sesiones de terapia, vivo, respiro e incluso duermo hockey. En muchos sentidos, vuelvo a sentirme como un niño, y resulta revitalizante.

Mantengo la agenda repleta pero sencilla. Mi rutina es intensa, aunque la recibo con gusto. Me concentro en reparar mis relaciones con los chicos del equipo, especialmente con Austin y Torsten. Lo doy todo en mi recuperación y asisto a sesiones adicionales de terapia para enfrentarme a los pensamientos oscuros que aún dan vueltas por mi cabeza a altas horas de la noche.

En una de esas sesiones, mi terapeuta me observa pensativo y pregunta:

—¿Con qué frecuencia sigues hablando con tu padre?

Me quedo en silencio mientras pienso en el último año.

—Cuando no estoy en rehabilitación —bromeo.

Él esboza una sonrisa.

—Unas cuantas veces al mes.

—¿Siempre te llama él?

Asiento.

—Cuando está borracho.

—¿Por qué respondes?

—Porque es mi padre —contesto de forma automática.

Después me recuesto en la silla y permito que la respuesta cale.

—Porque nunca he dejado de responder.

Mi terapeuta asiente.

—¿Qué crees que ocurriría si no contestaras?

La ansiedad me trepa por la garganta como siempre que mencionamos a papá.

—No lo sé. Puede que volviera a llamar. Puede que no.

—¿Y tu hermano? ¿Qué relación mantiene con vuestros padres?

—Dejó de tratar con ellos hace mucho tiempo. Envía un cheque y eso es todo.

—¿Lo llaman?

Niego con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

—¿Crees que un acuerdo similar podría funcionar para ti? —
plantea con delicadeza.

Me remuevo en el asiento mientras imagino una época en la que no tuviera que estar disponible cada vez que papá chasquea los dedos. Todas aquellas noches heladas de mi infancia regresan de golpe. Después, los partidos a los que acudía, golpeando el cristal con el puño para llamar mi atención y lanzarme algún insulto. Seguidos por las llamadas que he estado atendiendo durante los últimos años. Cada vez que colgamos, lo siento. La necesidad desgarradora de beber, la desesperación por borrar mis recuerdos, el deseo de no sentir nada.

—Puede ser —acepto al final.

—¿O crees que una posible solución sería cortar el vínculo bajo tus propias condiciones?

Levanto la mirada y entorno los ojos.

—¿Qué quiere decir?

Mi terapeuta me observa con calma. Es metódico y minucioso. Bajo su escrutinio, me siento como un niño pequeño, incapaz de contener la energía que me recorre las venas.

¿Podría hacerlo? ¿Cortar la relación igual que Noah?

¿Por qué nunca me había parecido una posibilidad?

Mi sangre corre por tus venas.

Porque temo parecerme a él.

Ser él.

—¿Qué crees que quiero decir? —pregunta.

Resoplo.

—Que debería llamar a mi padre, establecer unos límites, respetarlos y seguir adelante. Igual que hizo Noah —suelto la respuesta que llevaba todo este tiempo delante de mí.

—Podría ser una solución —coincide mi terapeuta sin revelar nada en su expresión.

Pongo los ojos en blanco y expulso un suspiro.

—¿Y si vuelve a llamar?

—¿Crees que seguirá llamando cuando pasen los primeros meses sin que respondas?

Niego con la cabeza, sabiendo que no lo haría. La perseverancia nunca ha sido su fuerte.

—Entonces... —me anima.

—Entonces podría seguir adelante —comprendo mientras me froto la mandíbula.

—Sería un paso en esa dirección.

Reflexiono sobre ello y finalmente asiento.

—Merece la pena intentarlo.

El doctor Le sonríe.

—Yo también lo creo. Nuestro tiempo de hoy ha terminado, pero nos veremos...

—El viernes.

—El viernes —confirma mientras se levanta.

Salgo de la consulta del doctor Le y sigo pensando en nuestra conversación durante todo el camino hasta el coche. De repente, la respuesta parece muy obvia.

Muy sencilla.

Enciendo el vehículo y conecto el Bluetooth. Después, por primera vez en tres años, marco el número de mi padre en lugar de esperar su temida llamada.

—Sí —responde con voz áspera.

—Papá, soy yo.

—¿Qué quieres?

—Quiero decirte que se acabó.

Resopla.

—¿Qué se supone que significa eso, East?

—Que no quiero volver a saber nada de ti —aclaro con voz firme.

—Espera un momento. Tu madre y yo no podemos...

—Recibiréis una transferencia el primer día de cada mes. No voy a dejar a mamá sin dinero y eso significa que también estoy obligado a mantenerte a ti. Pero será lo único. Ya no responderé a tus llamadas, tanto si estás sobrio como si estás borracho a punto de perder el conocimiento. No volveré a escuchar tus historias lastimeras ni tus gilipolleces e insultos. No quiero volver a saber nada de ti.

Permanece en silencio durante un minuto y la falta de respuesta me pone nervioso.

Entonces dice:

—Por fin estás espabilando, ¿eh?

—Por fin. Y tengo que darle las gracias a Noah —respondo, porque quiero que sepa que comprendo perfectamente todo lo que le debo a mi hermano.

—A Noah tienes que agradecérselo todo —ladra.

—Sí —coincido—. Y a ti nada. Cuídate, papá.

Cuelgo.

Cierro las manos alrededor del volante y aprieto con fuerza. Tengo el cuerpo tembloroso y los nervios me recorren las extremidades. Miro el mundo al otro lado del parabrisas.

Personas tomando café en las esquinas mientras esperan a que cambie el semáforo. Madres llevando de prisa a casa desde la guardería a sus hijos pequeños, enfundados en trajes para la nieve. Coches que pasan a toda velocidad.

Me río.

Dios, cómo me río.

De forma histérica, hasta que termino inclinado hacia delante y agarrándome el estómago. Es una liberación enorme que dura varios minutos y me deja sin aliento y mareado.

Toda mi perspectiva cambia durante los diez minutos que paso sentado dentro del coche. Por primera vez, comprendo que estaré bien. No volveré a recaer. Tengo las herramientas, la voluntad y el propósito necesarios para seguir avanzando.

Solo un día cada vez.

Un pie delante del otro.

Esta vez no fracasaré.

Conduzco hasta casa, subo corriendo a mi habitación, preparo la bolsa y me dirijo al aeropuerto.

Tengo un partido de hockey que ganar, unos playoffs que esperar con ilusión y una vida que empezar a vivir.

VEINTISÉIS
CLAIRE

—POR CLAIREBEAR DESIGNS. —Rielle alza su copa de vino, con los ojos brillantes.

Indy sonríe y hace chocar su agua con gas y lima contra nuestras copas.

—¡Bien!

Pongo los ojos en blanco, pero no consigo contener la sonrisa que se instala en mi cara.

—Gracias, chicas. No puedo creer que de verdad esté haciendo esto.

Rielle hace un gesto con la mano.

—Sinceramente, ya era hora.

Indy asiente.

—Y tus padres ya no parecen tan en contra desde que les enseñaste tus planes de negocio y marketing.

Arrugo la nariz.

—Es verdad. Pero no visteis la cara de papá cuando le dije que había rechazado la oferta de trabajo de Nueva Jersey.

—Ha cambiado de opinión bastante rápido en solo tres semanas —comenta Indy.

—Mamá ayudó —le explico.

Cuando les hablé por primera vez de la oferta de Nueva Jersey, después de que Austin se la mencionara, se pusieron eufóricos. Quiero decir, mamá me aseguró que me echaría de menos si me mudaba, pero estaban orgullosísimos de que hubiera conseguido el trabajo de sus sueños para mí.

¿El único problema?

Que no era el trabajo de mis sueños.

Lo asumí por completo cuando fui físicamente incapaz de aceptar la oferta. Eso y que Big Roxi me pidió que diseñara la portada de su próximo sencillo y varias propuestas de merchandising. Dijo que estábamos probando y que, si le gustaba mi trabajo, podríamos hablar sobre la portada de un álbum completo. También firmó una carta de encargo con el bufete de Aiden.

Después de rechazar el trabajo de Nueva Jersey, salí disparada hacia el piso de Rielle. Con sus conocimientos de marketing y el talento de Indy para la investigación, preparamos un plan empresarial y de marketing que hizo que papá abriera los ojos con sorpresa, que la sonrisa de mamá se ensanchara y que incluso me ganara el respeto de Austin.

En una semana monté una página web, registré una sociedad de responsabilidad limitada y empecé un boletín informativo. Soy empresaria. De un negocio pequeño, incipiente e incierto, pero ClaireBear Designs es completamente mío.

Doy un largo sorbo de vino y disfruto del sabor.

—¿Cómo llevas lo demás? —me pregunta Indy.

Me encojo de hombros.

—Estoy bien.

Rielle arquea una ceja.

Corrijo:

—Estoy intentando estar bien. Estoy dolida. Echo de menos a Easton. Muchísimo. Pero, en cierto modo, creo que vosotras e incluso East teníais razón. Nos lanzamos demasiado deprisa. Fueron muchas cosas en muy poco tiempo y...

Hago una pausa para ordenar mis pensamientos.

—Quizá necesitaba este tiempo para aclararme yo sola. Me siento mejor ahora que mi vida tiene una dirección. Me encanta tener una

vía de escape para mi creatividad. Si no tuviera ClaireBear Designs, estaría sin duda compadeciéndome de mí misma. Supongo que estoy todo lo bien que puedo estar ahora mismo.

—Pero ¿sigues deseando que Easton y tú estuvierais juntos? —pregunta Rielle.

Asiento. Después suspiro.

—No quiero poner en peligro su recuperación, pero cuando estábamos juntos... lo era todo a la vez. ¿Sabéis esas historias de amor que salen en las películas? Cuando todo es arrollador y apasionado. Con East todo era así. Existía una intensidad, una comprensión entre nosotros. Era más profundo y más real que cualquier cosa que hubiera vivido antes.

Les dedico una sonrisa triste a mi prima y a mi amiga.

—Me preocupa que él sea el único para mí. Que nunca vuelva a encontrar algo así con otro hombre.

Espero que se rían o resten importancia a mi preocupación. En cambio, las dos me observan con inquietud reflejada en el rostro. Y no esa preocupación cargada de lástima, sino una llena de empatía.

Indy estira la mano y toma mis dedos entre los suyos.

—Todavía puede pasar.

Me encojo de hombros.

—Puede ser. ¿Cómo está él?

Indy expulsa un suspiro y Rielle se inclina hacia delante. Indy nos mira.

—Ya sabéis que Noah y yo prometimos que no nos involucraríamos en lo que sea que ocurre entre vosotros.

Rielle se ríe.

—Pero tú eres de mi sangre, así que... está todo lo bien que puede estar —dice Indy.

Frunzo el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está haciendo lo mismo que tú. Se mantiene exageradamente ocupado. Reuniones de Alcohólicos Anónimos, entrenamientos, ejercicio, terapia. Se está volcando en ello totalmente. Pero también está sanando, aclarando las cosas y saliendo adelante.

—Bien. —Sonrío.

Y lo digo en serio. Más que nada, quiero que Easton sea feliz. Aunque duela que no estemos juntos. Aunque me hiciera daño cuando rompimos. A pesar de muchas cosas, al final quiero lo mejor para él de la misma manera que él desea lo mejor para mí.

Si eso no es amor, no sé qué lo es.

Pero sigo sufriendo los sacrificios que exige. El amor es un auténtico hijo de puto caprichoso.

Indy me sonrío, me aprieta los dedos y después me suelta.

—Estoy orgullosa de ti, Claire.

Hago una pequeña reverencia.

—Gracias, gracias. Y gracias a las dos por toda vuestra ayuda. No habría podido conseguirlo sin vosotras.

Rielle se termina la copa de vino y sonrío.

—Cuando quieras. Además estoy aliviada porque no te mudes a Nueva Jersey.

Me río.

—Sí, yo también.

Rielle se levanta y acerca la botella de vino hacia mí.

—Tengo que irme a trabajar, pero tú quédate y bebe el vino.

Me señala.

—Puedes hacerle compañía.

Sonríe a Indy.

Indy y yo nos reímos, pero también nos ponemos en pie.

—¿De verdad tienes que irte a trabajar ahora? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Trabajas más que nadie que conozca —interviene Indy—. Más vale que te den ese ascenso.

La sonrisa de Rielle desaparece y, durante un segundo, una oleada de preocupación le cruza la cara. Pero enseguida vuelve a controlar la expresión y fuerza una risa.

—Sí. Eso espero.

Algo en su voz me inquieta y le toco el brazo.

—Rielle, ¿va todo bien? —pregunto al fin algo que lleva semanas dando vueltas en mi cabeza.

Pero durante la mayor parte de ellas estaba demasiado absorbida por mi propio drama como para preguntarle de verdad a mi mejor amiga cómo estaba llevando el suyo.

Rielle se muerde el labio inferior y abre mucho los ojos, aunque asiente.

—Sí, estoy bien.

Se mete el pelo detrás de las orejas y levanta un hombro.

—Últimamente tengo mucha presión en el trabajo. A veces me siento abrumada.

—¿Seguro que solo es eso? —insisto, buscando más información. Mira alternativamente a Indy y a mí.

—Seguro.

—Vale —dice Indy mientras se inclina para besar a Rielle en la mejilla a modo de despedida—. Pero, si necesitas desahogarte, ya sabes a quién llamar.

Apoya una mano sobre la barriga cada vez más redonda.

—Prácticamente vivo en el sofá a partir de las cuatro de la tarde.

Rielle se ríe.

—Estás increíble, Indy. Resplandeciente y todo eso.

—Y todo eso —coincido con un resoplido.

Abrazo a mi mejor amiga para despedirme y sigo a mi prima hasta su coche.

—¿Crees que está diciendo la verdad? —le pregunto a Indy.

Indy abre las puertas y se detiene con una mano sobre el tirador.

—No lo sé —responde pensativa—. Creo que nos está contando todo lo que puede en este momento. Sí parece agobiada y su trabajo es realmente intenso. No es de las que cuentan demasiado, así que a veces me pregunto si sabe siquiera cómo desahogarse.

Asiento, de acuerdo con su valoración. Aunque Rielle y yo compartimos habitación en la universidad, es una persona muy reservada. Abro la puerta del copiloto.

—¿Quieres que cenemos?

Las dos nos metemos en el coche e Indy lo arranca.

—¿Mexicano?

—Obviamente —respondo.

Desde la primera vez que comí en el restaurante mexicano de fusión el día que Easton salió de rehabilitación, me he convertido en clienta habitual. Unas dos veces por semana.

Indy se abrocha el cinturón y sale de la plaza de aparcamiento en dirección a su piso.

—¿Vas a comprarte un coche ahora que te quedas por aquí?

Me río y le doy unas palmaditas al salpicadero.

—¿Para qué iba a hacerlo si os tengo a ti y a Austin para llevarme a todas partes?

Resopla.

—Quizá —digo despacio—. En cuanto encuentre un sitio donde vivir.

—¿La tía Mary y el tío Joe ya te están volviendo loca? —Indy me mira de reojo.

—Tienen buenas intenciones. Es solo que... estoy preparada para avanzar con mi vida, ¿sabes?

Indy asiente y se detiene ante un semáforo en rojo. Se vuelve hacia mí y sonrío.

—Lo sé. Pero, Claire, ya lo estás haciendo.

Pienso en eso durante el resto del trayecto hasta el restaurante. La frase permanece conmigo durante toda la cena, por la noche cuando me quedo trabajando hasta tarde y a lo largo de toda la semana.

Indy tiene razón.

Ya estoy avanzando.

DOS SEMANAS DESPUÉS

¿Lo mejor del comienzo de abril? Que se empieza a vislumbrar la primavera a la vuelta de la esquina.

Y que los Hawks se clasifican para los playoffs.

La noche en la que ganan el último partido de clasificación, la ciudad estalla. Los vítores resuenan, las banderas ondean desde

porches, ventanas de pisos y coches, y todo el mundo brinda por una posible victoria en la Stanley Cup.

Una Indy en el segundo trimestre tiene mucha más energía que una Indy en el primero, así que nos unimos al equipo eufórico en Taps para tomar unas copas de celebración.

Esta noche, Taps rebosa de aficionados emocionados. La zona trasera del pub, reservada para el equipo, está más alborotada que de costumbre, con amigos y familiares de los jugadores apiñándose dentro.

Las mejillas de Indy están encendidas por el frío y la felicidad mientras baila junto a la barra. Su barriga por fin empieza a notarse y yo estoy disfrutando muchísimo documentando su embarazo, para deleite de Noah y horror de Indy. Pero, como diseñadora gráfica de la familia, todos sabemos quién va a preparar los elaborados álbumes de recuerdos y fotografías.

Levanta la mano.

—¿Agua o ginger ale? —le pregunto a Indy mientras me inclino sobre la barra para llamar la atención de Pete.

—Ginger ale —responde.

Asiento y miro hacia el otro extremo de la barra.

Unos ojos azul oscuro se aferran a los míos y aspiro con brusquedad.

Easton está aquí.

Su rostro se ilumina al verme y trago saliva, devorándolo con la mirada como si hubieran pasado años en lugar de poco más de un mes.

Quiero gemir.

En voz alta para que todos me oigan.

Porque Easton Scotch está increíble. Para comérselo. Sexy, atractivo, musculoso y...

—¿Has pedido? —Indy me da un codazo.

La aparto de un manotazo y continúo examinando sin ninguna vergüenza al único hombre capaz de hacer que me corra cuando él lo ordena.

Su sonrisa tímida se vuelve arrogante cuanto más tiempo lo observo, pero no me importa.

Porque tiene los ojos despejados, la piel más luminosa y esa boca.

Dios mío, esa boca.

Es suave y carnosa, y aún puedo recordar con una claridad perfecta cómo se sentía recorriendo mi piel.

—¿Claire? —Indy vuelve a empujarme.

Easton se baja del taburete y no aparto la mirada mientras se acerca.

—Ah —dice Indy cuando lo ve—. Yo estaré... allí.

Asiento sin molestarme en mirar dónde queda «allí».

Se acerca y me giro para apoyar la espalda contra el borde de la barra. A mi alrededor, la gente grita sus pedidos y reclama la atención de Pete. Taps está ruidoso y abarrotado. Pero todo parece desaparecer excepto Easton.

—No sabía si vendrías —dice cuando se detiene delante de mí.

Alguien choca con él por detrás y se acerca más, hasta que las puntas de nuestros zapatos se besan.

—Esperaba que lo hicieras —admite mientras se agarra la nuca y me dedica una sonrisa avergonzada—, pero no lo sabía.

—Yo tampoco esperaba verte aquí.

Se encoge de hombros y mira al equipo y a la multitud.

—Es una noche importante, así que... me estoy portando bien.

Bromea mientras alza un vaso de agua con gas y limón.

—Enhorabuena por clasificaros para los playoffs.

—Gracias.

—Has jugado genial esta noche y, en realidad, durante todo el mes. Has conseguido recuperar tu puesto frente a Sims.

Asiente despacio. Baja la barbilla y acerca la boca a la bebida. Easton da un sorbo y yo me quedo mirándolo, hipnotizada.

—¿Lo viste?

—Todos los partidos.

Mi respuesta le agrada. Esa sonrisa relajada que recuerdo de hace años se extiende por su rostro.

—Solo estás alimentando mi ego.

Me río y una oleada de nostalgia me atraviesa el alma. Echo de menos esto.

Con él.

Lo echo de menos a él.

—Tu ego no necesita que lo alimenten.

Niega con la cabeza y me guiña un ojo.

—Solo tú, Clairebear.

Sonríó y bajo la cabeza. Cuando vuelvo a levantarla, me sorprende la seriedad de su expresión.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Es una pregunta cargada de significado y, por el brillo de sus ojos, sé que pregunta por todo lo que se esconde detrás.

—Estoy bien —respondo.

Me estudia durante un largo instante y sonrío.

—Bien —dice, satisfecho con mi respuesta.

—¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Voy tirando. Día a día. Yo... —Se ríe con nerviosismo y se pasa una mano por la mandíbula—. Te echo de menos, Claire. Ha habido tantas veces en las que he querido llamarte. Contarte... Dios, un millón de cosas.

Todo.

—Desearía que lo hubieras hecho.

Se humedece los labios.

—Yo también.

Easton estira la mano, me agarra el antebrazo y desciende lentamente hasta sujetarme la muñeca.

—¿Podemos hablar?

—Claro.

Te seguiría a cualquier parte.

Gracias a Dios, no pronuncio las palabras.

En lugar de hacerlo, sigo a Easton por un lateral de la barra hasta un pequeño rincón apartado.

Se apoya contra la pared con expresión intensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto, preocupándome porque haya pasado algo.

Inspira hondo.

—¿Me escuchas hasta el final?

Asiento.

—Sé que llevamos un mes sin hablar. Sé que no tengo derecho a pedirte esto. Pero, Claire, lo que siento por ti no ha cambiado. Si no te hubiera visto esta noche, solo habría sido cuestión de tiempo que acabara buscándote.

Frunzo el ceño, tomo su mano y entrelazo nuestros dedos.

—¿Easton?

Esboza esa media sonrisa que me vuelve loca.

—Te quiero, Claire. Dios, estoy enamorado de ti. Han pasado... Bueno, han pasado muchas cosas. Con mi padre. Con el equipo. Con mi recuperación. Pero estoy mejor. Me encuentro en un lugar mejor. Y, si estás dispuesta, aunque no quiero presionarte si no lo estás...

—Dilo de una vez —lo interrumpo, perdiendo la paciencia.

Se ríe y me acuna un lado del rostro con la mano.

—¿Tendrías una cita conmigo, Claire? Una de verdad. Y, si sale bien y te diviertes, ¿aceptarías una segunda? ¿Te plantearías mantener una relación a distancia? Nueva Jersey no está tan lejos. Podría ir durante el verano y nosotros...

—No me mudo a Nueva Jersey —suelto de golpe, frunciendo el ceño porque aún no lo sepa.

Se detiene y la sorpresa queda patente en su expresión.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no quería el trabajo. Ya te lo dije.

Agarro la muñeca de la mano que sigue sujetándome la cara y me inclino hacia su contacto. Le sonrío.

—He abierto mi propio negocio. ClaireBear Designs. He conseguido un encargo con Big Roxi. Estoy haciendo mucho trabajo para The Burnt Clovers.

Arrugo la nariz y bajo la voz.

—Va realmente bien.

Cierra los ojos y una sonrisa enorme se extiende por su rostro. Cuando vuelve a abrirlos, están llenos de orgullo.

—¿De verdad?

Asiento.

—Dios, cariño, estoy jodidamente orgulloso de ti.

—Gracias —respondo—. Y lo digo en serio porque no sé si habría tenido el valor de empezar de no ser por ti.

—Lo habrías hecho —afirma con convicción—. Enhorabuena, Claire.

Me muerdo el labio inferior, me pierdo en sus ojos como siempre y me acerco un poco más.

—Pero, si sigue en pie la oferta de intentarlo sin distancia...

Baja la cabeza y espera mi respuesta.

—Entonces diría que sí.

Sonríe, con nuestras narices casi rozándose.

—¿Sí?

Me pongo de puntillas y lo beso. Es lento y profundo, lleno de alma.

Mejor de lo que recordaba.

—Sí.

VEINTISIETE EASTON

JOE MERRICK ABRE la puerta y se echa un poco hacia atrás sobre los talones.

—Pasa, East —dice, apartándose a un lado.

Por primera vez en mi vida adulta, me pongo nervioso al entrar en casa de los Merrick.

—¿Qué tal va todo, Joe? —pregunto mientras me quito el abrigo.

—Bien. ¿Y tú?

Coge mi abrigo y lo cuelga en el armario del recibidor.

—Bastante bien —respondo mientras lo sigo hasta la cocina.

—Claire todavía se está vistiendo.

Asiento.

—¿Agua o Coca-Cola? —Se inclina hacia el frigorífico.

—Una Coca-Cola estaría bien.

Cambio el peso de un pie al otro. Joe no ha sido más que educado y cordial desde que abrió la puerta, pero ese es precisamente el problema: se muestra educado en lugar de sincero, rígido en vez de cálido.

Me lanza una lata y apoya la parte baja de la espalda contra la encimera. La expresión interrogante de sus ojos azules, de un tono más oscuro que los de Claire, está más que justificada, y suspiro.

Se merece una explicación. Joder, después de cómo intentó guiarme tras toda la mierda que mi padre me hizo pasar, se merece muchísimo más que mi silencio.

—Joe. —Me aclaro la garganta y lo miro a los ojos.

He pasado por suficiente terapia como para saber que dejar claras mis intenciones desde el principio es la mejor forma de avanzar.

—Estoy enamorado de tu hija.

Se endereza al oírme y un destello de sorpresa, aunque no de conmoción, le cruza el rostro.

—Sé que no soy lo bastante bueno para ella —añado—. Pero intento serlo. Claire y yo hemos tenido una relación complicada durante años. He intentado mantenerme alejado de ella. He intentado verla como la hermana pequeña de Austin. Pero ya no puedo hacerlo.

Da un trago a la Coca-Cola sin que su expresión revele nada.

—Siento cómo la traté y la forma en que terminaron las cosas entre nosotros. Pero quiero hacerlo bien, como ella se merece. Quiero salir con ella. Quiero que vuelva a vivir conmigo si eso es lo que desea. Quiero tratarla como se merece y hacer las cosas bien con tu familia. Y me gustaría que estuvieras de acuerdo.

Me observa con frialdad.

—¿Me estás pidiendo permiso, East?

Aprieto la lata de Coca-Cola mientras el corazón me retumba en los tímpanos. La sinceridad, mi antigua enemiga, hace sonar un gong dentro de mi cabeza, una advertencia y un recordatorio.

—No, Joe —respondo con la verdad—. Te respeto más que a ningún otro hombre que conozca. Pero mi relación con Claire es asunto de Claire y mío. Me gustaría contar con tu comprensión, pero no la necesito.

Resopla y niega con la cabeza. Contengo la respiración con el estómago hecho un nudo. Entonces Joe sonríe y sus ojos se despejan.

—Sigues siendo tan jodidamente terco como el día en que te conocí.

Consigo esbozar media sonrisa mientras espero a que continúe.

Ahora se ríe, niega con la cabeza y avanza hacia la isla de la cocina.

—Yo le dije lo mismo al padre de Mary.

Se me abre la boca.

—¿En serio?

Asiente.

—Al principio, no es que mi suegro fuese mi mayor admirador. Había dejado la universidad y tenía telarañas en la cartera.

¿Había dejado la universidad?

—No lo sabía.

Hace un gesto con la mano.

—Terminé la carrera más adelante. Pero en aquel momento necesitaba el dinero para ayudar con las facturas médicas de mi madre. Jemmy todavía no había sido fichado por la NHL. Seguía en el instituto. No me arrepiento de mi decisión y ahora volvería a hacer exactamente lo mismo. Pero el padre de Mary, como es lógico, estaba preocupado por nuestra relación. Le solté una frase parecida a la tuya: me gustaría contar con tu comprensión, pero no la necesito.

—¿Qué dijo?

—Se rio, me dio una palmada en la espalda y dijo: «Bien».

—¿«Bien»?

—Sí —responde Joe con una risita—. Dijo que ningún hombre que no estuviera dispuesto a defender a Mary, incluso frente a su propio padre, era lo bastante bueno para ella. Y siempre se me quedó grabado. Llevas mucho tiempo formando parte de esta familia, East. Sé que lo has pasado mal, tanto de niño como más recientemente. Siempre he creído que eres capaz de superar cualquier cosa que te propongas. Y también sé desde hace años que Claire te importa.

Vuelvo a abrir la boca.

Se ríe y me señala con la lata.

—A Claire se le daba mucho peor ocultarlo, pero tú también tienes algunas señales que te delatan.

Me río.

—En fin, si puedo darte un consejo...

—Por favor.

—No os precipitéis. Este año has atravesado muchos cambios. Claire también. Necesitan tiempo para asentarse. Y los dos os merecéis ese tiempo para descubrir qué queréis, tanto de forma individual como, si así lo decidís, en pareja. Hoy en día todo el mundo tiene prisa por llegar al siguiente paso. Graduarse, trabajar, comprar una casa, casarse, tener un perro, tener un bebé... No existe un proceso correcto. Fui duro con Claire por lo del trabajo porque odiaba verla vagar por casa sin dedicar su energía a algo constructivo. Sé que no la apoyé como debería cuando me habló de ClaireBear Designs, pero, después de comprobar lo mucho que se está esforzando... —Hace una pausa y baja la cabeza— y después de que Mary me dejara claras algunas cosas, puedo admitir que está haciendo un trabajo extraordinario. Tú viste eso en ella antes que ninguno de nosotros. Crees que no eres lo bastante bueno para Claire por culpa de tu pasado, pero no te estás dando suficiente crédito, Easton. No reconoces todo lo que has trabajado para llegar hasta donde estás ahora. Así que tomaos vuestro tiempo y disfrutad saliendo juntos.

—¡Papá! —La voz de Claire llega flotando hasta la cocina—. Deja de echarle la bronca.

Joe resopla.

—Deja de protestar. Vanny lo tuvo peor que tú.

Me guiña un ojo justo antes de que Claire entre en la cocina.

No respondo a Joe porque las palabras desaparecen de mi mente en cuanto veo a Claire. Su presencia me roba el aire de los pulmones y cualquier pensamiento racional.

Se ha alisado el pelo y le cae hasta la mitad de la espalda. Lleva unas botas negras muy sexys, medias negras tupidas, una falda vaquera desgastada y un jersey color crema enorme. Parece recién salida de una revista.

Pero eso no es lo que me hace sonreír.

Sonríó porque sus ojos brillan, tiene las mejillas sonrosadas y me mira como si no pudiera creer que esté aquí.

El alivio me abrasa por dentro al saber que esta mujer, mi Clairebear, me está dando otra oportunidad. Esta vez no la cagaré.

Esta vez prometo ir despacio.

Esta vez no pienso arriesgarme.

—Estás preciosa.

Dejo la Coca-Cola sobre la encimera.

Se sonroja y es lo más dulce del mundo.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal cuando te arreglas.

Joe y yo nos reímos mientras él señala el recibidor.

—Pasadlo bien, chicos. Eh, East, ni siquiera te lo he preguntado.

¿Adónde llevas a mi hija?

Resoplo mientras mis dedos encuentran el centro de la espalda de Claire. En cuanto la toco, vuelvo a sentirme centrado.

—A The Ivy.

Joe silba.

—Bastante elegante para una primera cita.

—No cuando lleva tanto tiempo pendiente.

Joe se ríe mientras Claire y yo nos ponemos los abrigos. Nos abre la puerta principal y se despide con la mano mientras bajamos los escalones hacia mi coche.

Cuando estamos dentro y la calefacción funciona a toda potencia, me vuelvo hacia Claire.

—Me alegro de que dijeras que sí.

Pone los ojos en blanco.

—Como si alguna mujer fuera a decir que no a una cena en The Ivy.

Me río.

—O a ti —añade.

Estiro el brazo sobre la consola central y entrelazo mi mano con la suya.

—Te quiero, Claire.

—Ahora te estás adelantando bastante para ser una primera cita.

Sonrío.

—¿Vas a darme guerra toda la noche?

Niega con la cabeza y sonrío mientras se inclina sobre la consola para besarme la mejilla.

—No toda la noche.

Le aprieto la mano antes de soltarla para poder salir del camino de entrada. Justo antes de girar hacia la calle, dice:

—Y yo también te quiero. Siempre te he querido.

The Ivy es un restaurante elegante del centro de Boston, conocido por su ambiente de moda, su galardonada carta y sus célebres expertos en cócteles. Conseguir una reserva es como intentar conseguir entradas para Hamilton: casi imposible, a menos que sepas a quién pedirselo.

Está claro que llamé a Noah.

Como siempre, mi hermano no me falló.

Cenar en The Ivy es toda una experiencia.

Pero el postre juega en otra liga.

—Dios mío —gime Claire mientras muerde el tiramisú—. Esto es...

—¿Celestial? —propongo.

—Orgásmico —gime.

Resoplo y ella cierra los ojos mientras una sonrisa se extiende por sus labios.

—No puedo creer que pidieras toda la carta de postres.

Su tenedor queda suspendido sobre la tarta de queso con frambuesa.

Me encojo de hombros y doy un sorbo al té.

—Sería idiota si no lo hiciera con los sonidos que estás emitiendo.

Se sonroja, pero sus ojos bailan y deslumbran.

—Esto es divertido.

—¿Salir juntos?

—Volver a estar contigo. Te he echado de menos, East.

—Yo también te he echado de menos, Claire. Dios, fui un completo idiota. Lo siento, cariño. De verdad, de corazón, siento toda la mierda por la que te hice pasar.

Niega con la cabeza y deja el tenedor.

—No, en cierto modo lo entiendo. Quiero decir, podrías haberlo gestionado muchísimo mejor, pero tenías buenas intenciones.

—Hablé con mi padre.

—¿Lo hiciste? —Se inclina hacia mí.

—Sí. Marqué el límite y me quité unas cuantas cosas de encima. Me siento... más ligero. ¿Tiene sentido? No lo sé, Claire. Este último año ha sido jodidamente difícil. Pero siento que las cosas empiezan a encajar, y es sobre todo gracias a ti.

—Yo no hice nada.

—Hiciste muchísimo más de lo que crees.

Busco su mano y deslizo las yemas de los dedos sobre su piel suave.

—Me despertaste y me diste un propósito.

—¿Cuál? —Arquea una ceja con escepticismo.

Le sonrío. Sé que piensa que voy a decir alguna tontería, pero en su lugar le doy la verdad.

—Conseguiste que quisiera ser un hombre mejor. Por ti, por mí, por nosotros.

—Por nosotros —susurra, con los ojos iluminados por una esperanza a la que teme entregarse.

Entrelazo nuestros dedos y le doy mi verdad. Sincera, directa y sin rodeos.

—Ya no quiero correr riesgos, Claire. Quiero hacer las cosas bien contigo.

—¿Y cuál es la forma correcta?

—La que tú quieras.

Se ríe y yo sonrío.

—Quiero salir contigo, hacerte el amor y prepararte el café por las mañanas. Quiero apoyar tus sueños y verte con mi número en mis partidos. Quiero que vivamos juntos, en una habitación, con una sola cama. Puedes elegirla tú.

Su sonrisa se ensancha, pero sus ojos se llenan de lágrimas. Le aprieto la mano y continúo:

—Quiero construir una vida contigo, Claire. Pero quiero hacerlo bien. Así que tenemos que avanzar a tu ritmo y debe encajar con la vida y el futuro que tú desees. ¿Qué te parece?

Parpadea para contener la emoción de sus ojos mientras me devuelve el apretón.

—Creo que quiero todo eso. Todo lo que acabas de decir, lo quiero. Multiplicado por un millón. Para siempre.

Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa mientras nos contemplamos por encima de una mesa repleta de postres exquisitos.

—Tengo una sorpresa para ti —susurro.

El pánico prende en su mirada.

—No vas a pedirme matrimonio, ¿verdad?

Resoplo.

—Bueno, si fuera a hacerlo, ya no lo haría después de ver esa cara.

Pone los ojos en blanco.

—Solo quiero decir que todavía no estoy preparada para...

—Te entiendo, cariño. No es un anillo. Creo que ahora mismo te gustará todavía más.

—¿Qué es?

—Está en mi casa.

Me dedica una mirada.

—El regalo no serás tú, ¿verdad?

Me río.

—Porque eso sería muy poco original, East.

Niego con la cabeza.

—Tampoco soy yo. Pero gracias por pensar que soy un partidazo. Joder, creía que no ibas a meterte conmigo toda la noche.

Se ríe, suelta mi mano y se lleva a la boca otro bocado de tarta de queso.

—Entonces llévame a casa, East. Quiero mi regalo. Y después yo tengo uno para ti.

Mueve las cejas de forma insinuante.

—¿Y ahora quién está siendo cursi? —pregunto.

Pero lo amo.

La amo.

VEINTIOCHO

CLAIRE

SE ME ABRE LA BOCA.

—¿Un despacho? ¿Me has hecho un despacho?

No puedo evitar la admiración contenida que se cuela en mi voz mientras paso la mano por el cartel de la puerta del dormitorio de invitados. Solo que ya no es un dormitorio de invitados. ClaireBear Designs me devuelve la mirada en los colores de mi marca: verde azulado, plateado y blanco. El letrero incluye incluso mi nuevo logotipo, un osito con un gorro ladeado adornado con una estrella.

—Dios mío, East.

—Abre la puerta —dice.

Lo miro y, de repente, me pongo nerviosa.

Se muerde el labio inferior y comprobar que él también parece nervioso me da valor para girar el pomo y entrar en la habitación.

Jadeo y el aliento se me queda atascado en la garganta. Es precioso. Impresionante, incluso. Paredes blancas con una atrevida pared verde azulada alrededor del enorme ventanal que da a la calle. Un escritorio precioso de roble con una silla blanca y gris claro. Sobre la mesa hay cestas metálicas plateadas y un juego de escritorio, ya llenos con todo lo necesario para trabajar. Un iMac ocupa el centro y casi se me salen los ojos de las órbitas.

Permanezco en mitad de la habitación y giro despacio sobre mí misma. Cada detalle en el que se posa mi mirada hace que el nudo de mi garganta aumente. Incluso hay obras de arte. En una pared cuelgan tres piezas de técnica mixta que representan a las leyendas musicales de Boston, locales de la ciudad y algunos de sus elementos más emblemáticos, mientras que la otra está cubierta por estanterías empotradas. Hay unos sujetalibros de ágata y geoda que me resultan terriblemente familiares. Me acerco y sonrío cuando comprendo que pertenecían a mi dormitorio en casa de mis padres.

Miro a East.

—¿Cómo has...?

—Indy —explica.

Se balancea sobre los talones, con las manos metidas en los bolsillos.

Salvo la distancia que nos separa y le rodeo los hombros con los brazos.

—Gracias. Muchísimas gracias, Easton. Esto es... Dios, es precioso. No puedo creer que tú... Quiero decir, ¿cómo has conseguido...?

Expulso el aire y lo beso con fuerza. Cuando me aparto, me alegra ver la felicidad que resplandece en sus iris.

—¿De verdad te gusta?

—Me encanta de verdad.

Suelta un suspiro de alivio.

—Bien. Me alegro.

—¿Cómo has conseguido organizar todo esto? —pregunto mientras vuelvo a girarme.

—Tuve algo de ayuda. —Se ríe—. Uno de mis compañeros de la universidad está casado con Charlie, una diseñadora de interiores. Ahora es bastante importante en Nueva York, pero, cuando le expliqué el proyecto, se lanzó de cabeza a ayudarme. Indy la ha contratado para diseñar la habitación del bebé. Tengo sus datos de contacto por si quieres cambiar algo.

Niego con la cabeza.

—Ni hablar. Es perfecto.

—Bien. —Me rodea los hombros con un brazo y me atrae contra su costado—. Entonces es tuyo.

—¿Así que ahora vendré a la oficina? —pregunto, levantando la mirada hacia él.

El color de su rostro se intensifica y tengo que contener la risa.

¡Easton Scotch se está sonrojando!

—No quiero apresurar nada, Claire. Tu padre me dio un buen consejo...

Gimo y él se ríe.

—Pero, cuando estés preparada, me encantaría que volvieras a vivir aquí. Mientras tanto, sí, considéralo como venir a la oficina. Hasta tenemos café.

Me río y me acurruco más contra su costado.

—Gracias a Dios, porque mamá me está volviendo loca.

Baja la mirada hacia mí, con los ojos iluminados por el humor.

—¿Mary? Imposible.

Los dos nos reímos y me vuelvo dentro de su abrazo.

Easton entrelaza los dedos en la base de mi espalda y me acerca hacia él. Me pongo de puntillas y alzo la boca hacia la suya. Cuando me besa, el mundo entero se desvanece y volvemos a ser solo nosotros.

Easton me besa con una promesa y yo le respondo con una certeza inquebrantable. Esta vez sé que estaremos bien. Esta vez creo de verdad que estamos hechos el uno para el otro.

Con cada fibra de mi ser y en la parte más profunda de mi alma, sé que Easton es mío de la misma manera que yo soy suya.

Y, en cuanto terminen los playoffs, pienso mudarme aquí.

Sus labios se deslizan por mi mejilla y descienden por la columna de mi cuello. Me arqueo contra él cuando sus manos bajan y me aprietan el culo.

Suelto una risita y tiro de Easton para hacerlo caer conmigo al suelo. La mullida alfombra blanca me amortigua la cabeza mientras su cuerpo cubre el mío. Easton se aparta y me sonríe mientras desabrocha la hilera de botones de su camisa de vestir. Después vuelve a bajar la cabeza y me besa despacio.

Estrenamos mi despacho antes de pasar al resto de las habitaciones de la casa.

Y es perfecto.

Perfectamente nuestro.

EPÍLOGO

TORSTEN

TAPS ESTÁ MÁS tranquilo de lo habitual esta noche. ¿Quizá porque he venido antes? Miro el reloj. Son las nueve.

¿Quizá porque los martes hay menos movimiento? No, no es eso.

¿Quizá porque estás comprendiendo lo solo que estás?

El pensamiento me atraviesa y le indico a Pete, el camarero, que estoy preparado para otro chupito. La semana pasada, mi equipo de hockey, los Boston Hawks, se clasificó para los playoffs. Estaba subido en una nube, lleno de emoción y orgullo. Estaba tan eufórico que me resultaba fácil ignorar la presión creciente alrededor de la rodilla cuando me impulsaba sobre el hielo. Incluso podía pasar por alto la tirantez del hombro que se extendía hacia el pecho cuando manejaba el disco de manera agresiva.

Pero entonces llegó ayer.

Ayer me senté con Scott Reland, el propietario de los Hawks, el entrenador Phillips y la alta dirección. Tuve la conversación más dura de mi carrera, de mi vida, y me abrió en canal. Pero la verdad tiene esa capacidad.

Tuve que admitir que mi cuerpo está destrozado. Que ya no me recupero de los golpes, las operaciones y las capas de tejido cicatricial como hace una década. Ni siquiera como hace cinco años, joder.

Por mucho que desee que no sea cierto, ha llegado el momento de colgar los patines. Un sabor agridulce, mucho más amargo que dulce, me llena la boca y cojo la cerveza para darle un trago. No consigo imaginar mi vida sin el hockey. Ha sido la única constante a la que me he aferrado desde que era un chaval de diecinueve años. Lo único con lo que siempre podía contar, aparte de Farmor, mi abuela. Pero ella está en Noruega y yo estoy aquí y...

A menos que encuentre la forma de quedarme en Boston, tendré que abandonar Estados Unidos cuando mi contrato expire a finales de junio. Me froto el pecho con la palma.

Ese es el verdadero problema, ¿no?

Me bebo el tequila de un trago y dejo que su calor se despliegue por mi cuerpo.

Por supuesto que perder el hockey duele. Pero perder mi hogar, la vida que he construido, la única vida que conozco de verdad, se suma al dolor.

Consigo sonreír a unos tíos sentados varios asientos más allá en la barra que no dejan de mirarme.

Llevo tanto tiempo en Boston y tantos años formando parte de la franquicia de los Hawks que hasta los aficionados olvidan que no soy de aquí. ¿De verdad puedo regresar ahora a Oslo? ¿Después de tanto tiempo? ¿Con todas las heridas irreparables que existen entre mi padre y yo? ¿Entre mi hermano Anders y yo?

—Eh, Pete —lo llamo.

Cuando levanta la cabeza, hago un gesto con la mía.

—Otro chupito, por favor.

—Marchando, Hansen. Estamos todos emocionados porque vais a los playoffs.

Sirve el tequila y lo deja delante de mí.

Se me hace un nudo en el estómago y se me oprime el pecho. Fuerzo una sonrisa.

—Gracias, tío. Estoy deseándolo.

Un grupo de mujeres —tres amigas de unos veinticinco años— entra en Taps. La campanilla tintinea sobre sus cabezas mientras se ríen. Son preciosas, todas y cada una, y me tomo un momento para observarlas.

Cuando la morena levanta la mirada, sus ojos encuentran los míos y se demora un instante más de lo necesario. La invitación de su expresión no podría estar más clara. Me río, alzo el vaso de chupito en su dirección y me lo bebo.

Ojalá tuviera una mujer a la que volver a casa. Ojalá no tuviera que tomar todas estas decisiones solo. Pero llevo mucho tiempo valiéndome por mí mismo.

Anoche, mi abogado Bill bromeó diciendo que la manera más fácil y rápida de quedarme en Estados Unidos sería casarme.

Casarme.

Cuanto más tiempo paso sentado en la barra, más crece una idea en mi cabeza. Una idea que ni siquiera debería considerar. Pero aquí estoy, dándole vueltas como si fuera una opción viable.

Llevo siendo un soltero empedernido tanto tiempo que no tengo ni idea de cómo funciona una relación seria. Desde luego, no sé nada sobre el matrimonio.

Pero sé mucho sobre compromiso, comunicación y cumplir mi palabra.

Frunzo el ceño.

Esto es una locura, ¿verdad?

¿Quién querría casarse conmigo?

Un pelo negro, unos ojos oscuros y misteriosos y una boca en forma de capullo de rosa aparecen en mi mente. Unas curvas que me hacen la boca agua y un cabello en el que deseo enredar los dedos hasta anudarlo alrededor de mis nudillos. Niego con la cabeza y aparto las imágenes del mes pasado. Lo único que hice fue asegurarme de que una chica borracha, la mejor amiga de la hermana pequeña de mi capitán, llegara bien a casa. No ocurrió nada entre nosotros salvo un poco de coqueteo inocente.

Nada que pudiera hacerme pensar en ella de esta manera. Ahora.

Aun así, mis ojos vuelven hacia las mujeres del otro extremo de la barra. Se ríen y charlan, gesticulando con las manos mientras las copas de vino se balancean en sus dedos.

¿Y si tuviera una mujer, una compañera, con quien compartir mi vida? ¿Y si tuviera a alguien que me quisiera, una esposa

esperándome en casa?

¿Y si pudiera encontrar un motivo de verdad para quedarme?

¿Te encantan las novelas románticas con matrimonios de conveniencia? ¿Y los multimillonarios irresistibles? En ese caso, no querrás perderte la historia de Torsten y Rielle. Es ardiente, dulce y rebosa emoción. ¡Empieza a leer El impostor ahora!

EL IMPOSTOR

1. RIELLE

—¿En serio vas a irte a trabajar ahora? —pregunta Claire, mi mejor amiga.

Lanzo el bolso sobre el asiento del copiloto y sujeto el teléfono entre la cara y el hombro mientras giro la llave de contacto.

Mi viejo coche, un pedazo de mierda al que llamo Sally con cariño, carraspea.

—¡Venga! No me hagas esto, Sal. —Golpeo la parte superior del volante con la palma.

—¿Todavía no has llevado el coche a revisar? —La voz de Claire está cargada de incredulidad y cierro los ojos.

Respira hondo. Todo va bien.

Vuelvo a girar la llave y las lágrimas de alivio me humedecen las comisuras de los ojos cuando la vieja Sally cobra vida.

—Claire, lo siento. Te lo compensaré. Es solo que...

—Te ha llamado el capullo de Stu. Ri, ¿por qué sigues trabajando para ese tío? Lleva meses prometiéndote un ascenso y todavía nada de nada. Te estás matando para cumplir todos sus plazos y sus exigencias absurdas. ¡Es viernes por la noche! Solo te he visto una vez en las últimas dos semanas.

La desdicha me atenaza el corazón. Claire tiene razón. Durante los últimos diez meses, desde que terminé la universidad, me he

dejado la piel en Hendrix Marketing para demostrar que merezco mi puesto. La mayoría de las mañanas llego a la oficina a las seis y siempre salgo tarde.

Stu no deja de repetirme que aguante un poco más y que la recompensa acabará llegando. El ascenso que lleva seis meses agitando delante de mis narices consigue que siga esforzándome incluso cuando el agotamiento se instala en mi cuerpo.

No necesito una recompensa en forma de reconocimiento. Solo necesito la mejora de sueldo para pagar mis préstamos estudiantiles. Sin embargo, durante los últimos meses mi paciencia ha ido agotándose y las manos de Stu se han vuelto cada vez más atrevidas.

El mes pasado me rozó el culo con los nudillos e intentó fingir que había sido un accidente. Dos veces. Hace tres días dijo que era sexy.

Es repugnante, pero, si soy sincera, la persona que más me decepciona soy yo misma. Sé que debería renunciar. Si le contara a Claire la verdad sobre Stu, me obligaría a dejar el trabajo. Pero necesito este empleo con una desesperación que Claire no comprende.

Principalmente porque nunca se lo he contado.

Me estoy ahogando en deudas.

—Déjame ir un momento a la oficina para ver qué necesita. Te escribiré. Todavía hay muchas posibilidades de que llegue a tiempo a Jolene's.

—Vale —acepta Claire, alargando la palabra—. Espero de verdad que puedas venir, Ri. Y no estoy intentando hacerte sentir culpable. Es solo que te echo de menos. Además, Indy ya no es tan divertida a la hora de beber desde que lo más salvaje que toma es un ginger ale.

Resoplo.

—Está embarazada, Claire.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero aun así...

—Intentaré llegar —prometo—. Voy ahora mismo a la oficina.

Me cruzo el cinturón de seguridad sobre el pecho.

—Te escribiré en cuanto sepa qué ocurre.

—De acuerdo. Ya sabes que siempre podrías derramarle accidentalmente un café sobre la entrepierna a Stu...

Me río.

—No tienes ni idea de cuántas veces me lo he planteado.

—Nos vemos pronto.

Termino la llamada y conduzco en dirección a la oficina.

Stu Sanders lleva casi un año dirigiendo y arruinando mi vida. Más vale que me haya hecho venir por algo bueno, porque mi paciencia pende de un hilo.

No voy a derramar este café hirviendo sobre la entrepierna de Stu Sanders porque sería una inmadurez.

Es mi jefe. Se supone que debo respetarlo. Se supone que debo aprender de él.

Aunque ahora mismo me esté mirando como un puto pervertido.

Respira hondo. Necesito este trabajo. Necesito el dinero. Tengo facturas. Préstamos.

Los ojos de Stu me devoran las caderas y se detienen en mis pechos de la manera más poco profesional y repulsiva posible.

Dejo la taza cerca de su codo, apoyado con despreocupación sobre el escritorio. La taza golpea la superficie y varias gotas de café salpican el protector.

El ruido llama su atención y levanta hacia mí sus ojillos de rata.

Mantengo los labios apretados para no pronunciar los pensamientos que gritan dentro de mi cabeza.

—¿Qué tenemos que revisar con tanta urgencia?

Stu se lame los labios y deja que su mirada permanezca en la mía un instante más de la cuenta.

—¿Por qué? ¿Tienes planes esta noche?

—Sí, Stu. Los tengo y ya llego tarde.

Retrocedo y cruzo los brazos sobre el pecho. Arqueo las cejas y espero a que vaya al grano y explique por qué me ha hecho venir.

Se aclara la garganta e inclina la cabeza.

—¿Una cita?

Aprieto los labios y no respondo.

—¿Has estado alguna vez con un hombre mayor y más maduro, Rielle? ¿Alguien que supiera qué hacer en la cama con una mujer como tú?

Jadeo.

¿Está de puta coña?

Se me eriza la piel al advertir el hambre de sus ojos, como si en este preciso instante estuviera imaginándome extendida bajo su cuerpo.

Me entran ganas de vomitar.

El fogonazo de rabia se apaga enseguida bajo una dosis considerable de miedo. Tengo que largarme de aquí.

Empiezo a darme la vuelta cuando la mano de Stu se cierra alrededor de la parte trasera de mi muslo. En cuanto sus dedos carnosos me agarran la pierna, doy un respingo y tropiezo hacia atrás al engancharse el tacón en la moqueta.

Se abalanza sobre mí y me rodea la cintura con el otro brazo para evitar que caiga.

—No hace falta que te arrojes a mis pies, cariño.

Su aliento, cargado de tabaco rancio, me golpea la cara. Está demasiado cerca, prácticamente jadeando, y el pánico se eleva dentro de mi pecho.

Retrocedo, intentando crear espacio entre los dos, pero aprieta más el agarre.

—Ahora ya no tienes adónde ir, Rielle. Estamos solos y sé que deseas esto.

Su mano se desliza hasta mi culo.

¿Qué coño?

Apoyo las dos manos sobre su pecho y empujo.

—Apártate de mí, Stu. No me interesa.

Mi voz suena clara, pero vacila al final y revela lo nerviosa que estoy.

Sus manos me aprisionan como represalia.

—No te pongas así, Rielle. Sé que necesitas este trabajo. Que me necesitas.

El miedo me serpentea por el estómago mientras lucho contra su agarre. Me sujeta los brazos con tanta fuerza que las yemas de sus

dedos van a dejarme moratones.

—No te necesito una puta mierda. Quítame las manos de encima —gruño mientras me revuelvo.

Mi rodilla impacta contra su entrepierna y él expulsa el aire con un jadeo antes de doblarse.

Me libero de su agarre y retrocedo despacio. Sé que debería salir corriendo. Tengo que largarme de aquí. Pero...

—Stu, esto no va a...

—Estás despedida, Rielle —brama Stu mientras se endereza—. Durante diez putos meses me has estado provocando con esas faldas sexys y esos tacones. ¿Y ahora no quieres jugar?

Niega con la cabeza.

—No pienso pagar por esta mierda cuando puedo contratar a una asistente dispuesta a hacer el tipo de trabajo que necesito.

Se me abre la boca. Nunca había estado tan conmocionada. Ni siquiera la noche en que mi padre me informó de que estudiaría premedicina o dejaría de ayudarme económicamente.

—¿Estás hablando en serio?

Mi rabia estalla y siento bien liberarla. Dejar escapar el resentimiento hacia Stu en lugar de mantenerlo atrapado al fondo de la garganta como una mordaza.

—No soy tu asistente, Stu. Soy técnica de marketing.

Hace un gesto despectivo con la mano y entorna los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.

—Y no tengo que aguantar esta mierda.

Extiendo la mano hacia él, sintiéndome más valiente ahora que todo el despacho nos separa.

—No follaría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la Tierra y el Homo sapiens estuviera a punto de extinguirse.

Giro bruscamente sobre los talones y salgo de su despacho a grandes zancadas.

En cuanto cruzo el umbral, comprendo que quizá seamos las únicas dos personas en todo el edificio. Las manos empiezan a temblarme y la rabia disminuye mientras el miedo se desliza por mi columna. Cojo el abrigo y el bolso de mi escritorio y corro hacia los ascensores, pulsando una y otra vez el botón para bajar.

No es hasta que estoy dentro de mi coche, con las puertas bloqueadas, cuando la realidad cae sobre mí.

Dios mío.

La bilis me asciende por la garganta y me tiemblan las manos. Me siento nerviosa, desequilibrada y con náuseas.

¿Qué voy a hacer?

Necesito este trabajo. Necesito el dinero.

El segundo aviso de desahucio —¿o quizá era el tercero?— aparece en mi mente. Una endeble hoja rosa que arranqué de la puerta de mi piso y apreté dentro del puño hace solo seis semanas, cuando Torsten Hansen, el irresistible jugador de hockey, me acompañó a casa.

Estaba borracha.

Y no dejaba de desvariar.

Empezaba a resquebrajarme.

Pero ahora estoy destrozada. Porque esta mañana había otro aviso en la puerta. Esta vez lo dejé allí. Voy a incumplir el pago del préstamo. Voy a volver a retrasarme con el alquiler.

Van a desahuciarme y no tendré otro lugar donde vivir que un callejón.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos. Las ganas de llorar, sollozar, gemir y golpear algo ascienden por mi garganta, pero en el último instante consigo tragármelas.

Puede que haya abandonado la casa de los Carter, pero, en lo más profundo, sigo siendo una Carter. Y los Carter no muestran sus cartas. Solucionamos nuestros propios problemas y nunca aireamos nada en público. Ni nuestros pensamientos, ni nuestros sentimientos y, desde luego, tampoco nuestros defectos.

Respira hondo. Estaré bien. Encontraré una solución.

El timbre estridente del móvil me hace dar un salto y respondo.

—Claire.

—¡Ri-Ri! Siento muchísimo ser yo quien cancele, pero Indy tiene ardor y East acaba de volver de una reunión de Alcohólicos Anónimos y parece agobiado, así que...

Un hilo de alivio me recorre. Lo último que quiero es sentarme en un bar ruidoso y gritarles a Claire e Indy que me han despedido, me

han agredido y pronto no tendré casa.

Dios, ojalá pudiera contarles la verdad.

Sobre mi familia, mis finanzas y mi falta de opciones.

Pero, si lo hiciera, me ayudarían sin hacer preguntas. Arruinaría las únicas amistades verdaderas que tengo al alterar nuestra dinámica para siempre. He visto de primera mano cómo el dinero destruye familias y amistades, y no estoy dispuesta a correr ese riesgo con Claire ni con Indy.

Me aclaro la garganta.

—No te preocupes, cariño. Sinceramente, de todas formas estoy agotada.

—Bueno, aun así te lo compensaré.

—Quedaremos pronto.

No menciono que ahora mi agenda está completamente libre.

—Ve con tu hombre.

Claire suelta una risita y no puedo evitar la punzada que me atraviesa el pecho. Por supuesto que me alegro por ella y por Easton. Se han esforzado muchísimo en su relación y han superado muchos obstáculos. Comprendo que Claire necesita estar allí para él. Quiero que esté con East.

Pero a veces, en momentos como este, cuando comprendo lo aplastantemente sola que estoy, desearía que se diera cuenta de que empiezo a ahogarme.

Desearía que alguien advirtiera que estoy a punto de hundirme por completo.

—Te llamo mañana, Ri.

—Buenas noches, Claire.

Cuelgo e inspiro con dificultad. Después salgo despacio del aparcamiento.

Una parte de mí desea desesperadamente volver a casa, ducharme y meterme en la cama. La otra odia la idea de estar sola ahora mismo, rodeada por todo ese silencio y todos esos errores.

Paso de largo el desvío hacia mi piso.

¿Qué coño estoy haciendo? No puedo conducir sin rumbo y desperdiciar la gasolina de Sally. Me detengo en un semáforo en rojo

y aprieto el volante. Dejo caer la cabeza contra el reposacabezas. Las lágrimas se acumulan en las comisuras de mis ojos.

¿Qué voy a hacer?

Jerry Jensen espera el pago del préstamo el lunes y todavía me faltan más de doscientos dólares.

Siempre podría vender a Sally. El estómago se me retuerce ante la idea. Pero ¿y después qué? Solo me compraría unos meses. Necesito un plan.

Por primera vez en mi vida, mi mente se queda en blanco.

¿Quieres estudiar marketing?

La risa de papá resuena dentro de mi cabeza.

¿Qué clase de vida inútil vas a tener con eso? No ganarás dinero.

El desprecio en su mirada era evidente.

Pero yo era rebelde. Estaba segura de que podría abrirme mi propio camino y recorrer una senda diferente. Estaba tomando las riendas de mi futuro y haciéndolo a mi manera. Mi elección de universidad, mi elección de carrera, mi elección de con quién vivir.

Un sollozo se me escapa de la garganta al recordar aquellos cuatro años mágicos. Vivir con Claire. Sentirme inspirada y apasionada por las asignaturas. Hacer prácticas en París. Experimentar con la fotografía.

Parecía otra vida.

La anterior a que la realidad se derrumbara a mi alrededor y comprendiera que debía casi medio millón de dólares a la familia de uno de mis amigos de la infancia por financiar mis estudios en contra de los deseos de mi padre.

¿Tenía razón papá?

El pensamiento me atraviesa porque, de ser así, he cometido muchísimos más errores que limitarme a permanecer durante diez meses en un puesto ingrato bajo las órdenes de Stu Sanders.

A lo lejos parpadea el cartel de Taps, un pub del barrio que ha adquirido fama con los años porque el equipo de hockey Boston Hawks suele ir allí a tomar algo. He pasado mucho tiempo en ese local con Claire porque su hermano Austin es el capitán del equipo y Easton juega de ala izquierda.

Suspiro y entro en el aparcamiento. Está claro que no debería gastar dinero en una copa de vino. Tampoco debería quedarme fuera hasta tan tarde porque mi piso está en una zona poco recomendable y lo último que necesito esta noche es defenderme de un segundo hombre con las manos demasiado largas.

Pero todavía siento las manos de Stu recorriéndome la piel.

Me estremezco, consciente de que me volveré loca si me quedo sola ahora mismo.

Salgo del coche, me ato el cinturón del abrigo, me cuelgo el bolso del hombro y corro hacia el interior de Taps. El ambiente es cálido. Pete, el camarero, es una cara conocida. Y nadie mira dos veces a una chica con lágrimas en los ojos.

Me siento en un extremo de la barra y me quito el abrigo. Expulso el aire lentamente, me recojo el pelo detrás de las orejas y llamo a Pete con la mano. En cuanto tengo una copa de merlot delante, mi cuerpo se relaja un poco. Doy un largo sorbo y dejo que el intenso sabor me descienda por la garganta.

Estaré bien.

Encontraré una solución.

Pero ¿cuál?

No es la primera vez que desearía que mamá siguiera viva. Aunque, si lo estuviera, no habría ninguna posibilidad de que las cosas se hubieran desmoronado de esta manera entre papá y yo. Al menos, no así.

Cierro los ojos durante un instante e imagino su voz tranquila, la sensación de sus dedos recorriéndome el pelo. Cada vez que corría hacia ella, enfadada por alguna discusión con papá, se reía y decía que los dos nos parecíamos demasiado, que éramos igual de tercos y apasionados.

Pero yo nunca estaba de acuerdo. Quería ser hija de mi madre en todos los sentidos, incluso después de que me la arrebataran cuando tenía catorce años.

Me muerdo la comisura de la boca y me obligo a abrir los ojos. Doy otro sorbo de vino.

La adrenalina que me recorre las extremidades desde que Stu me tocó empieza a disminuir. El agotamiento me invade. La puerta de

Taps se abre y algunos de los hombres sentados cerca de mí murmuran emocionados. Cuando vuelvo la cabeza, comprendo el motivo.

Torsten Hansen, defensa de los Hawks y auténtico monumento, acaba de entrar.

Dios.

Me arden las mejillas.

¿Podría empeorar aún más esta noche?

Hace seis semanas salí con Claire y acabé ridículamente borracha. Cuando ella se marchó pronto, yo me quedé y bebí mi peso corporal en chupitos de tequila y vodka. Torsten Hansen, todo un caballero, se aseguró de que llegara bien a casa.

Ni siquiera hizo una mueca cuando encendió las luces de mi diminuto piso. Yo soy la chica que vive en Southie. Él es el hombre propietario de varios edificios de apartamentos a unas calles de distancia, en el Waterfront. En ese momento, la diferencia entre nosotros, entre mi familia y yo, resultó dolorosamente evidente.

Y dolió.

Me raspó el alma saber que mi propio orgullo era el responsable de mis condiciones de vida actuales.

De mi falta de opciones.

Y Torsten Hansen, con sus hombros anchos y esos abdominales ridículos, lo presencié de primera mano. Bajo la cabeza y doy otro trago de vino. Tengo que marcharme. Necesito volver a casa, meterme en la ducha, dormir durante un millón de años y recomponerme.

Pero, cuando levanto de nuevo la mirada, mis ojos chocan con dos estanques de azul glacial. La sorpresa recorre la expresión de Torsten cuando me reconoce. Ante la bondad de su rostro, una oleada de emoción me hincha la garganta. Las lágrimas me escuecen en las comisuras de los ojos y amenazan con caer.

Dios, ¿qué me pasa?

Intento sacudírmelo, pero no puedo. Me siento desequilibrada, como si la gravedad también estuviera rindiéndose conmigo, igual que el resto del universo. Viejos complejos e inseguridades me

rodean. Mis fracasos están expuestos ante cualquiera que desee despedazarlos.

Debe de reflejarse en mi expresión porque Torsten tuerce la boca y empieza a bajarse del taburete.

Oh, no.

Niego con la cabeza y le indico que iré yo. Hay un asiento vacío a su lado y, aunque sin duda no es la persona ante la que querría derrumbarme, al menos no es Claire.

Inspiro hondo, cojo la copa de vino y el abrigo y rezo para no hacer todavía más el ridículo.

Aunque, llegados a este punto, ¿acaso es posible?

¡Sumérgete ahora en El impostor!

¿TE GUSTARÍA QUE SIGAMOS EN CONTACTO?

Si quieres estar al tanto de mis nuevos libros, adelantos exclusivos, capítulos extra, promociones especiales y contenido solo para lectores, te invito a suscribirte a mi newsletter mensual en español.

También me gusta compartir un poco de mi día a día como autora y mis aventuras viviendo en Valencia. Así que, si te apetece, ¡estaré encantada de que me acompañes en este viaje!

[Suscríbete aquí.](#)

Gracias de corazón por leer mis historias y por todo tu apoyo.

Con cariño,

Gina

¡HOLA, LECTOR O LECTORA!

¡Hola, querido lector o lectora!

Muchísimas gracias por leer El Temerario. Espero que te hayas enamorado de Claire y Easton mientras se abrían paso por su complicada e intensa historia de amor. Mientras escribía este libro, me dejé arrastrar con facilidad por toda su angustia y esperanza. Si te apetece compartir tu opinión, plantéate dejar una reseña.

¿Estás deseando saber más sobre Torsten Hansen, el dios noruego del sexo? No te pierdas su inesperada y emotiva historia con Rielle, centrada de un matrimonio de conveniencia, en El impostor. Encontrarás muchísima intensidad, malentendidos, sentimientos desesperados y hasta un viaje a la preciosa Noruega.

AGRADECIMIENTOS

¡Me ha encantado perderme en el mundo de los Boston Hawks Hockey! Estoy disfrutando cada instante que paso escribiendo esta serie y quiero dar las gracias de corazón a todas estas personas maravillosas y llenas de talento por acompañarme y apoyarme durante este viaje.

Becca Mysoor: ¡planear historias contigo es una de mis cosas favoritas! Gracias por tu brillante intuición, tu sinceridad y tu amistad.

Erica Russikoff: En tan poco tiempo, tus comentarios se han vuelto imprescindibles para mí. ¡Gracias por unas correcciones hechas con tanto corazón!

Virginia Carey: ¡no se te escapa nada! Aprecio muchísimo tu atención a cada detalle. Gracias por corregir la historia de Easton y Claire con tan poco margen de tiempo.

Kate Farlow, Y'all. That Graphic.: ¡GRACIAS! Me encantan las portadas de esta serie y has hecho un trabajo increíble dando vida a estas leyendas del hockey.

Give Me Books Promotions: un millón de gracias por todo vuestro apoyo y por ayudarme a mantenerlo todo organizado. Como siempre, es un auténtico placer trabajar con vosotras.

Carlos, el verdadero MVP, no tengo palabras suficientes para agradecerle todo lo que has hecho durante este viaje para dar vida a estos libros en castellano.

Lectores, blogueros y toda la comunidad literaria: gracias de todo corazón. Aprecio sinceramente cada recomendación, cada reseña, cada «me gusta» y cada comentario en redes sociales. Todos vosotros me habéis dado la oportunidad de vivir mi sueño y os estoy profundamente agradecida. ¡Gracias por apostar por mis palabras!

Mi equipo de casa: T, A, R y L, os quiero más que a nada en el mundo. Siempre.

TAMBIÉN DE GINA AZZI

Amor en Valencia:

[Jugada Perfecta](#)

[Sin Defensa](#)

[Fuera de Juego](#)

Knoxville Coyotes Football (Castellano):

[Fingir y fallar](#)

[Sorprendido y sometido](#)

[Tentada y Tacleada](#)

[Atados y Atrapados](#)

Knoxville Coyotes Football (English):

[Faked and Fumbled](#)

[Surprised and Sacked](#)

[Trapped and Tackled](#)

[Bound and Blitzed](#)

Tennessee Thunderbolts:

[Hot Shot's Mistake](#)

[Brawler's Weakness](#)

[Rookie's Regret](#)

[Playboy's Reward](#)

[Hero's Risk](#)

Bad Boy's Downfall

Lock 'em Down

Boston Hawks Hockey:

The Sweet Talker

The Risk Taker

The Faker

The Rule Maker

The Defender

The Heart Chaser

The Trailblazer

The Hustler

The Score Keeper

Dating the Drummer Trilogy:

Bitter Beats

Tainted Tempos

Resilient Rhythms

The Burnt Clovers Trilogy:

Rebellious Rockstar

Resentful Rockstar

Restless Rockstar

Second Chance Chicago Series:

Broken Lies

Twisted Truths

Saving My Soul

Healing My Heart

The Kane Brothers Series:

Rescuing Broken (Jax's Story)

Recovering Beauty (Carter's Story)

Reclaiming Brave (Denver's Story)

My Christmas Wish

(A Kane Family Christmas

+ *One Last Chance* FREE prequel)

Finding Love in Scotland Series:

[*My Christmas Wish*](#)

(A Kane Family Christmas

+ *One Last Chance* FREE prequel)

[*One Last Chance*](#) (Daisy and Finn)

[*This Time Around*](#) (Aaron and Everly)

One Great Love

The College Pact Series:

[*The Last First Game*](#) (Lila's Story)

[*Kiss Me Goodnight in Rome*](#) (Mia's Story)

[*All the While*](#) (Maura's Story)

[*Me + You*](#) (Emma's Story)

Standalone

[*Corner of Ocean and Bay*](#)

SOBRE LA AUTORA

Gina Azzi escribe Romance Contemporáneo y Romance Deportivo con personajes auténticos y cercanos que viven el amor, la amistad, los retos y la vida real. Sumérgete en sus series deportivas: **Amor en Valencia, Knoxville Coyotes Football, Boston Hawks Hockey** y **Tennessee Thunderbolts**, o piérdete en sus romances de rockstar en la trilogía **The Burnt Clovers**.

Jersey girl de corazón, Gina pasó sus veintes viajando por el mundo, viviendo y trabajando en el extranjero, antes de establecerse en Valencia (España) con su marido y sus tres hijos. Es una lectora voraz, soñadora empedernida y entusiasta del café, que disfruta conociendo gente nueva.

Conecta con ella en redes sociales **@gina_azzi** o en **shop.ginaazzi.com**.
